

AFRODITA

Pierre Louÿs

«Cierta día, Dionisio le presentó tres cortesanas, diciéndole que escogiera la que más le gustase. Aristipo se reservó las tres, y para excusarse, dijo que Paris, no por haber preferido una mujer a todas había sido más feliz».

«En seguida condujo a las tres jóvenes hasta la puerta y allí las despidió; pues tan fácil le era amar como curarse del amor».

Diógenes Laertes
(Vida de Aristipo)

Las ruinas mismas del mundo griego nos enseñan de qué modo la vida, en nuestro mundo moderno, podría hacérsenos soportable.

Ricardo Wagner

El erudito Pródikos de Kéos, que floreció a fines del siglo V antes de nuestra era, es el autor del célebre apólogo que san Basilio recomendaba a las meditaciones cristianas: *Heraklés entre la Virtud y la Voluptuosidad*. Sabemos que Heraklés optó por la primera, lo que le permitió consumir cierto número de grandes crímenes contra las Ciervas, las Amazonas, las Manzanas de Oro y los Gigantes.

Si Pródikos se hubiera limitado a esto, no habría escrito más que una fábula de un simbolismo bastante fácil; pero era buen filósofo, y su colección de cuentos *Las horas*, dividida en tres partes, presenta las verdades morales en los tres aspectos que ellas requieren, según las tres edades de la vida. A los niños se complacía en presentarles como ejemplo la elección austera de Heraklés; sin duda narraba a los jóvenes la preferencia voluptuosa de Paris, y presumo que diría, poco más o menos, a los hombres maduros lo que sigue:

- Odyseo andaba cierto día cazando al pie de las montañas de Delfos, cuando encontró en su senda a dos doncellas cogidas de la mano. Una tenía cabellos de violeta, ojos transparentes y labios graves; y le dijo: «Yo soy Areté». La otra tenía débiles párpados, manos delicadas y senos tiernos; y le dijo: «Yo soy Tryphé». Y ambas agregaron: «Elige entre nosotras». Pero el sutil Odyseo repuso sabiamente: «¿Cómo podría elegir? Sois inseparables. Los ojos que han visto pasar a una de vosotras sin la otra no han sorprendido sino una sombra estéril. Así como la virtud sincera no se priva de los goces eternos que la voluptuosidad le depara, así la molicie vendría mal sin cierta grandeza de alma. Os seguiré a las dos: mostradme el camino». No bien hubo acabado, confundiéronse las dos visiones, y conoció Odyseo que había estado hablando con la grande diosa Afrodita.

El personaje femenino que ocupa el primer lugar en la novela que va a hojearse es una cortesana antigua; pero que el lector se tranquilice: ella no se convertirá.

No será amada por ningún monje, ni por ningún profeta, ni por ningún dios. Esto, en la literatura actual, es una originalidad.

Será cortesana en la franqueza, el ardor y aun la altivez de todo ser humano que siente vocación para ello y ocupa en la sociedad un puesto libremente escogido; tendrá la ambición de elevarse al más alto lugar; y ni siquiera imaginará que su vida tenga necesidad de excusa o de misterio. Esto exige una explicación.

Hasta ahora, los escritores modernos que se han dirigido a un público menos avisado que el de las señoritas y el de los jóvenes normalistas, se han valido de una estratagema laboriosa cuya hipocresía me repugna: «he pintado la voluptuosidad tal cual es - dicen- a fin de exaltar la virtud». Al frente de una novela cuya intriga se desarrolla en Alejandría, me niego absolutamente a cometer semejante anacronismo.

Para los griegos, el amor con todas sus consecuencias era el sentimiento más virtuoso y más fecundo en grandezas. Nunca le asociaron las ideas de indecencia y deshonestidad que con la doctrina cristiana introdujo la tradición israelita entre nosotros. Herodoto (1, 10) nos dice con toda naturalidad: «En algunos pueblos bárbaros, es un oprobio mostrarse desnudo». Cuando los griegos o los latinos querían ultrajar a un hombre que frecuentaba a las muchachas alegres, llamábanle «ó mae chus», lo que sólo significa adúltero. El hombre y la mujer que sin estar ligados por ningún lazo social se unían, aunque fuera en público, y fuese cual fuese su juventud, eran considerados como incapaces de hacer daño a nadie y dejados en plena libertad.

Se reconocerá después de esto que la vida de los antiguos no puede ser juzgada según las ideas morales que al presente nos llegan de Ginebra.

Por mi parte, he escrito este libro con la misma sencillez que hubiera empleado un ateniense al relatar las mismas aventuras. Deseo que con igual espíritu sea leído.

De juzgar a los antiguos griegos conforme ciertas ideas aceptadas hoy, *ninguna* traducción exacta de sus grandes escritores podría dejarse en manos de un colegial de segunda enseñanza. Si Mounet-Sully representase su papel de Edipo sin supresiones, la representación sería suspendida por la policía. Si Leconte de Lisie no hubiera expurgado, por prudencia, a Theókritos, su versión habría sido decomisada el mismo día que se puso a la venta. ¿Se tiene a Aristófanes por excepcional? Pues nosotros poseemos fragmentos importantes de mil cuatrocientas cuarenta comedias, debidas a ciento treinta y dos poetas griegos de los que algunos, tales como Alexis, Philétairos, Strattis, Euboúle, Kratinos, nos han dejado versos admirables, y nadie se atreve todavía a traducir esta colección impúdica y encantadora.

Se cita siempre, con la mira de defender las costumbres griegas, la enseñanza de algunos filósofos que reprendían en aquella época los placeres sensuales. Hay en esto una confusión. Estos raros moralistas reprobaban indistintamente los excesos en todos sentidos, sin que para ellos hubiese diferencia entre los excesos de la cama y los de la mesa. El que, por ejemplo, pide hoy para sí solo una comida de a seis luses en un *restaurant* de París, hubiera sido para ellos tan culpable, y no menos, como el que diese en plena calle una cita demasiado íntima y por este hecho se viese condenado por las leyes vigentes a un año de prisión. Además, estos filósofos austeros eran mirados generalmente por la sociedad antigua como locos enfermos y peligrosos: de ellos se mofaban en todos los escenarios; los molían a golpes en la calle; los tiranos los convertían en bufones de su corte y los ciudadanos libres los desterraban cuando no los consideraban dignos de sufrir la pena capital.

Es por una superchería consciente y voluntaria que los educadores modernos, desde el Renacimiento hasta la hora presente, han representado la moral antigua como inspiradora de sus estrechas virtudes. Si esta moral fue grande, si merece, en efecto, tomarse por modelo y ser obedecida, es precisamente porque ninguna ha sabido como ella distinguir lo justo de lo injusto de acuerdo con un criterio de belleza, proclamar el derecho que todo el mundo tiene a buscar la felicidad individual dentro de los límites a que le reduce el derecho igual del semejante, y declarar que nada hay más sagrado bajo el sol que el amor físico, ni nada más hermoso que el cuerpo humano.

Tal era la moral del pueblo que edificó la Acrópolis; y si agrego que tal ha seguido siendo la de todos los grandes espíritus, no haré sino repetir una verdad vulgar, tan probado está que las inteligencias superiores de artistas, escritores, guerreros y hombres de Estado jamás han tenido por lícita su majestuosa tolerancia. Aristóteles inicia su vida disipando su patrimonio con mujeres perdidas; Safo da su nombre a un vicio especial; César es el *maechus calvus*; pero tampoco vemos a Racine guardarse de las muchachas de teatro, ni a Napoleón practicar la abstinencia. Las novelas de Mirabeau, los versos griegos de Chenier, la correspondencia de Diderot y los opúsculos de Montesquieu igualan en osadía a la obra misma de Cátulo. Y si se quiere saber con qué máxima el más austero, el más santo, el más laborioso de los autores franceses, Buffon, entendía aconsejar las intrigas sentimentales, hela aquí: «¡Amor!, ¿por qué constituyes el estado feliz de todos los seres y

la desgracia del hombre?... Es que no hay en esta pasión nada que sea bueno *más que lo físico*, y lo moral no vale nada».

¿De dónde proviene esto? ¿Cómo es que, a través del derrumbamiento de las ideas antiguas, la gran sensualidad griega ha sobrevivido como una aureola sobre las frentes más elevadas?

Es que la sensualidad resulta la condición misteriosa, pero necesaria y creadora, del desenvolvimiento intelectual. Los que no han sentido hasta el último límite los apetitos de la carne, sea para amarlos o para maldecirlos, son incapaces por lo mismo de comprender toda la extensión de las necesidades del espíritu. De igual modo que la belleza del alma ilumina todo un semblante, así la virilidad del cuerpo fecunda solamente el cerebro. El peor insulto que Delacroix supo dirigir contra los hombres, el que lanzaba indistintamente contra los benefactores de Rubens y los detractores de Ingres, era esta terrible palabra: «ieunucos!».

Más todavía: parece que el genio de los pueblos, así como el de los individuos, consiste en ser antes que todo sensual. Todas las ciudades que han reinado sobre el mundo, Babilonia, Alejandría, Atenas, Roma, Venecia, París, han sido, por ley general, tanto más licenciosas cuanto más poderosas, como si la disolución fuese necesaria para su esplendor. Las ciudades en que el legislador ha pretendido implantar una virtud artificial, estrecha e improductiva, se han visto condenadas desde su primer día a la muerte total. Tal pasó con Lacedemonia, que en medio del más prodigioso impulso que haya jamás elevado el alma humana, entre Corinto y Alejandría, entre Siracusa y Mileto, no nos ha dejado ni un poeta, ni un pintor, ni un filósofo, ni un historiador, ni un sabio, sino apenas el renombre popular de una especie de Bobillot que se hizo matar con trescientos hombres en un desfiladero de montañas sin vencer siquiera. Y se debe a esto el que después de dos mil años, midiendo la infinita pequeñez de la virtud espartana, podamos, según la exhortación de Renán, «maldecir el suelo donde fue ésta maestra de errores sombríos, e insultarla porque ya no existe».

¿Veremos tornar alguna vez los días de Efeso y de Cyrene? ¡Ay! El mundo moderno sucumbe bajo una invasión de fealdad. Las civilizaciones se remontan hacia el Norte, entran en la bruma, en el frío, en el lodo. ¡Qué noche! Un pueblo vestido de negro circula por las calles infectas. ¿En qué piensa? Se ignora; pero nuestros veinticinco años se estremecen de vivir desterrados entre viejos.

A lo menos, que les sea permitido a los que lamentarán por siempre no haber conocido la juventud embriagada de la tierra, que llamamos vida antigua, que les sea permitido renacer, por medio de una ilusión fecunda, en los tiempos en que la desnudez humana - forma la más perfecta que nos sea dable conocer y aun concebir, ya que a imagen de Dios la suponemos- podía mostrarse bajo los contornos de una cortesana sagrada, ante los veinte mil peregrinos que cubrieron las playas de Eleusis; tiempos en que el amor más sensual, el divino amor de que nacimos, era sin mancha, sin bochorno y sin pecado. Que les sea permitido olvidar dieciocho siglos bárbaros, hipócritas y deformes, remontar de la charca al manantial, regresar piadosamente a la belleza primitiva, reedificar el Gran Templo al son de las flautas encantadas y consagrar con entusiasmo en los altares de la verdadera fe sus corazones siempre arrebatados por la inmortal Afrodita.

Pierre Louijs
LIBRO PRIMERO
Khrysis

Acostada sobre el pecho, los codos hacia adelante, separadas las piernas y la mejilla apoyada en una mano, picaba con un largo alfiler de oro simétricos agujeritos en un almohadón de lino verde.

Desde que había despertado, dos horas después del mediodía, fatigadísima de haber dormido demasiado, había permanecido sola en el revuelto lecho, cubierta únicamente de un lado por una vasta ola de cabellos.

Esta cabellera era deslumbrante y densa, suave al tacto como una piel preciosa, más larga que una ala, dócil, abundosa, animada, caliente. Cubría la mitad de la espalda, se extendía bajo el desnudo vientre, brillaba todavía hasta muy cerca de las rodillas, en bucles abultados y compactos.

La joven estaba semienvuelta con este toisón precioso, cuyos reflejos dorados parecían casi metálicos y la habían hecho llamar Khrysís por las cortesanas de Alejandría.

No eran los cabellos lisos de las siriacas de la corte, ni los cabellos teñidos de las asiáticas, ni los cabellos castaños o negros de las hijas de Egipto. Eran los de una raza aria, los de las galileas de más allá de los arenales.

Khrysís. Ella amaba este nombre. Los jóvenes que venían a verla la llamaban Krysé, como a Afrodita, en los versos que depositaban por la mañana en su puerta con guirnaldas de rosas. No creía en Afrodita, pero le agradaba que la comparasen con la diosa, y algunas veces iba al templo para dar a ésta, como a una amiga, botes de perfumes y velos azules.

Había nacido a orillas del lago de Genezareth, en un país de sombra y sol, invadido por los laureles rosas. Su madre salía de noche al camino de Ierushalaim a esperar los viajeros y comerciantes, y se entregaba a ellos sobre la hierba, en medio del silencio campestre. Era una mujer muy amada en Galilea. Los sacerdotes no evitaban su puerta, pues era caritativa y piadosa; pagaba siempre los corderos del sacrificio; la bendición del Eterno se extendía sobre su casa. Así, cuando estuvo encinta, como su embarazo provocaba escándalo - pues no tenía marido- un hombre, que era célebre por poseer el don de profecía, anunció que iba a nacer de ella una niña que algún día llevaría al cuello «la riqueza y la fe de un pueblo». No comprendió bien la madre cómo podría suceder esto, pero dio a la niña el nombre de Sarah, es decir, PRINCESA en lengua hebrea. Y así se acalló la murmuración.

Khrysís ignoró siempre esto, pues el adivino había dicho a su madre cuán peligroso es revelar a las gentes las profecías que les conciernen. Nada sabía de su porvenir; y por lo mismo, pensaba en él con frecuencia.

Acordábase poco de su infancia y no le gustaba hablar de ella. La única impresión clara que guardaba de dicha época era el miedo y el aburrimiento que le causaba diariamente la ansiosa vigilancia de su madre, que, llegada la hora de salir al camino, la encerraba sola en la habitación por interminables horas.

Recordaba también la ventana redonda por donde veía las aguas del lago, los campos azulados, el cielo transparente, el aire ligero del país de Galil. La casa estaba rodeada de linos rosados y de tamariscos. Los espinosos alcaparros erguían al azar sus cabezas verdes sobre la bruma fina de las gramíneas. Las muchachas se bañaban en un limpio arroyuelo, donde se hallaban caracoles rojos bajo los laureles en flor; y había flores a flor de agua, y flores en toda la pradera, y grandes lirios sobre las montañas.

Tenía doce años cuando se escapó siguiendo a una partida de jóvenes jinetes que iban a Tiro como vendedores de marfil, y a quienes abordó junto a una cisterna. Adornaban sus caballos de larga cola con abigarradas gualdrapas. Recordaba bien cómo la subieron, pálida de gozo, sobre sus cabalgaduras, y cómo se detuvieron, por segunda vez, durante la noche, una noche tan clara que no se veía una estrella.

La entrada en Tiro no la había olvidado tampoco. Ella iba a la cabeza, sobre las canastas de un caballo de carga, reteniéndose a puño cogida de la crin, y dejando colgar orgullosamente las pantorrillas desnudas, para que viesan las mujeres de la ciudad que tenía sangre seca a lo largo de las piernas. Aquella misma noche salieron para Egipto, y siguió a los vendedores de marfil hasta el mercado de Alejandría.

Fue aquí, en una casita blanca, de terraza y columnillas, donde la dejaron dos meses después, con su espejo de bronce, sus tapices, sus cojines nuevos y una bella esclava hindú que sabía peinar cortesanas. Otros vendedores vinieron la noche misma, y otros el día siguiente.

Como habitaba en el barrio del extremo Oriente, que los jóvenes griegos de Brouchion desdeñaban frecuentar, no conoció en mucho tiempo, como su madre, más que a viajeros y traficantes. Nunca tornaba a ver a sus amantes pasajeros; sabía darse placer con ellos y desecharlos pronto antes de amarlos. Con todo, había inspirado ella pasiones interminables. Se vio a dueños de caravanas vender a vil precio sus mercancías, a fin de permanecer donde ella estaba, y arruinarse

en pocas noches. Con la fortuna de estos hombres había comprado joyas, cojines de cama, perfumes raros, vestidos a flores y cuatro esclavas.

Había llegado a comprender muchas lenguas extranjeras, y sabía cuentos de todos los países. Los asirios le habían referido los amores de Duzi y de Ishtar; los fenicios, los de Ashthoreth y de Adoni. Jóvenes griegas de las Islas le habían contado la leyenda de Iphis, enseñándole extrañas caricias, que al principio la habían sorprendido y encantado finalmente, a tal punto, que no podía ya pasarse todo un día sin ellas. Sabía también los amores de Atalanta y cómo, a su ejemplo, las flautistas, vírgenes aún, agotaban a los hombres más robustos. En fin, su esclava hindú, pacientemente, durante siete años le había enseñado hasta en los últimos detalles el arte complejo y voluptuoso de las cortesanas de Palibothra.

Porque el amor es un arte, como la música. Da emociones del mismo orden, tan delicadas, tan vibrantes, a veces más intensas quizás. Y Khrysis, que conocía todos sus ritmos y sutilezas, se estimaba, con razón, mayor artista que la misma Plango, que era, no obstante, música del templo.

Siete años vivió así, sin soñar en una vida más feliz ni más diversa que la suya. Pero poco antes de los veinte, cuando pasó de joven a mujer y vio delineársele bajo los senos el primer pliegue encantador de la madurez que nace, viniéronle de repente ambiciones.

Y una mañana, al despertar después de mediodía, fatigadísima de haber dormido demasiado, volviósese de pechos transversalmente en la cama, separó los pies, apoyó en una mano su mejilla, y con un largo alfiler de oro taladró agujeritos simétricos en un almohadón de lino verde.

Reflexionaba profundamente.

Primero fueron cuatro puntitos que formaban un cuadrado, y otro punto en medio. Luego otros cuatro puntos para formar otro cuadrado más grande. En seguida, probó a trazar un círculo... Pero era un poco difícil. Entonces, picó puntos al acaso y comenzó a gritar:

- ¡Dyalá! ¡Dyalá!

Dyalá era su esclava hindú, que se llamaba Dyalantashchandrachapala, lo cual quiere decir: «Móvil-como-la-imagen-de-la-luna-sobre-el-agua». Khrysis era demasiado perezosa para decir el nombre entero.

Acudió la esclava y se detuvo cerca de la puerta, sin cerrarla del todo. - Dyalá, ¿quién vino ayer?

- ¿No lo sabes tú?

- No; ni le he mirado. ¿Tenía buen aspecto? Creo que permanecí todo el tiempo dormida; estaba fatigadísima. De nada me acuerdo. ¿A qué hora se fue? ¿Esta mañana temprano?

- Al amanecer; y dijo...

- ¿Cuánto dejó? ¿Mucho? No, no me lo digas; me es igual. ¿Qué ha dicho? ¿Nadie ha venido después? ¿Volverá? Dame mis brazaletes.

La esclava trajo un cofrecito, pero Khrysis no lo miró, y alzando el brazo lo más que pudo: - ¡Ah, Dyalá! - dijo- ¡ah, Dyalá!... Quisiera aventuras extraordinarias.

- Todo es extraordinario - dijo Dyalá- y nada lo es. Los días se parecen.

- No. Antiguamente no era así. En todos los países del mundo han descendido los dioses a la tierra y han amado a mujeres mortales. ¡Ah! ¿Sobre qué lechos hay que esperarlos? ¿En qué bosques es preciso buscar a los que son un poco más que hombres? ¿Qué plegarias se deben decir para que vengan los que puedan enseñarme algo o me hagan olvidarlo todo? Y si los dioses no quieren bajar ya, si han muerto o son demasiado viejos, ¿moriré yo, Dyalá, sin haber visto un hombre que dé a mi existencia acontecimientos trágicos?

Volviósese de espaldas y se retorció los dedos entrelazándolos.

- Se me figura que, que si alguien me adorase, itendría yo tanto gozo en hacerle sufrir hasta que muriera de dolor! Los que vienen a mi casa no son dignos de llorar. Y es culpa mía también. Yo los llamo, ¿cómo pueden amarme?

- Hoy, ¿cuál brazalete?

- Me los pondré todos. Pero déjame, no necesito de nadie. Vete a los escalones de la puerta, y si alguien viene, dile que estoy con mi amante, un esclavo negro que yo pago... Ve.

- ¿No saldrás hoy?

- Sí. Saldré sola. Me vestiré sola. No volveré. ¡Vete, vete!

Dejó caer una pierna sobre la alfombra y se estiró hasta ponerse en pie. Dyalá había salido en silencio.

Caminó muy lentamente por la pieza, con las manos cruzadas sobre la nuca, abandonándose a la voluptuosidad de aplicar contra las losas sus pies desnudos, en los que se helaba el sudor. Después entró en el baño.

Mirarse a través del agua le causaba placer. Se veía como una gran concha de nácar abierta sobre una roca. Su piel aparecía tersa y perfecta; las líneas de las piernas se prolongaban en una línea azul; su talle era más esbelto; no reconocía ya sus manos. Adquiría tal ligereza su cuerpo, que con dos dedos se levantaba, dejándose flotar un poco, y luego volvía a caer muellemente sobre el mármol, bajo una leve ondulación del agua, que la hería en el mentón, mientras el líquido le llenaba las orejas con la incitación de un beso.

A la hora del baño era cuando Khrysis comenzaba a adorarse. Todas las partes de su cuerpo, una tras otra, iban siendo objeto de su tierna admiración y motivo de sus caricias. Con sus cabellos y sus senos hacía mil encantadores juegos. A veces, hasta concedía allí mismo una satisfacción más eficaz a sus perpetuos deseos, y ningún lugar de reposo se le ofrecía más propicio a la lentitud minuciosa de esta consolación delicada.

Declinaba la tarde. Se alzó en la piscina, salió del agua y se encaminó hacia la puerta. El rastro de sus pies brillaba en la piedra. Tambaleando y como extenuada, abrió de par en par la puerta y se detuvo, tendido el brazo sobre el pestillo. Entró en seguida, y cerca de su lecho, en pie y mojada, dijo a la esclava:

- Enjúgame.

La malabaresa tomó una gran esponja en su mano, y la pasó por los suaves cabellos de oro de Khrysis, que, empapados, chorreaban agua. Los secó, los esparció, los agitó delicadamente, y sumergiendo la esponja en una jarra de aceite, acarició con ella a su ama hasta el cuello, antes de frotarla con una tela rugosa que le hizo enrojecer la piel suavizada.

Khrysis se hundió en un sillón de mármol, estremeciéndose con la frescura del contacto, y murmuró: - Péiname.

A la luz horizontal de la tarde, la cabellera, aún húmeda y pesada, brilló como un aguacero alumbrado por el sol. La esclava la tomó a puñados y la torció. Hízola enroscar sobre sí misma, cual si fuese una gran serpiente de metal que taladraban como flechas los rectos alfileres de oro, y la envolvió alrededor con un listón verde tres veces cruzado, a fin de realzar sus reflejos con la seda. Khrysis tenía cerca un espejo de cobre pulido. Miraba distraídamente las oscuras manos de la esclava moviéndose entre los profusos cabellos, redondear las guedejas, recoger los mechones rebeldes y esculpir la cabellera como un rhytón de arcilla retorcida. Cuando todo estuvo hecho, púsose de rodillas Dyalá enfrente de su ama y le rasuró con esmero el pubis saliente, a fin de que la joven tuviera ante los ojos de sus amantes la desnudez perfecta de una estatua.

Khrysis, poniéndose más seria, dijo en voz baja: - Píntame.

Una cajita de palo de rosa, procedente de la isla Dioskorida, contenía afeites de todos colores. Con un pincel de pelos de camello tomó la esclava un poco de pasta negra, que depositó en las hermosas pestañas corvas y largas, para que los ojos pareciesen más azules. Dos rasgos atrevidos de lápiz negro los dilataron, los enternecieron; un polvo azulino plúmbeo los párpados; dos manchas de bermellón encendido avivaron los lagrimales. Era preciso, para fijar los cosméticos, ungir de cerato fresco el rostro y el pecho. Con una pluma de suaves barbas que humedeció en la cerusa, Dyalá pintó regueros blancos a lo largo de los brazos y en el cuello; con un pincelito henchido de carmín ensangrentó la boca y tocó la punta de los pechos. Sus dedos, que habían extendido en las mejillas una nube ligera de polvo rojo, marcaron a la altura de los costados los tres pliegues profundos del talle, y en la grupa redonda dos hoyuelos a veces movedizos. Por último, con un pulidor de cuero teñido de rosa coloreó vagamente los codos y avivó las diez uñas. El tocado había terminado. Entonces, Khrysis sonrió y dijo a la hindú:

- Cántame.

Manteniase sentada y arqueándose en su sillón de mármol. Tras de su frente, los alfileres lanzaban una irradiación de oro. Las manos aplicadas sobre el pecho, esparcían entre los hombros el rojo collar de sus pintadas uñas, y los blancos pies se juntaban sobre la piedra.

Dyalá, acurrucada junto al muro, recordó los cantos amorosos de la India.

- Khrysis...

Cantaba con voz monótona.

- Khrysis, son tus cabellos como enjambre de abejas detenido sobre un árbol. El viento cálido del Sur los penetra, con el rocío de las luchas del amor y el húmedo perfume de las flores de la noche.

La joven alternó, con voz más dulce y lenta:

- Mis cabellos son como río sin fin en la llanura, por donde, inflamada, se desliza la tarde. Y una después de otra, fueron cantando así:

- Tus ojos son como lirios de aguas azules y sin tallos, inmóviles sobre estanques. - Mis ojos están a la sombra de mis pestañas, como lagos profundos bajo ramas negras.

- Tus labios son dos flores delicadas donde cayó la sangre de una corza. - Mis labios son los bordes de una herida abrasadora.

- Tu lengua es el puñal sangriento que hizo la herida de tu boca.

- Mi lengua está incrustada de preciosas piedras. Se halla roja de mirar mis labios.

- Tus brazos son redondos como dos colmillos de marfil, y tus axilas son dos bocas.

- Mis brazos son largos como dos tallos de lirio, de donde penden mis dedos como cinco pétalos.

- Tus muslos son dos trompas de elefantes blancos, que llevan tus pies como dos flores rojas. - Mis pies son dos hojas de nenúfar sobre el agua; mis muslos dos hinchados botones de nenúfar. - Tus senos son dos escudos de plata cuyas puntas se han empapado en sangre.

- Mis pechos son la luna y el reflejo de la luna sobre el agua.

- Tu ombligo es un pozo profundo en un desierto de rosada arena, y tu empeine un tierno cabrito acostado en el seno de su madre.

- Mi ombligo es una perla redonda sobre una copa invertida, y mi regazo es la claridad creciente de Phoebe bajo los bosques.

Quedaron en silencio... La esclava levantó las manos y se encorvó.

La cortesana prosiguió diciendo:

- Es como una flor purpúrea, llena de miel y de perfumes.

»Es como una hidra de mar, viviente y blanda, abierta por la noche.

»Es la gruta húmeda, el albergue siempre abrigado, el Asilo en que descansa el hombre de caminar hacia la muerte.

La prosternada murmuró, muy bajo:

- Es horripilante. Es la cara de Medusa.

Khrysis posó el pie sobre la nuca de la esclava y dijo estremeciéndose:

- Dyalá...

Poco a poco había llegado la noche; pero la luna estaba tan luminosa, que la habitación iba llenándose de claridad azul.

Khrysis, desnuda, contemplaba su cuerpo, en el que los reflejos permanecían inmóviles y en el que caían negrísimas las sombras.

Alzóse bruscamente.

- Dyalá, ¿en qué pensamos? Ya es de noche y aún no he salido. No habrá ya en el heptastadio más que marineros dormidos. Dime, Dyalá, ¿estoy bella? Dime, Dyalá, ¿estoy más bella que nunca esta noche? ¿Sabes que soy la mujer más hermosa de Alejandría? ¿No es verdad que me seguirá como un perro todo el que pase dentro de poco ante la mirada oblicua de mis ojos? ¿No es verdad que haré de él lo que me plazca, hasta un esclavo, si tal es mi capricho, y que del primero que encuentre puedo esperar la más vil obediencia? Vísteme, Dyalá.

Enrolláronse en torno de sus brazos dos serpientes de plata. Fijáronse a sus pies las suelas de unas sandalias, que se sostenían en sus piernas morenas por medio de correhuelas entrecruzadas. Se sujetó ella misma bajo el cálido vientre un cinturón de jovencita, que se inclinaba de lo alto de la región lumbar siguiendo la concavidad de las ingles. Púsose en las orejas grandes anillos circulares, sortijas y sellos en los dedos, y al cuello tres collares de falos de oro cincelados por las hierodulas de Pafos.

Se contempló algún tiempo, desnuda como estaba entre sus joyas, y sacando del cofre donde la había guardado una vasta tela transparente de lino amarillo, se la envolvió a su alrededor, cubriéndose con ella hasta los pies. Pliegues diagonales surcaban lo poco que de su cuerpo se veía a través del tejido ligerísimo. Resaltaba uno de los codos bajo la túnica apretada, y con el otro brazo, que dejó descubierto, llevaba la larga cola recogida, para evitar que arrastrase por el polvo.

Tomó en su mano el abanico de plumas, y salió con indolente paso.

De pie en los peldaños del umbral y apoyada la mano contra el blanco muro, Dyalá vio alejarse a la cortesana.

Marchaba lentamente, a lo largo de las casas, por la calle desierta bañada de claridad lunar. Detrás de sus pasos palpitaba una sombra pequeña y movediza.

En el muelle de Alejandría

En el muelle de Alejandría cantaba en pie una cantora. A su lado estaban dos flautistas, sentadas sobre el parapeto blanco.

*Los sátiros han perseguido en los bosques los pies ligeros de las oréadas.
Han acosado a las ninfas hasta las montañas, asustándolas con sus sombríos ojos;
asen sus cabelleras semejantes a alas; toman a la carrera sus pechos de virgen,
y hacen corvarse sus torsos calientes, volteándolos sobre el musgo verde y humedecido.
Y los hermosos cuerpos, los cuerpos semidivinos, se estiran de dolor y placer...
Eros hace gritar en vuestros labios, ¡oh mujeres! el Deseo doloroso y dulce.*

Las flautistas repitieron: - ¡Eros!

- ¡Eros!

Y gimieron con sus dobles cálamos.

*Kibele ha perseguido en la llanura a Attys, tan hermoso como Apolo.
Eros había herido el corazón de ella por él, ¡oh totoí!, pero no el de él por ella.
Para ser amado ¡dios cruel!, ¡malvado Eros! te vales muchas veces del odio...
A través de los prados y de las campiñas, la Kibele da caza a Attys.
Y como ella adora al desdeñoso, ha hecho penetrar en sus venas
el gran soplo frío, el soplo de la muerte. ¡Oh Deseo doloroso y dulce!*

- ¡Eros!

- ¡Eros!

Quejas agudas brotaron de las flautas.

*El pie-de-Cabra persiguiendo va hasta el río a la Syriux, hija de la fuente.
Eros el pálido, que ama el sabor de las lágrimas, la besa al vuelo una y otra mejilla;
y la sombra leve de la virgen ahogada
ha hecho estremecer las cañas sobre las aguas; pero Eros posee al mundo y a los dioses,
hasta posee a la misma Muerte.
Y sobre la tumba acuática cosechó para nosotras todas las cañas, y de ellas hizo una flauta...
Es un alma muerta la que llora aquí ¡oh mujeres! el Deseo doloroso y dulce.*

Mientras las flautas prolongaban el lento canto del último verso, la cantora tendía la mano a los transeúntes que formaban corro en torno de ella, y recogió cuatro óbolos, que se guardó en su calzado.

Poco a poco iba deslizándose la multitud innumerable, curiosa de sí misma y mirándose pasar. El ruido de los pasos y de las voces apagaba el del mar. Los marineros, encorvando la espalda, atraían las embarcaciones hacia el muelle. Pasaban las vendedoras de frutas llevando en brazos sus repletos canastillos. Los mendigos tendían la mano temblorosa. Trotaban los asnos, cargados de odres llenos, bajo la vara de los borriqueros. Pero por ser la hora de la puesta del sol, más numerosa que la multitud activa, cubría el muelle la multitud desocupada. De trecho en trecho se formaban grupos, entre los que vagaban las mujeres. Oíase nombrar las siluetas conocidas. Los jóvenes miraban a los filósofos, que a su vez contemplaban a las cortesanas.

Eran éstas de todas las clases y condiciones, desde las más célebres, vestidas de ligeras sedas y calzadas de piel dorada, hasta las más miserables, que caminaban descalzas. En belleza no eran inferiores las pobres a las otras, pero sí menos afortunadas, y la atención de los sabios se dirigía preferentemente hacia las que no alteraban su gracia natural con el artificio de los cinturones ni la embarazaban con joyas. Por ser la víspera de las Afrodias, gozaban estas mujeres de absoluta licencia para elegir el vestido que mejor les sentase, y aun algunas de las más jóvenes se habían atrevido a no llevar ninguno. A nadie, sin embargo, chocaba su desnudez, pues ninguna de ellas se hubiese expuesto al sol en todos sus detalles, si uno solo hubiera resaltado con el menor defecto que se prestase a las burlas de las mujeres casadas.

- ¡Tryfera! ¡Tryfera!

Y una joven cortesana de aspecto jovial atropelló a algunos transeúntes para reunirse a una amiga entrevista.

- ¡Tryfera!, ¿estáis invitada? - ¿Adónde, Seso?

- A casa de Bakkhis. - Aún no. ¿Da una comida?

- ¿Comida? Un banquete, querida. El segundo día de la fiesta dará libertad a la más bella de sus esclavas, a Afrodiasia.

- Al fin ha acabado por comprender que sólo iban ya a su casa por su criada.

- Creo que no ha comprendido nada. No es más que un capricho del viejo Kheres, el armador del muelle. Ha querido comprar la muchacha en diez minas, pero Bakkhis no aceptó. Veinte minas, y las rehusó también.

- ¡Qué locura!

- ¿Qué quieres? Su ambición es tener una esclava liberta. Por lo demás, ha tenido razón en regatear. Kheres dará treinta y cinco minas, y por este precio se libertará la esclava.

- ¿Treinta y cinco minas? ¡Tres mil quinientos dracmas! ¡Tres mil quinientos dracmas por una negra! - Es hija de blanco.

- Pero su madre es negra.

- Bakkhis declaró que no la daría a otro precio; y tan enamorado está el viejo Kheres, que ha consentido.

- ¿Y está invitado al menos?

- ¡No! Afrodiasia será servida en el banquete como último manjar, después de la fruta. Cada invitado gozará de ella según su gusto, y hasta el día siguiente no la entregarán a Kheres. Pero mucho me temo que la fatiguen...

- No la compadezcas: con el viejo, tiempo le queda para descansar. Le conozco, Seso. Le he tenido a dormir.

Rieron ambas de Kheres y se cumplieron en seguida.

- Bonito vestido, Tares - dijo Seso - . ¿Lo has hecho bordar en tu casa?

El traje de Tryfera consistía en una delgada tela glauca enteramente recamada de grandes iris. Un carbunclo montado en oro la retenía, plegándola en huso, sobre el hombro izquierdo. Caía oblicua entre los dos pechos, dejando desnudo todo el lado derecho del cuerpo hasta el cinturón de metal, en tanto que una abertura estrecha, que se entreabría y tornaba a cerrarse a cada paso, revelaba la blancura de la pierna.

- ¡Seso! - dijo otra voz - . Seso y Tryfera, venid si no tenéis qué hacer. Voy al muro Cerámico para buscar mi nombre escrito.

- ¡Musarión!, ¿de dónde vienes, pequeña? - Del Faro. No hay nadie allá.

- ¿Qué dices? ¡Si está tan lleno que basta echar el anzuelo! - No son de mi gusto esos pescados. Por eso voy al muro. Venid.

Seso contó de nuevo en el camino el proyectado banquete de Bakkhis.

- ¡Ah!, ¡en casa de Bakkhis! - prorrumpió Musarión- . ¿Te acuerdas, Tryfera, de todo lo que en la última comida se dijo de Khrysis?

- No hay que repetirlo. Seso es su amiga.

Musarión se mordió los labios; pero Seso mostró inquietud. - ¿Qué?, ¿qué se dijo?

- ¡Oh! Hablillas.

- Ya pueden murmurar - exclamó Seso- . Nosotras tres no valemos lo que ella. El día que se proponga dejar su barrio y exhibirse en Brouchion, más de uno de nuestros amantes no volverá a vernos. - ¡Oh! ¡Oh!

- Ciertamente. Yo haría locuras con esa mujer. No la hay más bella en esta ciudad, podéis creerlo. Las tres jóvenes habían llegado frente al muro Cerámico. Sucediáanse de un extremo a otro, en la inmensa pared blanca, las inscripciones negras. Cuando un amante deseaba solicitar a una cortesana, bastábale escribir allí su nombre y el de ella con el precio que se proponía dar. Si el hombre y el dinero eran tenidos en estima, la mujer quedaba de pie bajo el anuncio, en espera de que el autor volviese.

- ¡Mira, Seso! - dijo riendo Tryfera- . ¿Quién es el chocarrero que ha escrito esto? Y leyeron en gruesas letras:

Bakkhis

Thersites

2 óbolos

- No se debía permitir que se burlen así de las mujeres. Si yo fuera el rhymarco, habría hecho ya una investigación.

Pero más adelante se detuvo Seso frente a una inscripción más seria.

Seso de Knidos Timón, hijo de Lysias 1 mina

La joven palideció ligeramente. - Me quedo - dijo.

Y se apoyó de espaldas contra el muro, ante las envidiosas miradas de las que pasaban.

A los pocos pasos encontró Musarión una oferta aceptable, aunque no tan generosa, y Tryfera volvió sola al muelle.

Como había avanzado la hora, la multitud era menos compacta. Sin embargo, las tres músicas continuaban cantando y tocando la flauta.

Al reparar en un desconocido, cuyo vientre y traje eran un tanto ridículos, Tryfera le golpeó el hombro.

- ¡Hola, padrecito! Apuesto a que no eres alejandrino, ¿eh?

- En efecto, hija - respondió el buen hombre- . Lo has adivinado. Aquí me tienes, sorprendido de la ciudad y de las gentes.

- ¿Eres de Bubastis?

- No; de Kabasa. He venido a vender granos y regreso mañana, más rico de cincuenta y dos minas. ¡Gracias sean dadas a los dioses, el año ha sido bueno!

Tryfera sintió un súbito interés por el comerciante.

- Hija mía - agregó él con timidez- , puedes darme un gran gusto. No quisiera volver a Kabasa sin poder contar a mi mujer y a mis tres hijas que he visto a los hombres célebres. ¿Conoces tú hombres célebres?

- Algunos - repuso ella sonriendo.

- Nómbramelos, entonces, si pasan por aquí. Estoy seguro de que he encontrado desde hace dos días en las calles a los filósofos más ilustres y a los funcionarios más poderosos, y me desespera no conocerlos.

- Quedarás satisfecho. He ahí a Naukrates. - ¿Qué es Naukrates?

- Filósofo. - ¿Y qué enseña?

- Que se debe callar.
- ¡Por Zeus!, esta doctrina no exige gran genio. No me agrada ese filósofo. - Ahí viene Frasilas.
- ¿Quién es Frasilas? - Un necio.
- Entonces, ¿por qué le nombras?
- Porque hay quienes le tienen por eminente. - ¿Y qué dice?
- Lo dice todo sonriendo, cosa que le permite hacer pasar sus errores como voluntarios y sus vulgaridades como agudezas. La ventaja es grande, y la gente se ha dejado engañar.
- Esto pasa de raya para mí, no lo entiendo bien. Por lo demás, en el rostro de ese Frasilas se descubre la hipocresía.

- Mira ahí a Filodemos. - ¿El estratega?
- No; un poeta latino que escribe en griego.
- Pequeña, ése es un enemigo. Más valía no haberlo visto.
Advirtióse entonces un movimiento en toda la multitud, y un murmullo general pronunció el mismo nombre: «Demetrios... Demetrios».

Tryfera subió sobre un poste y dijo a su vez al comerciante:
- Demetrios... He aquí a Demetrios. Tú, que querías ver hombres célebres... - ¿Demetrios?, ¿el amante de la reina? ¿Es posible?

- Sí; tienes suerte. No sale jamás. Desde que estoy en Alejandría, ésta es la primera vez que le veo en el muelle.

- ¿En dónde está?
- Es aquel que se inclina para ver el puerto. - Hay dos que se inclinan.
- El del vestido azul.
- No le veo bien. Nos da la espalda.
- Es el escultor ¿sabes?, a quien la reina se dio por modelo cuando esculpió la Afrodita del templo. - Se cuenta que es el amante real, que es el dueño de Egipto.

- Es hermoso como Apolo.
- ¡Ah! Se ha vuelto. ¡Qué satisfecho estoy de haber venido! Diré que le he visto. ¡Tanto me habían contado de él...! Parece que no ha habido mujer que se le resista. Ha tenido muchas aventuras, ¿no es cierto? ¿Cómo se explica que las ignore la reina?

- La reina las conoce como nosotros. Lo ama demasiado para hablarle de eso. Teme que se vuelva a Rodas, al lado de Ferekrates. Es tan poderoso como ella, y es ella quien le ha buscado.

- No parece muy dichoso. ¿Por qué tendrá ese aspecto tan triste? Creo que yo sería feliz en su lugar. Quisiera ser él, aun cuando sólo fuese por una noche...

Habíase puesto el sol. Las mujeres contemplaban a este hombre, que era la ilusión de todas ellas, y él no parecía darse cuenta de la curiosidad que inspiraba, permaneciendo de codos en el parapeto, escuchando a las flautistas.

Al cerrar la noche retiráronse las demás mujeres en pequeños grupos hacia Alejandría, y el rebaño de hombres las siguió. Pero todas, al andar, volvían la vista hacia el mismo Demetrios. La última que pasó le arrojó con indolencia y riendo una flor amarilla.

El silencio invadió los muelles.

Demetrios

En el sitio abandonado por las tres músicas, Demetrios había quedado solo, apoyado de codos, escuchando el ruido del mar, el crujir lento de los barcos y el rumor del viento bajo el cielo estrellado. Una nubecilla deslumbrante detenida sobre la luna alumbraba toda la ciudad, llenando de suave resplandor el espacio.

Fijó el joven la vista cerca de donde estaba. Las túnicas de las flautistas habían dejado dos surcos de polvo. Recordó sus rostros: eran dos efesias. La mayor le había parecido bonita; pero la más joven carecía de encantos, y como la fealdad le causaba malestar, apartó de sí este pensamiento.

Vio brillar a sus pies un objeto de marfil y lo recogió. Era una tablilla para escribir, de la que pendía un estilo de plata. Casi toda la cera estaba consumida; debían de haber borrado varias veces las palabras trazadas, y la última vez habían grabado en el mismo marfil.

No vio escritas sino estas palabras:

Myrtis ama a Rhodokleia

y no sabía a cuál de las dos mujeres pertenecía esto, ni si la otra era la mujer amada, o bien alguna joven desconocida, abandonada en Efeso. Entonces imaginó un momento ir a alcanzar a las músicas para devolverles lo que quizás era el recuerdo de una muerta adorada; pero no hubiera podido encontrarlas sin trabajo, y como iba desvaneciéndose su interés por ellas, se volvió con pereza y lanzó la tablilla al mar.

Cayó rápidamente, deslizándose como una avecula blanca, y el chasquido que produjo en el agua distante y negra hizo sentir al joven el silencio profundísimo del puerto.

Apoyado en el parapeto frío, procuró ahuyentar todo pensamiento y se puso a mirar las cosas.

Le inspiraba horror la vida diaria y sólo salía de su casa a la hora en que el tráfico cesa, para regresar cuando el alba atrae a la ciudad pescadores y hortelanos. El placer de no ver en el mundo más que la sombra de la ciudad y la de su propia estatura era para él tan voluptuoso, que no recordaba haber visto el sol de mediodía durante varios meses.

Se hastiaba. La reina era fastidiosa.

Apenas podía comprender esta noche el gozo y el orgullo que le habían invadido tres años antes, cuando la reina, seducida acaso más por el renombre de sus perfecciones que por la fama de su genio, le había hecho comparecer en palacio, y ser anunciado en la puerta de la Tarde con toques de salpínge de plata.

Esta entrada encendía a veces en su memoria uno de esos recuerdos que a fuerza de ser dulces acaban por agriarse poco a poco hasta hacerse intolerables... La reina le había recibido sola en sus habitaciones privadas, que se componían de tres piecitas blandas y sordas a más no poder. Hallábase recostada del lado derecho y como hundida entre bullones de seda verdosa que bañaban de reflejos purpúreos los negros bucles de su cabellera. Cubría su joven cuerpo un vestido atrevidamente calado que había hecho a su propia vista una cortesana de Frigia, y que dejaba descubiertos los veintidós lugares de la piel en donde son irresistibles las caricias, de tal modo que, durante una noche entera y aun agotando los más raros caprichos de una imaginación amorosa, no fuese necesario quitarse este vestido.

Demetrios, arrodillándose respetuosamente, tomó entre sus manos, para besarlo como a objeto precioso y dulce, el piecico desnudo de la reina Berenice.

Levantóse ella al punto.

Con toda sencillez, como una esclava que sirve de modelo, se desembarazó del coselete, de las cintas, del calzoncillo partido; quitóse después las ajorcas de los brazos, las sortijas de los pies, y se irguió con las manos abiertas ante los hombros, alzando la cabeza bajo una capelina de coral que temblaba a lo largo de sus mejillas.

Era hija de un Ptolomeo y de una princesa de Siria que descendía de todos los dioses por su parentesco con Astarté, a la que los griegos llaman Afrodita. Demetrios lo sabía, y también lo muy orgullosa que estaba de su origen olímpico. Por esto no se turbó cuando la soberana le dijo, sin moverse siquiera: «Yo soy Astarté. Toma un mármol y tu cincel, y muéstrame a los hombres de Egipto. Quiero que sea adorada mi imagen».

Demetrios la miró, y adivinando, a no dudarle, qué sensualidad sencilla y nueva animaba este cuerpo joven, dijo: «Yo soy el primero en adorarla», y la ciñó con sus brazos. La reina no se indignó por tamaño atropello, pero preguntó retrocediendo: «¿Te crees el Adonis para tocar a la diosa?». Él respondió: «Sí». Miróle ella, sonrió un poco, y acabó por decir: «Tienes razón».

Esto fue causa de que el artista se volviese insoportable y sus mejores amigos se alejasen de él. Pero enloqueció en cambio todos los corazones de mujer.

Cuando atravesaba alguna sala del palacio, deteníanse las esclavas, las damas de la corte cesaban de hablar, y las extranjeras mismas se ponían a escucharle, porque el sonido de su voz era

una melodía. Si se retiraba a las habitaciones de la reina, aun allí iban a importunarle con pretextos siempre nuevos. Si transitaba por las calles, los pliegues de su túnica se llenaban de tirillas de papiro en las que las transeúntes escribían sus nombres y lastimeras palabras, papiros que él estrujaba sin leerlos, cansado de todo esto. Cuando su obra fue colocada en el templo de Afrodita, invadieron el recinto a toda hora de la noche multitud de adoradoras para leer en la piedra el nombre de Demetrios y consagrar a este dios vivo todas las palomas y todas las rosas.

Pronto estuvo su casa colmada de regalos, que aceptó al principio por negligencia, pero que acabó por rechazar invariablemente cuando comprendió lo que esperaban de él, y que le estaban tratando lo mismo que a una prostituta. Sus mismas esclavas se le ofrecieron, y él las hizo azotar y las vendió a la pequeña mancebía de Rhakotis. Entonces, sus esclavos, sobornados por dádivas, abrieron la puerta a mujeres desconocidas, que al regresar Demetrios encontraba junto a su lecho en tal actitud que no era posible poner en duda sus apasionadas intenciones. Los objetos de su tocador y de su mesa desaparecieron uno tras otro; y más de una mujer de la ciudad tenía una sandalia o un cinturón suyos, una copa en que él había bebido, hasta los huesos de las frutas que comía. Si al andar se le caía una flor, no volvía a encontrarla. Hubieran recogido hasta el polvo aplastado por su calzado.

Aparte de lo peligrosa que iba haciéndose esta persecución, que amenazaba matar en él toda sensibilidad, había llegado a la época de la juventud en que el hombre que piensa cree urgente promediar su vida y no confundir ya las tendencias del espíritu con las necesidades de la carne. La estatua de Afrodita-Astarté fue el sublime pretexto para su conversión moral. Cuanto había de belleza en la reina, cuanto de ideal podía inventarse en las suaves líneas de su cuerpo, hizo Demetrios que surgiera del mármol, y se imaginó desde este día que mujer alguna en la tierra podría alcanzar jamás el nivel de su ensueño. Su estatua se convirtió en el objeto de sus deseos. No adoró ya más que a ella sola, y separó locamente de la carne la idea suprema de la diosa, tanto más inmaterial que si la hubiese asociado a la vida.

Cuando volvió a ver a la reina, la encontró desprovista de todo su anterior encanto. Bastóle aún algún tiempo para engañar sus deseos sin aspiración fija, pero al mismo tiempo la reina difería demasiado de la otra, y se le asemejaba también demasiado. Cuando, agotada, se desprendía de sus brazos para dormirse sin cambiar de sitio, él la miraba como a una intrusa que usurpaba su lecho tomando la semejanza de la mujer amada. Sus brazos eran más esbeltos, su pecho más agudo, sus caderas más estrechas que las de la Verdadera. No tenía entre las ingles aquellos tres pliegues tan delgados como ligeras líneas que él había grabado en el mármol. Acabó por cansarle.

Lo supieron sus adoradoras, y aun cuando continuaba visitándola todos los días, se comprendió que había dejado de amar a Berenice. El asedio fue redoblándose en torno de él, pero no hizo el menor caso. Era de otra naturaleza, en efecto, el cambio que le hacía falta.

Suele ser raro que, entre querida y querida, no tenga un hombre cierto período en el que el libertinaje vulgar le tienta y satisfaga. Así le aconteció a Demetrios. Cuando le repugnaba más que nunca la necesidad de entrar en palacio, se encaminaba por la noche al jardín de las cortesanas sagradas, que circuía por todas partes al templo.

Estas mujeres no le conocían; y como además, tantos amores superfluos las habían cansado, hasta el punto de no dejarles ni un grito ni una lágrima, no perturbaban la satisfacción que él buscaba con aquellos gemidos de gata en celo que le enervaban al estar con la reina.

Su conversación con estas hermosas y tranquilas mujeres era natural y perezosa. El tema versaba sobre los que habían estado antes, sobre el tiempo que haría a la mañana siguiente, o la frescura de la hierba y de la noche. Tampoco le pedían ellas que expusiera sus teorías sobre estatuaria, ni le daban su opinión acerca del Aquiles de Scopas. Si se les ocurría dar las gracias al amante que las había escogido, considerarle buen mozo y decírselo, le quedaba a él, cuando menos, el derecho de no creer en su desinterés.

Así que se apartaba de estos brazos religiosos, ascendía las gradas del templo y se extasiaba delante de la estatua.

La diosa aparecía entre las esbeltas columnas coronadas de volutas jónicas como si estuviese viva sobre su pedestal de piedra color de rosa cargado de tesoros suspendidos. Daba animación a su desnudez y a su sexualidad un vago tinte que imitaba los colores de la mujer. Tenía en una mano su espejo, cuyo mango era un priapo, y con la otra adornaba su belleza con un collar de siete hilos de perlas. Entre sus dos pechos pendía una perla más gruesa que las demás, argentada y oval, que lucía como una luna creciente entre dos nubes redondas.

Demetrios contemplaba a la diosa enternecido, y quería creer, como el pueblo, que aquellas eran las verdaderas perlas santas, formadas de las gotas de agua que habían rodado en la concha de la Anadyomena.

«¡Oh divina Hermana - decía- , oh florida, oh transfigurada! No eres tú ya la jovencilla asiática que me sirvió de indigno modelo. Tú eres su Ideal inmortal, el Alma terrestre de la Astartea que fue progenitora de su raza. Tú brillabas en sus ojos candentes, tú ardías en sus labios sombríos, tú desfallecías en sus manos blandas, tú palpitabas en sus grandes senos, tú te crispabas en sus piernas enlazadoras, hace ya tiempo, antes de que nacieras; y lo que satisface a la hija de un pescador, a ti te postraba, ¡oh diosa!, a ti, madre de los dioses y de los hombres, placer y sufrimiento del mundo. Pero yo te he visto, te he evocado, te he asido, ¡oh maravillosa Citerea!, te he revelado a la tierra. No es a tu imagen, sino a ti misma a quien he dado tu espejo y a quien he cubierto de perlas, como en el día en que naciste del cielo ensangrentado y de la sonrisa espumosa de las aguas, aurora deslumbrante de rocío, aclamada hasta las riberas de Chipre por un cortejo de tritones azules».

Venía de adorarla así, cuando entró en el gran muelle, a la hora que se dispersaba la multitud, y oyó el canto doloroso que gemían las flautistas. Pero esta vez no había cedido a las cortesanas del templo, porque al entrever bajo las ramas una pareja, sintió que le penetraban hasta el alma la repugnancia y el asco.

La dulce serenidad de la noche le invadía poco a poco. Volvió la cara hacia el lado del viento, que había cruzado el mar, y parecía llevar al Egipto el olor de las rosas de Amatonte.

Hermosas formas de mujer comenzaban a bosquejarse en su pensamiento. Le habían pedido para el jardín de la diosa un grupo de las tres Xárites enlazadas. Pero a su juventud le repugnaba copiar lo convencional, e imaginaba unir en un mismo árbol los tres movimientos graciosos de la mujer. Dos de las Gracias estarían vestidas, con un abanico la una, y entornando los párpados al soplo de las plumas movidas; la otra, danzando bajo los pliegues de su túnica. La tercera estaría desnuda, detrás de sus hermanas, y con los brazos alzados se retorcería sobre la nuca la masa espesa de sus cabellos.

Otros muchos proyectos germinaban en su pensamiento, tales como atar a las rocas del Faro una Andrómeda de mármol negro delante del monstruo horripilante del mar; encerrar el ágora de Brouchion entre los cuatro caballos del sol levante, como por Pegasos irritados, y ¡con qué fruición exultaba a la idea naciente de un Zagreus aterrorizado a la aproximación de los Titanes! ¡Ah!, ¡cómo estaba reconquistado por toda la belleza!, ¡cómo se arrancaba al amor!, ¡cómo «separaba de la carne la idea suprema de la diosa»!, ¡cómo se sentía libre, en fin...!

Pero al volver la cara hacia los muelles, vio brillar a lo lejos el velo amarillo de una mujer que caminaba.

La que pasaba

Venía lentamente, inclinando la cabeza sobre un hombro, por el desierto muelle, que bañaba la claridad de la luna. Delante de sus pasos temblaba una sombra pequeña y movediza.

Demetrios la miraba avanzar.

Surcaban pliegues diagonales lo poco que de su cuerpo se veía a través del tejido ligero; uno de los codos resaltaba por bajo la túnica ajustada, y con el otro brazo, que había dejado descubierto, llevaba recogida la larga cola para evitar que arrastrase por el polvo.

Reconoció él por las joyas que era una cortesana, y para ahorrarse su saludo, atravesó rápidamente el muelle.

No quería mirarla. Voluntariamente ocupó su pensamiento en el gran boceto de Zagreus. Pero a pesar de esto, sus ojos se volvieron hacia la que pasaba.

Entonces vio que no se detenía, que en nada se preocupaba de él, que ni siquiera afectaba mirar al mar, ni alzarse por delante el velo, ni fingirse absorta en sus reflexiones. Paseábase sola simplemente y no buscaba allí más que la frescura del viento, la soledad, el abandono, la leve vibración del silencio.

Demetrios, inmóvil, no apartó de ella la mirada, abismándose en una emoción de singular asombro. Continuaba ella andando con su indolente abandono, como una lejana sombra amarilla, precedida por la ligera sombra negra.

Hasta él llegaba el débil crujir del calzado en la arena del muelle. Marchó la cortesana hasta la isla del Faro y subió a las rocas.

De pronto, y como si de largo tiempo atrás la hubiese amado, corrió Demetrios en pos de la desconocida, detúvose luego, volvió sobre sus pasos, tembló, indignóse contra sí mismo, trató de abandonar el muelle. Pero como jamás había empleado su voluntad sino para complacer su propio capricho, cuando llegó el momento de emplear esa voluntad en el sostén de su carácter y la ordenación de su vida, sintió que la impotencia le dominaba, reteniéndole en el sitio mismo en que posaba sus pies.

No pudiendo ya apartar su pensamiento de esta mujer, buscó excusas de la preocupación que con tal viveza acababa de ofuscarle, y supuso que un sentimiento puramente estético le inducía a admirar a la paseante, que sería sin duda el modelo soñado para la Gracia con abanico que proyectaba esbozar al día siguiente.

A poco, todos sus pensamientos se confundieron inesperadamente y afluyó a su imaginación una multitud de ansiosas interrogaciones acerca de esta mujer de amarillo ropaje.

¿Qué hacía en la isla a semejante hora de la noche? ¿Por qué y para quién salía tan tarde? ¿Por qué no se había aproximado? Le había visto, ciertamente, cuando él atravesó el muelle. ¿Por qué, pues, sin dirigirle un saludo, había ella proseguido su marcha? Corría el rumor de que ciertas mujeres gustaban de bañarse en el mar durante las horas frescas que preceden al alba; pero en el Faro, donde el agua era demasiado profunda, nadie se bañaba. ¿Y no era además inverosímil que una mujer se cubriera así de joyas para ir al baño?... ¿Qué la llevaba, entonces, tan lejos de Rhakotia? ¿Una cita, quizá? ¿Algún joven

libertino, curioso de variedad, que tomaba un instante por lecho las grandes rocas pulidas por las olas? Demetrios quiso convencerse; pero ya volvía la joven, con su mismo paso tranquilo y muelle, plenamente alumbrado el rostro por la lenta claridad lunar y barriendo el polvo del parapeto con la extremidad de su abanico.

El espejo, la peineta y el collar

Tenía una belleza especial. Parecían dos masas de oro sus cabellos, y como eran demasiado abundantes, pasaban a entrambos lados de la frente en dos profundas ondas cargadas de sombra, que sepultaban las orejas y se retorcían en siete vueltas sobre la nuca. La nariz era delicada, con aletas expresivas, palpitantes a veces, sobre una boca pintada y carnosa, de comisuras curvas y móviles. El sinuoso perfil de cuerpo ondulaba a cada paso, animándose con el balanceo de los pechos libres y el vaivén de las hermosas caderas, sobre las que se movía el talle.

Cuando sólo estuvo a diez pasos del joven, dirigió la mirada hacia él. Demetrios se estremeció. Eran unos ojos extraordinarios; azules, pero oscuros y brillantes a la vez, húmedos, desfallecidos, lacrimosos y ardientes, casi cerrados bajo el peso de las pestañas y de los párpados. Miraban estos ojos como las sirenas cantan. Quien recibía su luz quedaba invenciblemente aprisionado. Lo sabía ella muy bien, y usaba con sabiduría de sus efectos; pero confiaba más aún en su indiferencia afectada contra aquel hombre a quien tanto amor sincero no había logrado conmover verdaderamente.

Los navegantes que han recorrido los mares purpúreos de más allá del Ganges, cuentan que han visto bajo aquellas aguas rocas que son de piedra imán. Cuando pasan junto a ellas los bajeles,

clavos y herrajes se precipitan hacia el peñasco submarino para adherírsele por siempre, y lo que fue una rápida nave, una morada, un ser viviente, se convierte en una flotilla de tablas que dispersa el viento y sacuden las olas. Así Demetrios se perdía en sí mismo ante los dos grandes ojos atrayentes y se le escapaban las fuerzas.

Pasó ella muy cerca, inclinados los párpados.

De buena gana hubiera él gritado de impaciencia. Se crisparon sus puños, temió que le faltara suficiente dominio sobre sí, ya que era preciso hablarla. Y la abordó, sin embargo, con las palabras de costumbre, diciéndole:

- Yo te saludo.

- También yo te saludo - respondió la que pasaba. Demetrios prosiguió:

- ¿A dónde vas tan poco apresurada? - A mi casa.

- ¿Sola? - Enteramente sola.

E hizo ademán de continuar su marcha.

Entonces pensó Demetrios que se habría equivocado juzgándola cortesana. Desde hacía algún tiempo, las mujeres de los magistrados y de los funcionarios se vestían y ataviaban a semejanza de las prostitutas. Debía de ser una persona honrosamente conocida, y sin ironía, agregó a su pregunta:

- ¿A casa de tu esposo?

Echóse a reír ella, apoyándose hacia atrás con ambas manos.

- No tengo esposo esta noche.

Demetrios se mordió los labios y se aventuró a decir, casi tímido: - No lo busques. Has venido demasiado tarde; ya no hay nadie.

- ¿Quién te ha dicho que ando buscando? Sola me paseo y no busco a nadie.

- En tal caso, ¿de dónde vuelves? Porque no te habrás puesto tantas joyas para ti misma, y ese velo de seda...

- ¿Había de salir desnuda o vestida de lana, como una esclava? Yo no me adorno sino para mi propio gusto. Me agrada saber que soy bella, y al andar me veo los dedos para conocer todas mis sortijas.

- Debieras llevar un espejo en la mano y no mirarte más que los ojos, que no nacieron en Alejandría, por cierto. Eres judía, lo reconozco en tu voz, que es más dulce que la nuestra.

- No, no soy judía, soy galilea. - ¿Cómo te llamas, Myriam o Noemí?

- Mi nombre es siriaco, no te lo diré. Es un nombre real que no se lleva aquí. Mis amigos me llaman Khrysis, cumplimiento que bien hubieras podido dirigirme.

Demetrios le puso una mano sobre el brazo.

- ¡Oh, no, no! - dijo ella con acento burlón- . Es demasiado tarde para estas bromas. Déjame volver pronto a mi casa. Va a hacer tres horas que me levanté, y estoy muerta de fatiga.

E inclinándose un poco, se tomó un pie con la mano, diciendo:

- Mira cómo me lastiman las correchuelas; me las apretaron demasiado. Si no las desato pronto, me quedará señal en el pie; y luego, ¡qué dirán cuando me lo besen!... Déjame. ¡Ah, qué pena! Si lo hubiera sabido, no me habría parado. Mi velo amarillo está todo arrugado en el talle: mira.

Demetrios se pasó la mano por la frente, y luego, con el tono desenfadado del hombre que se digna escoger, murmuró:

- Indícame el camino.

- ¡Pero si no quiero! - repuso Khrysis con asombro- . Ni siquiera me preguntas si es mi gusto. «¡Indícame el camino!». ¡Y cómo lo dices! ¿Me tomas por una prostituta del *porneion*, que se echa de espaldas por tres óbolos, sin fijarse en quién la tiene? ¿Sabes, al menos, si soy libre? ¿Conoces la cuenta de mis citas? ¿Me has seguido en mis paseos? ¿Te has fijado en las puertas que se abren para mí? ¿Has contado los hombres que se creen amados por Khrysis? «¡Indícame el camino!». Pues no te lo indicaré, aunque me lo ruegues. ¡Quédate aquí o vete, pero no a mi casa!

- No sabes quién soy yo...

- ¿Tú? ¡Vamos! Tú eres Demetrios de Sais; tú has hecho la estatua de mi diosa; tú eres el amante de mi reina y el señor de mi ciudad. Pero para mí no eres más que un hermoso esclavo, porque me has visto y porque me amas.

Y aproximándose a él, prosiguió con voz acariciadora:

- Sí, tú me amas. ¡Oh! No hables. Sé lo que vas a decirme: que no amas a nadie, que eres amado. Tú eres el Querido, el Predilecto, el Ídolo. Tú te has negado a Glykera, que se había negado a los Antiokhos. Demonassa la lesbiana, que había jurado morir virgen, fue a acostarse en tu lecho durante tu sueño, y te hubiera gozado a la fuerza si tus esclavos nubios no la hubiesen puesto, desnuda como estaba, en la puerta. Kallistion la renombrada, desesperándose de no estar junto a ti, compró la casa que está frente a la tuya, y se presenta por las mañanas en el hueco de la ventana tan poco velada como Artemisa en el baño. ¿Crees que ignoro todo eso? Entre cortesanas se cuenta todo. La noche misma que llegaste a Alejandría me hablaron de ti, y no ha transcurrido un solo día desde entonces sin que me hayan repetido tu nombre. Cosas sé de ti que tú mismo has olvidado o que no sabes todavía. La pobrecilla Phyllis se colgó anteayer de la barra de tu puerta, ¿no es cierto...? Y la moda se propaga. Lydé hizo lo que Phyllis; la vi esta noche al pasar, ya amoratada, pero en sus mejillas aún no se habían secado sus lágrimas. ¿No sabes quién era Lydé? Una niña, una cortesana de quince años, que su madre vendió el mes pasado a un armador de Samos que pasaba una noche en Alejandría, antes de remontar el río hasta Tebas. Ella venía a verme, y yo le daba consejos, pues no sabía nada de nada, ni siquiera jugar a los dados. A menudo la recibía en mi lecho, porque cuando no tenía amante no hallaba ella dónde dormir. ¡Y te amaba! ¡Si la hubieras visto tomarme sobre ella, llamándome con tu nombre!... Quería escribirte, ¿comprendes?... pero yo le dije que no valía la pena...

Demetrios la miraba sin oírla.

- Sí, todo esto es igual, ¿verdad? - continuó Khrysis-. No la amabas. A quien amas es a mí. Ni siquiera has escuchado lo que acabo de decirte; no me repetirías una sola palabra, estoy segura. Estás ocupadísimo en saber cómo están formados mis párpados, cuán buena debe ser mi boca y cuán suave mi cabellera. ¡Ah!, ¡cuántos otros lo saben! Todos, todos los que me han querido han satisfecho su deseo encima de mí; hombres maduros, jóvenes, viejos, niños, mujeres y jovencitas. A nadie me he negado. ¿Lo oyes? Desde hace siete años, Demetrios, no he dormido sola más que tres noches; ¡cuenta ahora los amantes que resultan! Dos mil quinientos: tal vez más, porque no hablo de los de día. El año pasado bailé desnuda en presencia de veinte mil espectadores, y sé que tú no estabas entre ellos. ¿Crees que me oculto? ¡Ah!, ¿para qué? Todas las mujeres me han visto en el baño y todos los hombres en la cama. Sólo que tú no me verás nunca. ¡Te rechazo, te rechazo! ¡De lo que soy, de lo que siento, de mi belleza, de mi amor, jamás, jamás has de saber nada! ¡Eres un hombre abominable, fatuo, cruel, insensible y cobarde! Yo no comprendo por qué ninguna de nosotras ha tenido bastante odio para mataros al uno sobre la otra; a ti primero, y a tu reina en seguida.

Demetrios la asió tranquilamente de los brazos, y sin responder una palabra, la dobló hacia atrás con violencia.

Ella tuvo un momento angustioso; pero apretó las rodillas, apretó los codos, se echó atrás de espaldas, y dijo en voz baja:

- ¡Ah!, ¡yo no temo esto, Demetrios! Tú no me poseerás nunca por violencia, aun cuando fuese yo débil como una virgen enamorada y tú vigoroso como un Atlante. Tú no quieres solamente tu placer, sino el mío sobre todo. Quieres verme también, verme toda entera, porque me crees bella, y lo soy, en efecto. Además, la luna alumbra menos que mis doce blandones de cera. Aquí estamos casi a oscuras. Y tampoco se acostumbra desnudarse en el muelle. No me podría volver a vestir, créeme, sin tener a mi esclava. Déjame erguirme, me lastimas los brazos.

Callaron algunos instantes, y Demetrios dijo:

- Acabemos, Khrysis. Bien sabes que no te forzaré, pero deja que te siga. Por orgullosa que seas, no ceder a Demetrios es una gloria que te costaría cara.

Khrysis continuaba callando. Él agregó con más dulzura:

- ¿Qué temes?

- Tú estás habituado al amor de las otras; ¿pero sabes lo que hay que darle a una cortesana que no ama?

Él se impacientó.

- No exijo que me ames - dijo- ; estoy cansado de que me amen, no quiero ser amado. Pido que te abandones, y te daré por esto el oro del mundo. Lo tengo en Egipto.

- Yo lo tengo en mis cabellos, y estoy cansada de oro; no quiero oro, no quiero más que tres cosas. ¿Me las darás?

Demetrios, sospechando que iba a pedirle lo imposible, la miró ansiosamente. Pero ella comenzó a sonreír, y dijo con voz lenta:

- Quiero un espejo de plata para mirarme los ojos en mis ojos. - Lo tendrás. ¿Qué más quieres? Di pronto.

- Quiero una peineta de marfil cincelado para hundirla en mi cabellera, como una red en el agua bajo la luz del sol.

- ¿Y después?

- ¿Me darás mi peineta? - Sí. Acaba.

- Quiero un collar de perlas que esparcir sobre mi pecho cuando te baile, en mi habitación, las danzas nupciales de mi país.

Demetrios, arqueando las cejas, dijo: - ¿Es todo?

- ¿Me darás mi collar? - El que te plazca.

Tomó ella entonces una voz muy tierna.

- ¿El que me plazca? ¡Ah! Esto es justamente lo que quería pedirte. ¿Me dejarás que escoja mis regalos?

- Entendido. - ¿Lo juras? - Lo juro.

- ¿Qué juramento haces? - Díctamelo.

- Por la Afrodita que has esculpido.

- Hago el juramento por la Afrodita. Pero ¿a qué viene tal preocupación? - Vamos... No estaba tranquila... Ahora ya lo estoy.

La joven alzó la cabeza. - Ya escogí los regalos.

Demetrios, nuevamente inquieto, preguntó: - ¿Tan pronto?

- Sí... ¿Te figuras que he de aceptar cualquier espejo de plata, comprado a un comerciante de Esmirna o a una cortesana desconocida? El que yo quiero es el de mi amiga Bakkhis, que me quitó un amante la semana pasada y se ha burlado de mí malignamente en una orgía que tuvo con Tryfera, Musarión y algunos mozalbetes tontos, que me lo contaron todo. Es un espejo que aprecia ella en mucho, porque perteneció a Rhodopis, la que fue esclava en compañía de Esopo, y que rescató el hermano de Sappho. Rhodopis fue, como sabes cortesana muy célebre. Su espejo es magnífico. Dicen que Sappho se miró en él, y por esto Bakkhis lo estima en tanto. Nada de más precioso tiene en el mundo. Pero yo sé en dónde lo encontrarás: me lo dijo, estando ebria, una noche... Se halla bajo la tercera piedra del altar... Allí es donde lo deja todas las tardes cuando sale al ponerse el sol. A esa hora entra mañana en su casa, y nada temas: sale con sus esclavas.

- ¡Qué locura! - exclamó Demetrios- . ¿Quieres que yo robe?

- ¿Acaso no me amas? Yo creía que me amabas. Y además, ¿no has jurado? Yo creía que habías jurado. Si me engañé, no hablemos más.

Comprendió que ella le perdía, pero se dejó arrastrar sin lucha, casi de buen grado. - Haré lo que dices - respondió.

- ¡Oh!, bien sé que lo harás; pero vacilas primero. Comprendo que vaciles. No es un regalo vulgar; no se lo pediría a un filósofo. Te lo pido a ti. Bien sé que me lo darás.

Jugó ella un instante con las plumas de pavo de su redondo abanico y exclamó de pronto:

- ¡Ah...! No quiero tampoco una peineta de marfil cualquiera, comprada a un vendedor de la ciudad. Me has dicho que puedo escoger, ¿no es cierto? Pues bien, quiero... quiero la peineta de marfil cincelado que lleva en los cabellos la mujer del gran sacerdote. Es mucho más preciosa que el

espejo de Rhodopis. Era de una reina de Egipto que vivió hace largo, larguísimo tiempo, y cuyo nombre es tan difícil que no sé pronunciarlo. Su marfil es antiquísimo también, y amarillo como si lo hubiesen dorado. Tiene cincelada a una joven que pasa por un pantano de lotos más altos que ella, andando de puntillas para no mojarse... Es una peineta verdaderamente hermosa... Me regocija que me la des... También guardo ciertos agravios contra la que lo posee. El mes pasado le ofrecí a Afrodita un velo azul, y al día siguiente lo vi en la cabeza de esa mujer. No puedo perdonarle tanto apresuramiento, y su peineta me vengará de mi velo.

- ¿Y cómo la obtendré? - preguntó Demetrios.

- ¡Ah! Será algo más difícil. Es egipcia, como sabes, y no se hace sus doscientas trenzas sino una vez al año, como todas las mujeres de su raza. Pero yo deseo la peineta mañana. La matarás para quitársela. Me has jurado.

Le hizo un mohín a Demetrios, que miraba al suelo, y acabó diciendo, apresuradamente:

- Ya elegí también mi collar. Quiero el de siete hilos de perlas que está en el cuello de la Afrodita. Demetrios dio un salto.

- ¡Ah!, ¡esto es demasiado! ¡No has de reírte más de mí! ¡Nada, óyelo bien, nada; ni el espejo, ni la peineta, ni el collar, nada...!

Pero ella, cerrándole la boca con la mano, prosiguió con voz zalamera:

- No digas eso. Bien sabes, y yo estoy muy segura, que me lo darás. Tendré los tres regalos... Irás a mi casa mañana, y pasado mañana, si quieres, y todas las noches. Te esperaré con el traje que tú prefieras, ataviada como tú gustes, peinada a tu placer, dispuesta a tu menor capricho. Si no buscas más que ternura, te prodigaré mis caricias como a un niño. Si deseas voluptuosidades raras, me someteré a las más dolorosas; y si amas el silencio, callaré... Cuando quieras que cante verás, ¡oh, bienamado!, cómo sé yo canciones de todos los países. Las sé dulces como el murmullo de las fuentes, y otras terribles como el fragor del rayo. Las sé tan ingenuas y tan frescas, que podría una niña cantarlas a su madre; y sé de las que no se cantarían ni en Lámpsakos, de las que ruborizarían a Elefantis, y algunas que sólo me atrevería a cantar en voz muy baja. Las noches que tú quieras que baile, bailaré hasta el amanecer, y bailaré vestida con mi larga túnica de cola, o bajo un velo transparente, o con calzones partidos y un coselete con dos aberturas por donde salgan mis pechos. ¿Pero no te había prometido bailar desnuda? Pues bailaré desnuda si más te agrada, desnuda y peinada con flores, o desnuda con los cabellos al aire y pintada como una imagen divina. Sé balancear las manos, enarcar los brazos, agitar el pecho, remover el vientre, crispar la grupa, ¡ya verás! Bailo sobre la punta de los pies o acostada en los tapices. Sé todas las danzas de Afrodita, las que se bailan delante de Urania y las que se bailan ante Astarté. Sé las que nadie se atreve a bailar... Te danzaré todos los amores... Cuando todo haya acabado, recomenzará todo, ¡ya verás! La reina es más rica que yo, pero no hay en todo su palacio ninguna alcoba que aventaje a la mía para el amor. No te digo lo que hallarás allí: hay mil cosas que son incomparables para que de ellas pueda yo darte una idea, y otras demasiado extrañas para que yo sepa las palabras con que poder nombrártelas. Pero ¿sabes lo que vas a ver que sobrepuja a todo lo demás? Verás a Khrysis, a quien amas y a quien no conoces todavía. Sí, no has visto más que mi cara, pero no sabes hasta dónde llega mi belleza. ¡Ah!, ¡ah!... ¡qué sorpresas te aguardan!... ¡Ah!, ¡cómo jugarás con mis pezones, cómo doblarás en tu brazo mi cintura, cómo temblarás oprimido entre mis rodillas, cómo desfallecerás sobre mi cuerpo movable! ¡Y cómo te sabrá mi boca y mis besos...!

Demetrios lanzó sobre ella una mirada de extravío. La joven prosiguió con ternura:

- ¡Cómo! ¿No consientes en darme un espejo de plata, insignificante y viejo, cuando tendrás en cambio toda mi cabellera como una selva de oro entre las manos?

Demetrios quiso tocarla... Ella retrocedió y dijo:

- ¡Mañana!

- Lo tendrás - murmuró él.

- ¿Y no puedes obtener para mí una peineta de marfil que me gusta, cuando tendrás mis dos brazos, como dos ramas ebúrneas, en torno de tu cuello?

Él trató de acariciarlos... Ella, retirándolos, repitió: - ¡Mañana!

- Te lo daré - dijo él muy quedo.

- ¡Ah!, ¡lo sabía! - gritó la cortesana- . ¡Y también me darás el collar de siete hilos de perlas que está en el cuello de Afrodita, y por él te venderé todo mi cuerpo, que es como una concha de nácar entreabierta, y depositaré más besos en tu boca que perlas tiene el mar!

Demetrios, suplicante, le tendió la cabeza... Ella esforzó vivamente la mirada y prestó sus lujuriosos labios...

Cuando él abrió los ojos, la joven estaba ya lejos. Una ligera sombra más pálida corría en pos de su flotante velo.

Demetrios regresó distraídamente hacia la ciudad, inclinando la frente bajo el peso de una inexpresable vergüenza.

Las vírgenes

El alba oscura se elevó sobre el mar, bañando todas las cosas de un tinte lila. La fogata cubierta de llamaradas, encendida en la torre del Faro, se extinguió al mismo tiempo que la luna. Fugitivos vislumbres amarillos aparecieron sobre las ondas violeta, como rostros de sirena bajo cabelleras color de malva. Y repentinamente surgió el día.

El muelle estaba desierto; la ciudad muerta. Era el momento de la claridad taciturna que precede a la primera aurora, alumbrando el sueño del mundo y provoca los ensueños nerviosos de la mañana.

Nada existía, más que el silencio.

Las largas naves alineadas cerca de los muelles, como pájaros dormidos, dejaban colgar en el agua sus remos paralelos. La perspectiva de las calles se dibujaba con líneas arquitecturales, que ni un carro, ni un caballo, ni un esclavo turbaban.

Alejandría semejava una vasta soledad, la apariencia de una ciudad antigua abandonada muchos siglos antes.

De pronto tembló en el pavimento un ligero rumor de pasos, y aparecieron dos jóvenes, la una vestida de amarillo y la otra de azul.

Ambas ceñían el cinturón de las vírgenes, que les rodeaba las caderas y se adhería hasta muy bajo de sus vientres juveniles. Eran la cantora de la noche anterior y una de las flautistas.

La segunda era más joven y más bonita que su amiga. Sus ojos, tan pálidos como el azul de su traje, semiahogados bajo los párpados, sonreían débilmente. Las dos delgadas flautas le colgaban a la espalda, pendientes de un hombro por un nudo de flores. En torno de sus redondas piernas ondulaba bajo la ligera tela una doble guirnalda de iris, detenida sobre los tobillos por dos periscelios de plata.

La más joven dijo:

- Myrtokleia, no te entristezcas porque perdiste nuestras tabletas. ¿Podrías olvidar jamás que el amor de Rhodis es tuyo, o imaginas, ingrata, que hubieras alguna vez leído sola esa línea escrita por mi mano? ¿Soy yo acaso una de esas malas amigas que se graban en la uña el nombre de la hermana de leche, y van a unirse con otra cuando la uña ha crecido hasta renovarse? ¿Necesitas un recuerdo de mí, teniéndome entera y viva? Entro apenas en la edad en que las jóvenes se casan, y no tenía, sin embargo, la mitad de mis años el día en que por primera vez te vi. Bien te acuerdas: fue en un baño. Nuestras madres nos tenían por bajo los brazos balanceándonos la una hacia la otra. Jugamos largo rato sobre el mármol antes de ponernos los vestidos. Desde entonces no volvimos a separarnos, y cinco años después, nos amamos.

Myrtokleia respondió:

- Hay otro primer día, Rhodis, bien lo sabes: aquel en que escribiste tres palabras sobre mis tabletas entrelazando nuestros nombres. Ése fue el primero, y ya no volverá; pero ¡qué importa! Cada día es nuevo para mí, y cuando despiertas al caer de la tarde me parece que no te he visto nunca. Se me figura que no eres niña, sino ninfa pequeña de la Arcadia que ha abandonado las selvas porque Febo secó su fuente. Tu cuerpo es flexible como rama de olivo, tibia tu piel como el agua en verano, el iris se enreda en tus piernas y llevas la flor de loto como Astarté una breva

abierta. ¿En qué bosque poblado de inmortales se durmió tu madre antes de tu dichoso nacimiento, y qué egipán indiscreto, o qué dios de qué divino río la poseyó en la hierba? Cuando hayamos abandonado este terrible suelo africano, me conducirás hasta tu fuente, más allá de Psofis y de Feneo, a las vastas selvas umbrosas donde se ve sobre la tierra blanda la doble huella de los sátiros mezclada a los ligeros pasos de las ninfas. Allí buscarás una roca pulida para escribir en la piedra lo que sobre cera me escribiste: las tres palabras que son nuestra alegría. ¡Escucha, escucha Rhodis! ¡Por el cinturón de Afrodita en que se hallan bordados todos los deseos, te juro que no los hay ya para mí, puesto que eres superior a mis sueños! ¡Por el cuerno de Amaltea, de donde manan todos los bienes del mundo, me es indiferente el mundo, puesto que tú eres el único bien que en él he encontrado! Cuando te miro y me veo después, no comprendo por qué me amas. Son rubios tus cabellos como espigas de trigo y los míos son negros como pelos de chivo. Tu piel es blanca como el queso de los pastores y la mía tostada como la arena de las playas. Florido y tierno es tu pecho como el naranjo en otoño; el mío enjuto y estéril como el pino en las rocas. Si mi rostro se ha embellecido, es a fuerza de amarte. ¡Oh, Rhodis!, tú lo sabes: mi virginidad singular es semejante a los labios de Pan comiendo un retoño de mirto; la tuya es rosada y tan linda como la boca de un niño. No sé por qué me amas; pero si un día dejaras de amarme, si, como tu hermana Théano, que toca la flauta junto a ti, te quedaras a dormir alguna vez en las casas a que nos llaman, ni el pensamiento me vendría entonces de dormir sola en nuestro lecho, sino que a tu regreso me encontrarías ahorcada con mi cinturón.

Tan cruel y loca era para Rhodis esta idea, que se le llenaron sus grandes ojos de lágrimas y sonrisas. Puso el pie sobre un poste y continuó.

- Me molestan las flores entre las piernas. Suéltamelas, Myrto adorada; ya no he de bailar más por esta noche.

La cantora experimentó viva sensación de asco.

- ¡Oh! Es verdad; me había olvidado ya de esos hombres y de esas mujeres. A las dos os obligaron a bailar, a ti con este vestido de Kos, que es transparente como el agua, y a tu hermana desnuda contigo. De no haberte defendido yo, te habrían tomado como a una prostituta, como tomaron a tu hermana delante de nosotras, en la misma pieza... ¡Oh, qué abominación! ¿Oías sus gritos y sus quejas? ¡Cuán doloroso es el amor del hombre!

Púsose de rodillas a los pies de Rhodis y desprendió las dos guirnaldas primero, y luego las tres flores colocadas más alto, besando el lugar que cada una ocupaba. Cuando se puso en pie, colgósele del cuello la pequeña y le dijo, desfalleciendo bajo su boca:

- ¡Myrto, no es posible que estés celosa de todos esos libertinos! ¿Qué te importa que me hayan visto? Théano les basta y yo se la he dejado. No me entregaré a ellos, Myrto querida: no estés celosa.

- ¡Celosa...! Sí, lo estoy de todo lo que se te aproxima. Para que tus ropas no te cubran a ti sola, me las pongo cuando tú las dejas; para que las flores de tus cabellos no queden amándote, las entrego a las cortesanas pobres para que las marchiten en la orgía. Jamás te he dado nada, a fin de que nada te posea. Siento miedo de todo lo que tocas y aborrezco todo lo que miras. Quisiera pasar toda mi vida entre los muros de una cárcel donde sólo estuviéramos tú y yo, y unirme a ti tan profundamente, ocultarte tan bien entre mis brazos, que ninguna mirada sospechase que allí estabas. Quisiera ser la fruta que comes, el perfume que más te gusta, el sueño que entra bajo tus párpados, el amor que te crispa los miembros. Tengo celos hasta de la felicidad que te doy, y sin embargo, quisiera darte hasta la que de ti me viene. De todo estoy celosa; pero no me inquieto de tus queridas de una noche cuando me ayudan a satisfacer tus deseos de chiquilla, y en cuanto a los amantes, bien sé que nunca has de ser de ellos, bien sé que no podrías amar al hombre, al hombre intermitente y brutal.

Rhodis exclamó sinceramente:

- Antes sacrificaría mi virginidad, como Nausithoe, al dios Príapo que adoran en Thasos. Pero no esta mañana, querida mía. He bailado mucho, estoy muy fatigada. Quisiera estar de vuelta durmiendo sobre tu brazo.

Y sonriendo continuó:

- Tendremos que decirle a Théano que nuestro lecho no es ya para ella, y le pondremos otro a la derecha de la puerta. No podría abrazarla ya después de lo que vi esta noche. Myrto, ¡es verdaderamente horroroso! ¿Es posible que se ame así? ¿A eso llaman ellos amor?

- A eso.

- Se engañan, Myrto. No saben...

Myrtokleia la cogió en sus brazos, y las dos callaron juntas. El viento les entremezclaba los cabellos.

La cabellera de Khrysis

- Mira - dijo Rhodis - , alguien viene.

Miró la cantora, y adivinó a lo lejos una mujer que caminaba con rapidez por el muelle. - La reconozco - agregó la pequeña - . Es Khrysis; lleva su vestido amarillo.

- ¡Cómo!, ¿ya vestida?

- No me lo explico. De costumbre, no sale antes de mediodía, y apenas acaba de salir el sol. Algo le ha sucedido, y algo bueno sin duda, porque su suerte es grande.

Fueron a su encuentro y le dijeron: - Salud, Khrysis.

- Salud. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí? - No lo sé. Amanecía cuando llegamos. - ¿No visteis a nadie en el muelle?

- A nadie.

- ¿A ningún hombre?, ¿estáis ciertas?

- ¡Oh! Muy ciertas. ¿Por qué nos lo preguntas? Khrysis no respondió. Insistió Rhodis: - ¿Querías ver a alguien?

- Sí... puede ser... Creo que más vale no haberle visto. Es mejor así. Hice mal en volver; no he podido contenerme.

- Pero ¿qué te pasa, Khrysis, nos lo dirás? - ¡Oh!, ¡no!

- ¿Ni a nosotras?, ¿ni a nosotras, tus amigas? - Lo sabréis más tarde, con toda la ciudad. - ¡Qué complaciente!

- Un poco antes, si os empeñáis; pero esta mañana, ¡imposible! Ocurren cosas extraordinarias, hijas mías. Me muero por decíroslo, pero me es forzoso callar. ¿Os ibais a casa? Venid a acostaros conmigo. Estoy enteramente sola.

- ¡Oh! ¡Khrysis, Khrysidión, estamos tan fatigadas! Nos íbamos a casa, en efecto pero era para dormir.

- ¡Bien! Dormiréis en seguida. Hoy es víspera de las Afrodiasias; ¿quién reposa este día? Si queréis que la diosa os proteja y os haga felices el año próximo, es preciso que lleguéis al templo con los párpados morados como violetas y las mejillas blancas como lirios. Pensaremos en ello. Venid.

Y cogiendo a ambas por más arriba de la cintura y posando sus manos acariciadoras sobre sus senos casi desnudos, se las llevó consigo a paso apresurado.

Sin embargo, Rhodis seguía pensativa.

- ¿Y cuando estemos en tu lecho - añadió - tampoco nos dirás lo que te sucede, lo que esperas?

- Os diré muchas cosas, todo cuanto os plazca, menos eso.

- ¿Ni cuando estemos en tus brazos, desnudas y sin luz?

- No insistas, Rhodis. Espera hasta mañana y lo sabrás. - ¿Vas a ser muy feliz o muy poderosa?

- Muy poderosa.

Rhodis abrió grandemente los ojos y exclamó: - ¡Duermes con la reina!

- No - dijo Khrysis riendo - pero seré tan poderosa como ella. ¿Necesitas de mí? ¿Deseas algo?

- ¡Oh!, ¡sí!

Y la niña se puso pensativa de nuevo. - ¿Y qué es? - preguntó Khrysis.

- Una cosa imposible; ¿para qué pedirla? Myrtokleia habló así por su amiga:

- En Efeso, nuestro país, cuando dos muchachas núbiles y vírgenes, como Rhodis y yo, están enamoradas una de otra, la ley les permite casarse. Van ambas al templo de Athenea para consagrar su doble cinturón; luego al santuario de Iphince, a dar un bucle formado de cabellos de las dos, y por último, bajo el peristilo de Dionysos, en donde se le entrega a la más viril un cuchillito de oro afilado y un lienzo blanco para restañar la sangre. Por la noche es conducida a su nueva morada la que ha sido novia, sentada en un carro de flores, entre su «marido» y la paraninfa, en medio de antorchas y de tocadoras de flauta, y en lo sucesivo, tienen todos los derechos de esposos y pueden adoptar muchachitas que participen de su vida íntima. Son respetadas y forman una familia. Éste es el sueño de Rhodis; pero aquí no se acostumbra...

- Se cambiará la ley - dijo Khrysis- . Os casaréis, me encargo de ello. - ¡Oh!, ¿de veras? - prorrumpió la pequeña, roja de alegría.

- Sí; y ni os pregunto quién de las dos será el marido. Yo sé que Myrto tiene todo lo que necesita para producir la ilusión. Eres feliz, Rhodis, con poseer tal amiga. Por más que digan, son raras.

Habían llegado a la puerta, en donde Dyalá tejía, sentada en el umbral, una servilleta de lino. La esclava se puso en pie para dejarles paso y siguió tras ellas.

En un instante se despojaron las dos flautistas de sus sencillos vestidos, hiciéronse una a otra abluciones minuciosas en una fuente de mármol verde y rodaron en seguida sobre el lecho.

Khrysis las miraba sin verlas. Las frases más insignificantes de Demetrios repercutían en su memoria palabra por palabra, indefinidamente. No sintió siquiera que Dyalá, guardando silencio, le desataba y desenrollaba su largo velo color de azafrán, desabrochaba su cinturón, quitaba sus collares, sacaba las sortijas, los sellos, las ajorcas, las serpientes de plata, los alfileres de oro; pero el cosquilleo de la cabellera al caer la despertó vagamente.

Pidió entonces su espejo.

¿Le inquietaba el temor de no ser bastante bella para retener a aquel nuevo amante - porque era preciso retenerle- después de las locas empresas que de él había exigido, o pretendía, examinando cada una de sus perfecciones, calmar algunas inquietudes e infundirse confianza?

Fue acercándose el espejo a cada una de las partes de su cuerpo y tocándoselas unas tras otra. Apareció la blancura de su piel; estimó su suavidad con lentas caricias y con palpamientos su calor; valoró la plenitud de sus pechos, la tersura de su vientre, la esbeltez de sus carnes; se midió la cabellera y consideró su opulencia; ensayó la fuerza de su mirada, la expresión de la boca, el fuego del aliento, y desde la extremidad de la axila hasta el pliegue del codo, fue arrastrando con lentitud un beso a lo largo de su brazo desnudo.

Una emoción extraordinaria, mezcla de sorpresa y de orgullo, de certidumbre y de impaciencia, se apoderó de ella al contacto de sus propios labios. Giró en torno suyo como buscando a alguien, y descubriendo sobre el lecho a las dos efesias olvidadas, saltó en medio de ellas, las separó, las estrechó con una especie de furor amoroso, y su larga cabellera de oro envolvió las tres cabecitas.

LIBRO SEGUNDO

Los jardines de la diosa

El templo de Afrodita Astarté levantábase fuera de las puertas de la ciudad, en un inmenso parque lleno de flores y de sombra, donde el agua del Nilo, traída por siete acueductos, conservaba en todas las estaciones una prodigiosa vegetación.

Este florido bosque a la orilla del mar, estos arroyos profundos, estos lagos y sombras praderas, los había creado en el desierto más de dos siglos antes el primero de los Ptolomeos. Con el tiempo, los sicomoros plantados por orden suya se hicieron gigantescos. Bajo la influencia de las aguas fecundas, los céspedes se convirtieron en praderas; las fuentes se ensancharon hasta ser estanques; de un parque había hecho la Naturaleza una comarca fértil.

Los jardines eran más que un valle, más que un país, más que una patria; eran un mundo completo cerrados por límites de piedra y regidos por una diosa, alma y centro de este universo.

Todo en derredor se elevaba una terraza anular de ochenta estadios de longitud y treinta y dos pies de altura, que no era una muralla, sino una ciudad colosal, compuesta de mil cuatrocientas casas. Un número igual de cortesanas habitaba esta ciudad santa, y sólo en su recinto se contaban mujeres de setenta pueblos diferentes.

El plano de las casas sagradas era uniforme y como sigue: la puerta, de cobre rojo - metal consagrado a la diosa- tenía, a guisa de eslabón, un falo, que golpeaba sobre una contraaldaba en relieve representando la imagen del sexo femenino. Debajo hallábase grabado el nombre de la cortesana con las iniciales de la frase usual.

A uno y otro lado de la puerta se abrían dos piezas a manera de tiendas, es decir, sin pared por la parte de los jardines. La de la derecha, llamada «sala de exhibición», era donde, sobre una alta cátedra, se sentaba la cortesana a la hora que solían presentarse los hombres; y la de la izquierda estaba a disposición de los amantes que preferían pasar la noche al aire libre, sin tener para ello que tenderse en la hierba.

Abierta la puerta, llegábase por un corredor a un espacioso patio enlosado de mármol, en cuyo centro había un estanque ovalado. Un peristilo rodeaba con su sombra esta gran mancha de luz, protegiendo bajo una zona de frescura la entrada de los siete aposentos de la casa. En el fondo se elevaba el altar, que era de granito rosado.

Todas estas mujeres traían de su país un pequeño ídolo de la diosa, que, colocado en el altar doméstico, adoraba cada una en su lengua, sin llegar nunca a comprenderse mutuamente. Eran los nombres religiosos de su voluptuosidad divinizada, Lakhmi, Aschtohoreth, Venus, Ishtar, Freia, Mylitta, Kypris. Venerábanla algunas bajo la forma simbólica de un guijarro color de sangre, una piedra cónica o un gran caracol erizado de espinas. Colocaban las más, sobre un zócalo de madera verde, una tosca estatuilla de brazos enjutos, pesados senos y caderas exageradas, que se señalaba con una mano el vientre rizado en delta. A los pies le ponían una rama de mirto, regaban el altar de hojas de rosa y quemaban un granito de incienso por cada voto cumplido. La diosa era confidente de todas sus penas, testigo de todos sus trabajos, causa supuesta de todos sus placeres; y cuando ellas morían, les depositaban la estatua en el frágil y pequeño ataúd, como guardiana de sus sepulturas.

Las más bellas de estas mujeres eran las originarias de los reinos asiáticos. Los navíos que llevaban a Alejandría presentes de los tributarios o de los aliados desembarcaban todos los años, juntamente con los fardos y odres, cien vírgenes escogidas por los sacerdotes para el servicio del jardín sagrado. Y llegaban misienses y judías, frigias y cretenses, hijas de Ecbatana y de Babilonia, de las riberas del golfo de las Perlas y de las orillas religiosas del Ganges. Las unas eran blancas de piel, con rostros de medalla y pechos inflexibles; las otras, morenas como la tierra bajo la lluvia, usaban anillos de oro que les taladraban la nariz y sacudían sobre sus hombros cortas y oscuras cabelleras.

Aún las había de más lejos: pequeñas mujeres diminutas y lentas, cuya lengua nadie sabía, y que eran semejantes a monos amarillos. Sus ojos se alargaban hacia las sienes; sus cabellos negros y lacios ofrecían extraños peinados. Éstas no dejaban en toda la vida de mostrarse tímidas como animales perdidos. Conocían los movimientos del amor, pero apartaban su boca de los besos. Entre dos pasajeras uniones, se las veía ponerse a jugar unas con otras, sentadas sobre sus piecitos, y divertirse puerilmente.

En una pradera solitaria, vivían como un rebaño las blondas y sonrosadas hijas del Norte, acostadas sobre la hierba. Eran sármatas de triple trenza, de piernas robustas y hombros cuadrados, que se fabricaban coronas con ramas de árbol y luchaban cuerpo a cuerpo para divertirse; escitas chatas, tetonas, velludas, que sólo se ayuntaban poniéndose en postura de bestia; teutonas gigantescas, que aterraban a los egipcios con sus cabellos pálidos como los de los viejos y sus carnes más flojas que las de los niños; galas de pelo rojo como las vacas, que reían sin motivo; jóvenes celtas de ojos verdemar, que jamás se presentaban desnudas.

En otro sitio se agrupaban durante el día las íberas de morenos pechos. Tenían pesadas cabelleras que se peinaban con esmero y vientres nervudos que nunca depilaban. Su piel firme y

sus abultadas grupas eran muy del gusto de los alejandrinos, que las buscaban como bailarinas lo mismo que como queridas.

Bajo la amplia sombra de las palmeras habitaban las hijas del África; las húmedas veladas de blanco, las cartaginesas vestidas de gasas negras, y las negras envueltas en telas multicolores.

Eran mil cuatrocientas.

Cuando una mujer entraba allí, no volvía a salir hasta el primer día de su vejez. Cedía al templo la mitad de sus ganancias y con el resto debía proveer a sus comidas y perfumes.

No eran esclavas, y cada una de ellas poseía verdaderamente una de las casas de la terraza. Pero como no todas eran igualmente buscadas, a menudo lograban las más felices comprar las casas vecinas, que eran vendidas por las que las habitaban, para no enflaquecer de hambre. Estas últimas transportaban al parque su estatuilla obscena y buscaban para altar alguna piedra plana en cualquier rincón, del que ya no apartaban. Los comerciantes pobres estaban enterados, y de preferencia, iban en busca de las que dormían así a la intemperie y sobre el musgo al pie de sus santuarios. Pero aun estos parroquianos faltaban a veces, y las infelices unían entonces su miseria, de dos en dos, con apasionados compañerismos que llegaban a convertirse en amores casi conyugales, en parejas que todo se lo dividían, hasta el guiñapo de lana más insignificante, y que consolaban sus largas castidades con alternativas complacencias.

Las que carecían de amiga se ofrecían como esclavas voluntarias a sus compañeras más solicitadas. Les estaba prohibido a éstas tener más de doce de esas pobres mujeres a su servicio; pero citábase a veintidós cortesanas que alcanzaban el máximo y se habían escogido entre todas las razas una servidumbre abigarrada.

Si al azar de los amantes concebían algún hijo, lo educaban dentro del recinto del templo en la contemplación de la forma perfecta y en el servicio de la divinidad. Si era una hija lo que daban a luz, la niña nacía para la diosa. El primer día de su vida celebraban su matrimonio simbólico con Dionysos, y la desfloraba el hierofante con un cuchillito de oro, porque la virginidad desagradaba a la Afrodita. Más tarde, entraba en el Didaskalion, gran monumento-escuela situado detrás del templo, donde las jóvenes aprendían en siete clases la teoría y el método de todas las artes eróticas: la mirada, el abrazo, los movimientos del cuerpo, las complicaciones de la caricia y los procedimientos secretos de la mordedura, del glotismo y del beso. La alumna escogía libremente el día de su primera experiencia, porque el deseo es una orden de la diosa que no se debe contrariar. Le daban ese mismo día una de las casas de la terraza, y algunas de esas niñas, que no eran núbiles siquiera, se contaban entre las más infatigables y más a menudo apetecidas.

El interior del Didaskalion, las siete clases, el teatrillo y el peristilo del patio estaban adornados con noventa y dos frescos que resumían la enseñanza del amor, obra en que había empleado toda su vida un hombre: Kleokhares de Alejandría, discípulo e hijo natural de Apeles, que al acabarlos expiró. Recientemente, la reina Berenice, que se interesaba mucho por la célebre escuela, donde enviaba a sus propias hermanas, había encomendado a Demetrios una serie de grupos de mármol que completasen esta decoración. Pero hasta entonces, sólo uno se había colocado en la clase infantil.

Al fin de cada año efectuábase en presencia de todas las cortesanas reunidas un gran concurso, que excitaba en esta multitud de mujeres extraordinaria emulación, ya que los doce premios otorgados daban derecho a la más alta gloria que pudiesen soñar: la entrada al Kotytteion.

De tantos misterios estaba rodeado este monumento, que hoy es imposible dar de él una descripción detallada. Sabemos sólo que se hallaba comprendido en el peribolo y que tenía la forma de un triángulo, cuya base era un templo de la diosa Kotytto, en nombre de la cual se consumaban espantosas orgías poco conocidas. Se componían las otras dos alas del monumento de dieciocho casas, habitadas por treinta y seis cortesanas, tan solicitadas por los amantes ricos, que no se daban por menos de dos minas... Eran las *Baptas* de Alejandría. Una vez al mes, durante el plenilunio, se reunían dentro del recinto amurallado del templo, enloquecidas por bebidas afrodisíacas y ceñidas de falos canónicos. La más antigua de las treinta y seis debía tomar una dosis mortal del terrible filtro erotógeno, y la certidumbre de su próxima muerte la impelía a probar sin espanto todas las

peligrosas voluptuosidades que hacían retroceder a las vivas. Sudorosa y echando espumarajos, se convertía en centro y modelo de la orgía arremolinada, y entre prolongados aullidos, gritos, lágrimas y danzas, las demás mujeres desnudas la abrazaban, empapaban sus propias cabelleras en el sudor que corría de ella, se frotaban contra su piel candente y provocaban nuevos ardores con el espasmo sin interrupción de esta furiosa agonía. Tres años vivían así dichas mujeres, y al final del mes trigésimo sexto llegaban al término de su embriaguez final.

También atendían las mujeres otros santuarios, menos venerados, en honor de las demás advocaciones de la multiforme Afrodita. Había consagrado a Uraniana un altar que recibía los castos votos de las cortesanas sentimentales; otro a Apostrophia, que hacía olvidar los amores desafortunados; otro a Khryseia, que atraía a los amantes ricos; otro a Genetyllis, que protegía a las jóvenes encinta; otro a Koliada, que aprobaba las pasiones groseras, pues todo lo que al amor se refería apiadaba a la diosa. Pero los altares particulares sólo tenían eficacia y virtud para los deseos moderados, así es que su servicio era diario, cotidianos sus favores y familiar su comercio. En ellos depositaban simples flores las suplicantes satisfechas, mientras que las descontentas los profanaban con sus excrementos. Pero como no estaban consagrados ni los vigilaban los sacerdotes, la profanación era irreprochable.

Muy distinta era la disciplina del templo.

El templo, el gran templo de la Grande Diosa, el lugar más santo de todo el Egipto, el inviolable Astarteion, era un colosal edificio de trescientos treinta y seis pies de longitud, elevado sobre diecisiete gradas en lo alto de los jardines. Custodiaban sus puertas de oro doce hierodulas hermafroditas, símbolo de los dos objetos del amor y de las doce horas de la noche.

La entrada no estaba vuelta hacia el Oriente, sino en dirección de Pafos, es decir, hacia el Noroeste. Jamás penetraban, pues, directamente los rayos del sol en el santuario de la Gran Inmortal nocturna. Sostenían el arquitrabe ochenta y seis columnas, teñidas de púrpura hasta la mitad, y toda la parte superior surgía de estas vestiduras rojas con una blancura inefable, como torsos de mujeres en pie.

Entre el epistilo y la coronis desarrollaba el largo zoóforo su ornamentación bestial, erótica, y fabulosa. Veíanse allí centauros montadas por garañones, cabras acosadas por sátiros flacos, vírgenes violadas por toros monstruosos, náyades cubiertas por ciervos, bacantes amadas por tigres, leonas cabalgadas por grifos. La gran multitud de los seres copulaba así, empujada por la irresistible pasión divina. El macho se tendía, la hembra se abría, y en la fusión de las fuentes creadoras despertaba el primer estremecimiento de la vida. La multitud de oscuras parejas se apartaba a veces al ocaso alrededor de alguna escena inmortal: Europa inclinada, soportando el bello animal olímpico; Leda guiando al robusto cisne entre sus tiernos muslos abiertos. Más lejos, la insaciable sirena agotaba a Glaukos espirante; el dios Pas gozaba, en pie, a una hamadriaga destrenzada; la Esfinge alzaba su grupa al nivel del caballo Pegaso, y en la extremidad del friso, el escultor mismo se había representado delante de Afrodita, modelando al natural, en blanda cera, los repliegues del *kteis* perfecto de la diosa, como si todo su ideal de belleza, de placer y de virtud se hubiera refugiado, desde largo tiempo antes, en esta flor de carne preciosa y frágil.

Melitta

-purificate, extranjero.

- Entraré puro - dijo Demetrios.

Con la extremidad de los cabellos empapada en agua, la joven guardiana de la puerta le mojó primeramente los párpados, luego los labios y los dedos, a fin de santificarle la mirada, así como los besos de su boca y las caricias de sus manos.

Y él se adelantó hacia el bosque de Afrodita.

A través de las ramas oscurecidas percibía al Poniente un sol de púrpura sombría que no deslumbraba ya los ojos. Era la tarde del mismo día en que el encuentro de Khrysis había desorientado su vida.

El alma femenina es de una simplicidad tan grande, que los hombres no pueden creer en ella. En donde sólo hay una línea recta buscan ellos obstinadamente la complejidad de una trama; encuentran el vacío y se pierden. Por esto el alma de Khrysis, clara como la de un niño, le pareció a Demetrios más misteriosa que un problema de metafísica. Después que la extraña mujer le dejó en el muelle, volvióse a su casa como en sueños, imposibilitado de responder a todas las preguntas que le asaltaban. ¿Qué intentaría ella hacer con aquellos tres regalos? No podría usar ni vender un espejo célebre robado, el peine de una mujer o el collar de perlas de la diosa. Con sólo conservarlos se exponía al constante peligro de ser fatalmente descubierta. ¿Por qué los pedía, entonces?, ¿para destruirlos? Demasiado sabía él que las mujeres no gustan el placer del secreto guardado y que los prósperos sucesos sólo desde el día que se saben por todos comienzan a causarles regocijo. ¿Qué adivinación, por otra parte, qué prodigiosa clarividencia le habían inducido a juzgarle capaz de realizar por ella tres hechos tan extraordinarios?

Khrysis, arrebatada de su casa y entregada a su arbitrio con sólo que él lo deseara, sería su mujer, su querida o su esclava, conforme a su capricho. Aún tenía la libertad, sencillamente, de acabar con ella, pues a nadie inquietaría la desaparición de una cortesana en un tiempo en que los ciudadanos se hallaban habituados a las muertes violentas, por tantas revoluciones anteriores. Khrysis debía de saberlo, y sin embargo, se atrevía...

A medida que iba pensando en ella, más le agradecía que hubiera variado tan graciosamente el debate de las proposiciones. ¡Cuántas mujeres que valían tanto como ella se le habían ofrecido con torpeza! Y ésta ¿qué pedía? ¡Ni amor, ni oro, ni joyas, sino tres crímenes inverosímiles! ¡Cómo iba interesándole!... Podía él haberle prometido todos los tesoros de Egipto; y ahora comprendía que, de haberlos ella aceptado, no hubiera recibido ni dos óbolos y le habría fastidiado aun antes de poseerla. En cambio, tres crímenes eran una recompensa seguramente inusitada; pero ya que la exigía, digna era esta mujer de recibirla, y se propuso continuar la aventura.

Para no darse tiempo de volver sobre sus firmes resoluciones, fue en el mismo día a casa de Bakkhis, no encontró a nadie, tomó el espejo y se dirigió a los jardines.

¿Debía ir directamente hacia la segunda víctima de Khrysis? Demetrios no lo pensó siquiera. La sacerdotisa Yuni, que poseía el famoso peine de marfil, era tan encantadora y tan débil, que temió dejarse conmovir si llegaba hasta su lado sin una precaución previa. Por esto tornó sus pasos y marchó a lo largo de la Gran Terraza.

Las cortesanas se hallaban de muestra en sus «salas de exposición», como flores expuestas a la venta. No había menos diversidad en sus actitudes y trajes, que en sus edades, tipos y razas. Las más bellas, según la tradición de Friné, no dejaban descubierto más que el óvalo del rostro y permanecían envueltas hasta los talones en sus cabellos, bajo el largo vestido de fina lana. Otras habían adoptado la moda de los trajes transparentes, que dejaban ver con misterio sus bellezas como a través del agua límpida se ven los musgos verdes en manchas oscuras sobre el fondo. Las que tenían su juventud por único encanto aparecían desnudas hasta la cintura y enarcaban el torso hacia adelante para que se apreciara mejor la dureza de sus pechos; en tanto que las maduras, sabiendo cuánto más pronto envejecen las facciones del rostro femenino que la piel del cuerpo, se mantenían sentadas y enteramente desnudas, sosteniéndose los senos con las manos, y apartaban los muslos entorpecidos, como si les hubiese sido necesario probar que todavía eran mujeres.

Demetrios pasaba por delante de ellas lentamente y no se cansaba de admirarlas.

Jamás le había sucedido ver la desnudez de una mujer sin experimentar una emoción intensa. No comprendía ni el desagrado ante las juventudes ya marchitas, ni la insensibilidad ante las demasiado tiernas. Esta noche, cualquier mujer le hubiera encantado. Con tal que permaneciera silenciosa y no manifestase más ardor que el mínimo que exige la cortesía del lecho, la dispensaba de ser bella. Hasta la hubiera preferido de cuerpo grosero, ya que mientras más se detenía su pensamiento en las formas perfectas, más se alejaba su deseo. Había en la turbación que le causaba el contemplar la belleza viva una sensualidad exclusivamente cerebral, que reducía a la nada su excitación genésica. Recordaba con angustia haber permanecido una hora entera

impotente como un viejo al lado de la mujer más admirable que jamás había tenido en sus brazos, y desde aquella noche había aprendido a escoger queridas menos puras.

- Amigo - dijo una voz- ¿no me reconoces?

Volvióse, hizo seña que no, y prosiguió su camino, pues jamás desnudaba dos veces a una misma prostituta. Era el único principio que seguía cuando visitaba los jardines. La mujer que aún no hemos poseído tiene algo de virgen; pero ¿qué buen resultado, qué sorpresa podemos esperar de una segunda cita, que representa casi el matrimonio? Demetrios no se exponía a las desilusiones de la segunda noche. Bastábale la reina Berenice para sus raras veleidades conyugales, y lejos de ella, tenía cuidado de renovar cada noche la cómplice del indispensable adulterio.

- ¡Klonarion!

- ¡Guathené!

- ¡Plango!

- ¡Mnais!

- ¡Krobylé!

- ¡Ioesa!

Gritaban ellas sus nombres al pasar el escultor y algunas agregaban la afirmación de su naturaleza ardiente o la oferta de una práctica anormal. Demetrios seguía andando, e iba, según su costumbre, a tomar una al azar en el rebaño, cuando una chiquilla, vestida enteramente de azul, inclinó la cabeza sobre su hombro, y le dijo con lentitud y sin levantarse:

- ¿No hay modo?

Lo imprevisto de la fórmula le hizo sonreír, y se detuvo.

- Ábreme la puerta - dijo- . Te escojo a ti.

La pequeña saltó sobre ambos pies con un movimiento alegre, e hizo sonar dos veces el aldabón fálico. Una vieja esclava acudió a abrir.

- Gorgó - exclamó la chicuela- tengo uno; pronto, vino de Creta, pasteles y dispon la cama. Y volviéndose hacia Demetrios, agregó:

- ¿No necesitas *satyrion*?

- No - repuso riendo el joven- . ¿Lo tienes preparado?

- Es preciso - contestó la niña- me lo piden más a menudo de lo que te figuras. Ven por aquí; ten cuidado con los escalones, hay uno gastado. Entra en mi pieza, vuelvo en seguida.

El aposento era sencillísimo, como los de las cortesanías novicias; un gran lecho, una segunda cama de reposo, algunos tapices y escasos asientos lo amueblaban insuficientemente. Pero a través de un gran vano abierto se podía ver los jardines, el mar y la doble rada de Alejandría. Demetrios permaneció en pie, mirando la ciudad lejana.

Soles que os ponéis tras de los puertos, glorias incomparables de las ciudades marítimas, calma del cielo, púrpura de las aguas, ¿sobre qué alma ardiente de dolor o de alborozo no arrojáis el silencio? ¿Quién no ha detenido sus pasos, quién no ha sentido su voluptuosidad suspensa y apagado su voz ante vosotros...? Demetrios miraba. Una ola torrencial de llamas parecía salir del sol semihundido en el mar y correr directamente hacia la curva de la playa del bosque de Afrodita. La suntuosa gama de la púrpura invadía el Mediterráneo de un horizonte al otro, en zonas de matices sin transición, del rojo oro al violeta frío. Entre este esplendor del lago Mareótide, la masa blanca de la ciudad se revestía de reflejos cinzolinis. Las orientaciones diversas de sus veinte mil manchas de color, en metamorfosis perpetua, según las fases decrecientes de la radiación occidental. Todo fue rápido como un incendio. En seguida el sol se sumergió casi de súbito y el primer reflujo de la noche hizo flotar sobre la tierra el estremecimiento de una brisa ligera, uniforme y transparente.

- Aquí tienes higos, pasteles, un panal de miel, vino y mujer. Los higos se han de comer de día y la mujer cuando ya no se ve.

Era la pequeña, que entraba riendo. Hizo sentar al joven, se montó a horcajadas en sus rodillas, y llevándose las manos hacia atrás, se aseguró en sus cabellos castaños una rosa que iba a desprendérsele.

Demetrios lanzó, a su pesar, una exclamación de sorpresa. Desnuda por completo estaba ella, y su cuerpecito, libre del hinchado traje, aparecía tan tierno, tan infantil de pecho, tan estrecha de caderas, tan visiblemente impúber, que Demetrios se sintió lleno de piedad, como un jinete que está a punto de echar todo su peso de hombre sobre una potranca demasiado delicada.

- ¡Pero tú no eres mujer! - dijo.

- ¡Que no soy mujer! ¡Por las diosas!, ¿qué soy, entonces?, ¿un tracio, un mozo de cordel o un viejo filósofo?

- ¿Qué edad tienes?

- Diez años y medio. Once años, se puede decir. Nací en los jardines. Mi madre es milesia. Es Pythias, la que apodan «la Cabra». ¿Quieres que la vayan a buscar, si te parezco demasiado pequeña? Su casa no está lejos de la mía.

- ¿Has estado en el Didaskalion?

- Todavía estoy en la sexta clase. El año que viene acabaré mis estudios. No será demasiado pronto, como ves.

- ¿Te fastidias allí?

- ¡Ah!, ¡si supieras cuán descontentadizas son las maestras! ¡Hacen comenzar veinte veces la misma lección...! Cosas enteramente inútiles, que los hombres nunca piden. Y además, se fatiga una por nada; a mí no me gusta eso. Toma un higo; ése no, no está maduro. Te voy a enseñar un nuevo modo de comerlos, mira.

- Lo conozco. Es más largo y no es el mejor. Veo que eres una buena discípula.

- ¡Oh! Lo que yo sé lo he aprendido sola. Las maestras pretenden hacer creer que son más fuertes que nosotras. Podrán tener mano, es posible; pero no han inventado nada.

- ¿Tienes muchos amantes?

- Todos muy viejos; esto resulta inevitable. ¡Son tan tontos los jóvenes! No les gustan más que las mujeres de cuarenta años. A veces veo pasar a algunos que son tan lindos como Eros, y ¿sabes lo que escojen?, ¡mujeres como hipopótamos! Es para palidecer de vergüenza. Yo espero que no viviré hasta la edad de esas mujeres. Me mortificaría desnudarme, ¡estoy tan contenta, ¿sabes?, tan contenta de ser joven! Los pechos salen siempre demasiado temprano. Me parece que el primer mes que vea correr mi sangre me creeré cercana a la muerte. Déjame darte un beso: me gustas mucho.

El giro de la conversación fue entonces más sincero y más silencioso. Pronto comprendió Demetrios que no debía tomar en consideración sus escrúpulos para con una personita ya tan bien informada.

Ella, por su parte, parecía darse cuenta de que era ciertamente un manjar un tanto insípido para el apetito de un hombre joven, y desconcertaba a su amante prodigándole con actividad prodigiosa furtivos tocamientos, que él no preveía ni le quedaba tiempo de permitir o encaminar, pues no le daban reposo para un abrazo definitivo. El ágil y firme cuerpecito se multiplicaba en torno suyo, se le ofrecía y le rehusaba, se le escurría con ligereza, y, acometiéndole, luchaba. Al fin, se entrelazaron; pero esta media hora resultó sólo un largo juego.

Fue ella la primera en saltar del lecho, se mojó un dedo en la copa de miel y se endulzó los labios. En seguida, haciendo mil esfuerzos para no reír, se inclinó sobre Demetrios y le frotó la boca con la suya. Sus bucles ensortijados le danzaban sobre las mejillas. Sonrióse el joven, y poniéndose de codos, le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Melitta. ¿No viste mi nombre sobre la puerta? - No puse atención.

- Podías haberlo visto en esta pieza. Todos lo han escrito en las paredes. Pronto necesitare mandarlas pintar de nuevo.

Demetrios alzó la cabeza, y vio cubiertos de inscripciones, efectivamente, los cuatro lienzos. - ¡Vaya! - exclamó-. Es curioso. ¿Se puede leer?

- Si quieres... Yo no tengo secretos.

Y leyó. El nombre de Melitta se hallaba repetido allí varias veces con nombres de varones y dibujos bárbaros. Las frases tiernas, obscenas o cómicas se entrelazaban en curiosos arabescos. Algunos amantes se jactaban de su vigor, otros detallaban los encantos de la cortesanita, o se burlaban de sus buenos camaradas, todo lo cual no ofrecía más interés que el ser un testimonio escrito de la general abyección. Pero al fijarse en el extremo de la pared de la derecha, Demetrios dio un salto.

- ¿Quién es?, ¿quién es? ¡Dime!

- ¿Pero quién?... ¿qué?... ¿en dónde?... - dijo la niña- . ¿Qué tienes? - Aquí. Este nombre. ¿Quién ha escrito esto?

Y detuvo el dedo bajo esta doble línea.

- ¡Ah! - respondió ella- . Eso, yo, yo misma lo escribí. - Pero ¿quién es esa Khrysis?

- Mi grande amiga...

- Ya me lo temía yo... No es eso lo que te pregunto, sino qué Khrysis, puesto que hay muchas. - La mía es la más bella: Khrysis de Galilea.

- ¡La conoces!, ¡tú la conoces! ¡Háblame, pues, de ella...! ¿De dónde viene?, ¿en dónde habita?, ¿quién es su amante? ¡Dímelo todo!

Se sentó sobre el lecho de reposo y tomó a la pequeña en sus rodillas. - ¿Estás enamorado, entonces? - dijo ella.

- Poco te importa. Cuéntame todo lo que sepas; tengo absoluta necesidad de saberlo.

- ¡Oh! No sé nada. Poca cosa. Ha venido dos veces a mi casa, y has de suponer que no le he pedido informes de su familia. He sido demasiado feliz con tenerla y no he perdido el tiempo en conversaciones.

- ¿Cómo está formada?

- Como una mujer hermosa: ¿qué quieres que te diga? ¿He de nombrarte todas las partes de su cuerpo, agregando que todo es bello? Además, ésa sí que es una mujer, una verdadera mujer... Cuando pienso en ella, me vienen al punto deseos de abrazar a alguien.

Y se abrazó al cuello de Demetrios.

- ¿No sabes tú nada - añadió él- nada acerca de ella?

- Sé... sé que es de Galilea, que tiene casi veinte años y que habita en el barrio de las Judías, al Oriente de la ciudad, cerca de los jardines. Eso es todo.

- Y de su vida, de sus gustos, ¿nada puedes decirme? Ama a las mujeres, puesto que viene a tu casa; pero ¿es lesbiana del todo?

- No, por cierto. La primera noche que pasó aquí había traído un amante, y te juro que no simuló nada. Yo le conozco a una mujer en los ojos cuando es sincera. Pero eso no ha impedido que volviera una vez sola... y me ha prometido una tercera noche...

- ¿Tú no le conoces otra amiga en los jardines? ¿A nadie? - Sí, una mujer de su país, Khimairis; una pobre.

- ¿En dónde vive? Es preciso que yo la vea.

- Duerme en el bosque desde hace un año. Ha vendido su casa. Pero conozco su guarida, y te llevaré allá, si lo deseas... Ponme las sandalias, ¿quieres?

Demetrios anudó con rapidez los lazos de correas trenzadas sobre los delgados tobillos de Melitta. Le tendió en seguida el traje corto, que ella se echó sencillamente al brazo, y salieron apresuradamente.

Caminaron largo rato. El parque era inmenso. De trecho en trecho, alguna prostituta debajo de un árbol decía su nombre, entreabría la túnica, y tornaba a acostarse mirándose las manos. Melitta conocía a algunas, que la abrazaban sin conseguir detenerla. Al pasar por delante de un altar derruido, cogió ella de entre las hierbas tres grandes flores y las depositó sobre la piedra.

Aún no estaba oscura la noche. La luz intensa de los días de verano tiene algo de durable que se retarda vagamente en los lentos crepúsculos. Las estrellas, debilitadas y húmedas, un poco más claras que el fondo del cielo, pestañeaban con suave palpación, y las sombras de las ramas permanecían indecisas.

- ¡Toma! - dijo Melitta- . Mamá. Ahí viene mamá.

Una mujer sola, vestida de una muselina triple a rayas azules, avanzaba con tranquilo paso. Tan luego como hubo distinguido a la niña, corrió hacia ella, la alzó en peso, la tomó en sus brazos y la besó con fuerza en las mejillas.

- ¡Hijita, amorcito mío! ¿Adónde vas?

- Llevo a uno que quiere ver a Khimairis. ¿Y tú? ¿Andas paseando? - Korinna ha dado a luz. Fui a su casa y comí cerca de su lecho. - ¿Y qué tuvo? ¿Un niño?

- Dos gemelas, querida mía, color de rosa, como dos muñecas de cera. Puedes ir esta noche, te las mostraré.

- ¡Oh! ¡Qué bien! ¡Dos cortesanitas! ¿Cómo se llamarán?

- Panikhis las dos, porque nacieron la víspera de las Afrodiasias. Es un presagio divino. Serán hermosas.

Volvió a depositar a la niña en el suelo, y dirigiéndose a Demetrios, dijo: - ¿Qué te ha parecido mi hija? ¿Tengo derecho de enorgullecerme de ella? - Podéis estar satisfechas la una de la otra... - dijo él con calma. - Besa a mamá - dijo Melitta.

Él le dio silenciosamente un beso entre los senos. Pythias se lo devolvió en la boca y se separaron. Demetrios y la chiquilla caminaron aún algunos pasos bajo los árboles, mientras la cortesana se alejaba volviendo la cabeza. Al fin, llegaron, y Melitta dijo: - Aquí es.

Khimairis estaba encogida sobre el talón izquierdo, en un estrecho espacio cubierto de césped, entre dos árboles y un matorral. Había extendido debajo de ella una especie de andrajo rojo, que era su último vestido durante el día y en el que se tendía desnuda a la hora que pasaban los hombres. Demetrios la contemplaba con interés creciente. Tenía esta mujer el aspecto febril de ciertas morenas enflaquecidas, cuyo cuerpo enjuto parece consumido por un ardor siempre latente. Sus labios fuertes como músculos, su mirada excesiva, sus párpados profundamente lívidos, componían una expresión doble de furor sensual y de agotamiento. La curva de su vientre cóncavo y de sus muslos nervudos se ahuecaba como para recibir. Y como Khimairis lo había vendido todo, hasta sus peines y sus alfileres, hasta las pinzas de depilar, tenía la cabeza revuelta en inexplicable desorden, al par que una pubescencia negra en todo el cuerpo agregaba a su desnudez algo de salvaje, de impúdico y velludo.

Cerca de ella había un gran chivo sobre sus patas rígidas, atado de un árbol con una cadena de oro que en otro tiempo había brillado en cuatro vueltas sobre la garganta de su dueña.

- Khimairis - dijo Melitta- , levántate. Una persona te quiere hablar. La judía miró, sin moverse.

Demetrios se adelantó.

- ¿Conoces a Khrysis? - le preguntó. - Sí.

- ¿La ves a menudo? - Sí.

- ¿Puedes hablarme de ella? - No.

- ¿Cómo no? ¡Cómo! ¿No puedes? - No.

Melitta estaba estupefacta.

- Háblale de ella - dijo- . Ten confianza. Él la ama, y le desea el bien.

- Veo claramente que la ama - respondió Khimairis- . Si la ama, le desea el mal. Si la ama, yo no hablaré.

Demetrios se estremeció de cólera, pero guardó silencio.

- Dame tu mano - le dijo la judía- . En ella veré si me he engañado.

Cogió la mano izquierda del joven y la volvió hacia la luz de la luna. Melitta se inclinó para ver, aun cuando no sabía leer las misteriosas líneas; pero la atraía la fatalidad que señalaban.

- ¿Qué ves? - preguntó Demetrios.

- Veo... ¿puedo decir lo que veo? ¿Me lo agradecerás? ¿Me lo creerás siquiera? Veo primero toda la dicha, pero es en lo pasado. Veo también todo el amor, pero esto se pierde en la sangre...

- ¿La mía?

- La de una mujer. Y luego, la sangre de otra mujer. Y luego la tuya, un poco más tarde.

Demetrios se encogió de hombros. Al volverse, alcanzó a ver a Melitta huyendo a todo correr por la calle de árboles.

- Le he dado miedo - agregó Khimairis- . Sin embargo, no es de ella de quien se trata, ni de mí. Deja correr las cosas, puesto que nada es posible detener. Desde antes que nacieras, tu destino era cierto. Vete. No diré más.

Y le soltó la mano.

Escrúpulos

«La sangre de una mujer. Luego la sangre de otra mujer. Luego la tuya, pero un poco más tarde». Demetrios se repetía estas palabras al andar, y por más que hacía, le apesadumbraba la creencia en ellas. Jamás había fiado en los oráculos sacados del cuerpo de las víctimas o del movimiento de los planetas. Tales afinidades le parecían demasiado problemáticas. Pero las líneas complejas de la mano tienen por sí solas un aspecto de horóscopo exclusivamente individual, que él miraba con cierta inquietud.

Por esto la predicción de la quiromántica se le grabó en la mente.

Se escudriñó a su vez la palma de la mano izquierda, donde su vida se hallaba resumida en signos secretos e imborrables.

Vio primeramente, en la prominencia, una especie de media luna regular, cuyas extremidades se dirigían hacia el nacimiento de los dedos. Abajo, una línea cuádruple, nudosa y rosada, se ahuecaba, mostrando en dos sitios unos puntos muy rojos. Otra línea, más delgada, descendía paralela al principio y en seguida se torcía bruscamente hacia el puño. Una tercera línea, por último, corta y clara, contorneaba la base del pulgar, el cual se hallaba enteramente cubierto de unas rayitas finísimas. Vio todo esto; pero no pudiendo descifrar el oculto símbolo, se pasó la mano por los ojos y dirigió sus meditaciones a otra cosa.

Khrysis, Khrysis, Khrysis. Este nombre latía en él como la pulsación de la fiebre. Satisfacerla, conquistarla, aprisionarla en sus brazos, huir con ella lejos, a Siria, a Grecia, a Roma, no importaba dónde, con tal que fuese en un rincón en que él no tuviese queridas ni ella amantes. ¡Esto había que hacer, e inmediatamente, inmediatamente!

De los tres regalos que ella había pedido, el primero estaba ya conquistado. Faltaban los otros dos: la peineta y el collar.

«La peineta primero», pensó él. Y apresuró el paso.

Todos los días, después de ponerse el sol, se sentaba la mujer del gran sacerdote en un banco de mármol, de espaldas al bosque, asiento desde el que se dominaba todo el mar. No lo ignoraba Demetrios, pues esta mujer, como tantas otras, había estado enamorada de él, y le había dicho una vez que, cuando la desease, allí podría encontrarla. Hacia este lugar se encaminó, por consiguiente.

Allí estaba, en efecto; pero ella no le vio adelantarse. Encontrábase sentada, cerrados los ojos, reclinado el cuerpo sobre el respaldo y los brazos abandonados.

Era egipcia, y se llamaba Touni. Tenía puesta una ligera túnica de púrpura viva, sin broches ni cinturón, con dos estrellas negras por únicos bordados, para señalar las puntas de los pechos. La fina tela, plegada a plancha en menudos pliegues, se le detenía en los contornos delicados de las rodillas, y unos pequeños borcués de piel azul enguantaban sus pies breves y abultados. Era atezado su color, muy gruesos sus labios, sus hombros muy finos, y su talle, esbelto y flexible, parecía fatigado por el peso del opulento pecho. Dormía con la boca entreabierta y soñaba dulcemente.

Demetrios se inclinó sobre ella sin hacer ruido. Respiró algún tiempo el olor exótico de sus cabellos. Después, sacándole uno de los dos largos alfileres de oro que brillaban más arriba de las orejas, lo hundió rápidamente bajo la teta izquierda.

Sin embargo, aquella mujer le hubiera dado su peineta y hasta su cabellera, por amor.

Si no se la pidió, fue por escrúpulos: Khrysis había exigido con toda claridad un crimen y no esa joya antigua retenida en los cabellos de una joven. Por eso creyó que su deber era consentir esta efusión de sangre.

Pudo reflexionar también que los juramentos hechos a las mujeres durante los arrebatos amorosos pueden olvidarse en los intervalos, sin que se menoscabe gran cosa el valor moral del amante que los ha prestado, y que si alguna vez podía parecer excusable este involuntario olvido, era de seguro en circunstancias en que ocupaba un lugar en la balanza la vida de una mujer inocente por completo. Pero Demetrios no admitió la validez de semejante razonamiento. Juzgaba la aventura que perseguía extremadamente curiosa para privarla de incidentes violentos. Temió el tener que lamentarse más tarde de haber borrado de la intriga una escena corta, pero necesaria, para la belleza del conjunto. A menudo, con sólo un desfallecimiento virtuoso, quedaría reducida una tragedia a la insignificancia de la existencia normal. «La muerte de Casandra - dijo él para sí - no constituye un hecho indispensable al desarrollo del *Agamenón*, pero si no se efectuara, toda la *Orestia* se resentiría».

He aquí por qué, después de cortar la cabellera de Touni, guardó en sus vestidos la peineta de marfil historiada, y sin reflexionar más en lo hecho, emprendió el tercero de los trabajos que le había encomendado Khrysis: el robo del collar de Afrodita.

No había que pensar siquiera en penetrar en el templo por la puerta principal. Las doce hermafroditas que custodiaban este paso hubieran seguramente dejado entrar a Demetrios, a pesar de la prohibición que impedía hacer esto a todo profano en ausencia de los sacerdotes. Pero consideró inútil probar tan cándidamente su futura culpabilidad, puesto que había una entrada secreta que conducía al santuario.

Demetrios se dirigió a un desierto paraje del bosque, en donde se hallaba la necrópolis de los grandes sacerdotes de la diosa. Contó las primeras tumbas, hizo girar la puerta de la séptima y la cerró tras de él.

Con gran dificultad, a causa de lo pesado de la piedra, levantó una losa funeraria, bajo la cual se hundía una escalera de mármol, y descendió grada por grada.

Sabía que podían darse sesenta pasos en línea recta, y que luego era necesario seguir el muro a tuestas para no chocar contra la escalera subterránea del templo.

La excesiva frescura de la tierra profunda lo calmó poco a poco. Breves instantes después, llegó al término. Ascendió y abrió.

Claro de luna

La noche era clara en el exterior y negra en el divino recinto. Cuando con precaución hubo cerrado suavemente la puerta, demasiado sonora, sintió estremecimientos en todo el cuerpo, como si le envolviera la frialdad de las piedras. No se atrevía a alzar los ojos. El negro silencio le llenaba de espanto; la oscuridad se saturaba de lo desconocido; y llevándose una mano a la frente, como quien no quiere despertar por temor de encontrarse vivo, miró al fin.

En medio de un amplio claro de luna, aparecía la diosa, como realmente viva, sobre un pedestal de piedra rosa cargado de tesoros suspendidos. Mostrábase desnuda y sexuada, con el vago tinte de los colores de la mujer. Tenía en una mano su espejo, cuyo mango era un príapo, y con la otra adornaba su belleza con un collar de siete hilos de perlas. Una más gruesa que las demás, oval y argentada, brillaba entre sus dos pechos como una luna creciente entre dos nubes redondas. Y eran las verdaderas perlas santas, nacidas de las gotas de agua que rodaron en la concha de la Anadyomena.

Demetrios se perdió en una adoración inefable. Creyó, en verdad, que Afrodita en persona estaba allí. No reconoció ya su obra, tan profundo era el abismo entre lo que él había sido y lo que era ahora. Tendió hacia adelante los brazos y murmuró las palabras misteriosas con que se invoca a la diosa en las ceremonias frigias.

Sobrenatural, luminosa, impalpable, desnuda y pura, la visión flotaba sobre la piedra, palpitando blandamente. Al fijar los ojos en la diosa, temía él que la caricia de su mirada hiciera evaporarse en el aire esta alucinación ligera. Avanzó poco a poco, hasta tocar con el dedo uno de los pies nacarados de la diosa, cual si quisiera asegurarse de la existencia de la estatua; e incapaz de

resistir a la seducción que le atraía, ascendió junto a ella y apoyó sus manos sobre los blancos hombros para contemplarla en los ojos.

Tembló, desfalleció, y acabó por reír de gozo. Recorría con sus manos errantes estos brazos desnudos, oprimía con ellas el talle duro y frío, las deslizaba a lo largo de las piernas, acariciaba el globo del vientre. Con toda su fuerza se tendía sobre esta inmortalidad. Se miró en el espejo, levantó el collar de perlas, lo hizo brillar a la luz de la luna, y volvió amedrentado a colocarlo. Besó la mano replegada, el cuello redondo, la ondulosa garganta, la boca entreabierta del mármol. Luego retrocedió hasta el borde del zócalo, y agarrado a los divinos brazos, contempló con ternura la adorable cabeza inclinada.

Los cabellos habían sido peinados a la usanza oriental y apenas encubrían la frente. Los ojos, entornados, se prolongaban en una inefable sonrisa. Los labios permanecían separados, como desvanecidos por un beso.

Dispuso en silencio los siete hilos de redondas perlas sobre este pecho deslumbrador, y descendió hasta el piso para ver el ídolo de más lejos.

Entonces se le figuró que despertaba. Recordó el objeto de su visita, lo que había pretendido y estado a punto de ejecutar: una acción monstruosa. Sintió que enrojecía hasta las sienes.

Cruzó el recuerdo de Khrysis por su memoria como una aparición grosera. Enumeró todo cuanto había de dudoso en la belleza de la cortesana: los labios gruesos, los cabellos aglomerados, el paso lleno de indolencia. Cómo eran las manos, lo había olvidado; pero se las imaginó anchas, para agregar a la imagen, que rechazaba, un detalle.

Cayó en un estado de ánimo semejante al del hombre a quien sorprende al amanecer su única querida en el lecho de una innoble prostituta, y que no puede explicarse de qué manera llegó a ceder, la víspera, a una tentación de tal naturaleza. No hallaba excusa ni razón plausible. Era evidente que durante un día había sufrido una especie de locura pasajera, de perturbación física, de enfermedad. Considerábase curado, pero aún se sentía ebrio de aturdimiento.

Para volver en sí del todo, se reclinó contra la pared del templo, y estuvo largo rato en pie frente a la estatua. La luz de la luna continuaba descendiendo por la abertura cuadrangular que había en el techo; Afrodita resplandecía, y como los ojos de la diosa quedaban en la sombra, él buscaba su mirada...

... Así transcurrió toda la noche. Fue apareciendo el día, y la estatua tomó sucesivamente la rosada lividez del alba y el dorado reflejo del sol.

Demetrios no pensaba ya. Se había borrado de su memoria la peineta de marfil y el espejo de plata que llevaba entre su túnica, y se entregaba dulcemente a la contemplación serena.

Fuera del templo, una tempestad de gritos de pajarillos silbaba, trinaba, cantaba en el jardín. Oíanse voces de mujeres que parloteaban y reían al pie de los muros. Surgía de la tierra, ya despierta, la agitación de la mañana. Demetrios no sentía dentro de sí más que sensaciones de felicidad.

Bien alto estaba el sol ya y la sombra del techo había cambiado de lugar, cuando percibió un confuso rumor de ligeros pasos rozando los escalones exteriores.

Era, sin duda, un sacrificio que venían a ofrecer a la diosa, alguna procesión de jovencitas que acudían a cumplir sus votos o a pronunciarlos ante la estatua, para el primer día de las Afrodiasias.

Demetrios pretendió huir.

El pedestal sagrado se abría por la parte de atrás de un modo sólo conocido por los sacerdotes y el escultor. Allí se colocaba el hierofante para dictarle a un niño, de voz alta y clara, los discursos misteriosos que salían de la estatua el tercer día de la fiesta. Por allí se podía llegar a los jardines. Demetrios penetró en la cavidad secreta y se detuvo junto a las aberturas bordeadas de bronce que taladraban la espesa piedra.

Las dos puertas de oro se abrieron pesadamente. Después entró la procesión.

La invitación

Hacia medianoche despertó Khrysis con el ruido de tres golpes dados en la puerta.

Había pasado todo el día entre las dos efesias, y a no ser por lo revuelto del lecho, se las podría haber creído tres hermanas que dormían juntas. Rhodis se apelotonaba contra la galilea, cuya pierna sudorosa le pesaba encima. Myrtokleia dormía de pechos, cubriéndose los ojos con un brazo y desnudo el torso.

Khrysis desenlazóse de ellas con precaución, dio tres pasos sobre el lecho, bajó, y entreabrió la puerta.

Llegaba de la entrada un rumor de voces.

- ¿Quién es, Dyalá? ¿Quién es? - preguntó la joven. - Naukrates, que quiere hablarte. Le digo que no estás libre.

- ¡Qué necedad! Sí lo estoy; ciertamente, lo estoy. Pasa, Naukrates, estoy en mi dormitorio. Y volvió a entrar en el lecho.

Naukrates se detuvo en el umbral, temiendo ser indiscreto. Las dos flautistas abrían los ojos, entorpecidos todavía, sin poder sacudirse de sus ensueños.

- Siéntate - dijo Khrysis- . No hay necesidad de coquetearías entre nosotros. Sé que no vienes por mí. ¿Qué me quieres?

Naukrates era un conocido filósofo, amante de Bakkhis desde hacía más de veinte años, y que nunca la engañaba, más por indolencia que por fidelidad. Usaba cortos sus cabellos grises, barba en punta a lo Demosthenes y los bigotes al nivel de los labios. Vestía un amplio traje blanco, hecho de lana sencilla y sin adornos.

- Vengo a invitarte - dijo- . Bakkhis da mañana una comida, a la que seguirá una fiesta. Seremos siete, si tú asistes. No dejes de ir.

- ¿Qué motiva esa fiesta?

- La manumisión de su más bella esclava, de Afrodisia. Habrá bailarinas y aulétridas. Creo que tus dos amigas son del número de estas flautistas, y que ya no deberían estar aquí. En este momento están ensayando en casa de Bakkhis.

- ¡Oh! Es verdad - exclamó Rhodis- , ya no lo recordábamos. Levántate, Myrto, es muy tarde. Pero Khrysis prorrumpió:

- ¡No, todavía no! ¡Qué mal haces en quitarme a mis mujeres! Debía haberlo sospechado, para no recibirme. ¡Oh! ¡Ya están vestidas!

- Nuestros trajes no son muy complicados - dijo la pequeña- , ni somos bastante bellas para emplear mucho tiempo en ataviarnos.

- ¿Os veré, al menos, en el templo?

- Sí; mañana, temprano, llevaremos palomas. Tomo un dracma de tu bolsa, Khrysis, para poder comprarlas. Hasta mañana.

Salieron ambas corriendo. Naukrates se quedó contemplando algún tiempo la puerta que se cerró tras ellas, y en seguida se cruzó de brazos y dijo en voz baja, volviéndose a Khrysis:

- Bien, bien te conduces. - ¿Cómo?

- Ya no te basta una sola, sino que necesitas dos... Las tomas hasta de la calle... ¡Magnífico ejemplo...! Pero ¿qué podemos esperar nosotros? ¿Qué nos queda a los hombres? Todas vosotras tenéis amigas, y cuando salís agotadas de sus brazos no nos podéis dar de vuestra pasión más que lo que ellas os dejan. ¿Crees que esto puede durar mucho? Si continuáis así, nos veremos obligados a ir en busca de Bathylo^[3]...

- ¡Ah, no! - exclamó Khrysis- . ¡Eso no lo admitiré nunca! Bien sé que hacen esa comparación. Pero carece de sentido, y me sorprende que tú, que tienes por profesión el pensar, no comprendas que es absurda.

- ¿Y qué diferencias encuentras?

- No se trata de diferencias, sino que no hay ninguna relación entre una cosa y otra: es evidente. - No digo que estés en un error; pero quiero conocer tus razones.

- Te las diré en dos palabras; escúchame. La mujer es, en lo que se refiere al amor, un instrumento completo. Está única y maravillosamente formada de pies a cabeza para el amor. *Ella sola sabe amar. Ella sola sabe ser amada.* Por consiguiente, si una pareja amorosa se compone de

dos mujeres, es perfecta; si no es más que una sola, es buena a medias; si no hay ninguna, es simplemente idiota. He dicho.

- Eres dura para Platón, hija mía.

- Los grandes hombres, lo mismo que los dioses, no son grandes en todas las circunstancias. Palas nada entiende de comercio; Sófocles no sabía pintar; Platón no sabía amar. Filósofos, poetas o retóricos, por admirables que sean en su arte, resultan en amor unos ignorantes. Sí, Naukrates, creo que tengo razón.

El filósofo hizo un gesto.

- Eres un poco irreverente - le dijo -, pero no creo, en modo alguno, que te engañes. Mi indignación no era real. Hay algo de encantador en la unión de dos mujeres jóvenes, a condición de que ambas quieran permanecer femeninas en todo, guardar sus largas cabelleras, descubrirse los pechos y no recargarse de instrumentos postizos, como si, por una inconsecuencia, envidiasen al sexo grosero que tan lindamente desprecian. Sí; es notable su unión, porque sus caricias son superficiales todas y su voluptuosidad más refinada. Ellas no se oprimen; se frotan simplemente para gustar el placer supremo. Para ellas la noche nupcial no es sangrienta; son vírgenes, Khrysis. Ignoran la acción brutal, y en esto son superiores a Bathylo, que pretende equivalerlos, olvidando que vosotras también podríais hacerle competencia hasta en esto. El amor humano no se distingue de la cópula estúpida de los animales más que por dos funciones divinas: la caricia y el beso. Y éstas son las únicas que conocen las mujeres de que hablamos. Y aun las han perfeccionado.

- No es posible hablar mejor - dijo Khrysis, atónita. - ¿Qué me reprochas entonces?

- Te reprocho el que sois cien mil. Ya gran número de mujeres no siente el placer completo sino con las de su propio sexo. Muy pronto os negaréis a recibirnos ni a título de «peor es nada». Por celos es por lo que te reprendo.

En este punto le pareció a Naukrates que la conversación había durado lo bastante, y se puso en pie sencillamente.

- ¿Puedo decirle a Bakkhis que cuente contigo? - dijo. - Iré - respondió Khrysis.

El filósofo le besó las rodillas y salió con lentitud.

Entonces, juntando ella las manos, se puso a hablar en voz alta, no obstante hallarse sola.

- Bakkhis... Bakkhis... ¡Viene de casa de ella y nada sabe...! ¿Estará allí el espejo todavía...? Demetrios me ha olvidado... Si ha vacilado el primer día, estoy perdida; ya no hará nada... ¡Dioses! ¡Dioses! Ningún medio de obtener noticias, y tal vez... ¡Ah! ¡Dyalá! ¡Dyalá!

La esclava entró.

- Dame mis huesecillos - dijo Khrysis-. Quiero echar la suerte. Y arrojó al aire los cuatro dados...

- ¡Oh!... ¡Oh!... Dyalá, mira: ¡el golpe de Afrodita!

Dábase este nombre a un golpe bastante raro en que los huesecillos todos presentaban una cara diferente. Había exactamente treinta y cinco probabilidades contra una para que esta disposición se efectuase. Era el mejor golpe del juego.

Dyalá preguntó fríamente: - ¿Qué habías pedido?

- Es verdad - repuso contrariada Khrysis-. Olvidé hacer un voto. Pensaba seguramente en algo, pero no he dicho nada. ¿Será bueno el augurio?

- No lo creo; debes tirar de nuevo.

Khrysis echó por segunda vez los huesecillos. - Ahora salió el golpe de Midas. ¿Qué te parece?

- No se sabe. Bueno y malo. Es un golpe que se explica por el siguiente. Echa un solo hueso.

Por tercera vez Khrysis interrogó a la suerte. Pero cuando el huesecillo hubo caído, balbució estas palabras:

- ¡El... punto de Khíos! Y estalló en sollozos.

Dyalá, inquieta también, nada decía. Khrysis lloraba de cruces sobre el lecho, esparcidos los cabellos en torno de su cabeza. Por último, se volvió con un movimiento de cólera.

- ¿Por qué me has hecho repetir? Estoy segura de que el primer golpe era el que valía. - Si has hecho voto, sí. Si no has hecho voto, no. Sólo tú lo sabes - dijo Dyalá.

- Además, los huesecillos no prueban nada. Es un juego griego. No creo en él. Voy a ensayar otra cosa.

Se enjugó las lágrimas y atravesó la estancia. Tomó de un tablero una caja de fichas blancas, contó veintidós de ellas, y con la punta de un alfiler de perlas fue grabando sucesivamente cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Era los arcanos de la Cabalah, que había aprendido en Galilea.

- En esto sí tengo confianza; esto sí que no engaña - exclamó- . Levántate la falda para que me sirva de saco.

Arrojó las veintidós fichas en la túnica de la esclava, repitiendo mentalmente:

- ¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita?

Y obtuvo el décimo arcano, que claramente decía: «Sí».

La rosa de Khrysis

Era una procesión blanca, y azul, y amarilla, y rosa y verde.

Avanzaban treinta cortesanas, llevando canastillas de flores, nevadas palomas de pies rojos, velos de azul más delicado y preciosos ornamentos.

Un viejo sacerdote de blanca barba, cubierto hasta alrededor de la cabeza con una tela cruda y rígida, caminaba al frente del cortejo y guiaba hacia el altar de piedra la fila de devotas inclinadas.

Cantaban, y su canto se arrastraba como el mar, gemía como el viento del Sur, suspiraba como una boca apasionada. Llevaban las dos primeras unas arpas que sostenían con la mano izquierda y se encorvaban por delante como hoces de frágil madera.

Una de ellas se adelantó y dijo:

- Tryfera, ¡oh amada Cypris!, te ofrezco este velo azul que ha tejido con sus propias manos, a fin de que prosigas siéndole propicia.

Y otra:

- Musarion deposita a tus pies, ¡oh diosa de la hermosa corona!, estas guirnaldas de alelías y este ramillete de narcisos marchitos. Los ha llevado a la orgía y ha invocado tu nombre al sentir la embriaguez de sus perfumes. ¡Oh, Victoriosa, acoge estos despojos del amor!

Y otra más:

- En ofrenda a ti, Cytherea de oro, Timo consagra este brazalete en forma de espiral. Que puedas enrollar la venganza en la garganta de quien tú sabes, como esta serpiente de plata se enrollaba en sus brazos desnudos.

Myrtokleia y Rhodis avanzaron, cogidas de la mano:

- Aquí tienes dos palomas de Esmirna, de alas blancas como las caricias y pies rojos como los besos. ¡Oh noble diosa de Amatonta, acéptalas de nuestras manos unidas, si es verdad que el blando Adonis no te basta sólo y que un abrazo mucho más dulce retarda en ocasiones tu sueño!

Siguió una cortesana muy joven:

- Afrodita Peribasia, recibe mi virginidad con esta túnica manchada de sangre. Soy Pannykhus de Pharos; desde anoche me he consagrado a ti.

Y otra:

- Dorothea te conjura, ¡oh bondadosa Epistrophia!, a que alejes de su espíritu el deseo que le ha infundido Eros o a que inflames al fin para ella los ojos de aquel que se le niega, y te ofrece esta rama de mirto porque es el árbol que prefieres.

Y otra:

- Sobre tu altar, ¡oh Paphia!, Kallistion deposita sesenta dracmas de plata, resto de cuatro minas que

ha recibido de Kleomenes. Dale un amante más generoso todavía si te parece digna esta ofrenda.

Ya no quedaba frente al ídolo más que una niña ruborosa que se había colocado al final. No llevaba en la mano más que una pequeña corona de flores silvestres, y el sacerdote la despreciaba por tan mezquina ofrenda.

Dijo la niña:

- Yo no soy bastante rica para darte monedas de plata, ¡oh brillante olímpica! Por lo demás, ¿qué cosa podría darte que tú no poseyeras? He aquí unas flores amarillas y verdes, entretreídas en forma de corona para tus pies. Y ahora...

Deshizo los dos lazos de su túnica, quedando desnuda cuando la tela se deslizó.

- ... Aquí me tienes toda entera, ¡oh amada diosa! Desearía entrar en tus jardines y morir siendo cortesana de tu templo. Juro no ambicionar más que el amor; juro que amar será mi único anhelo, y renuncio al mundo y me consagro a ti.

Entonces la cubrió el sacerdote de perfumes y envolvió su desnudez con el velo tejido por Tryfera. Las dos salieron juntas de la nave por la puerta de los jardines.

Parecía haber terminado la procesión y se disponían las demás cortesanas a retirarse, cuando se presentó otra mujer en el umbral.

Nada llevaba en la mano, y hubiérase creído que no iba a ofrecer más que su propia belleza. Parecían sus cabellos dos olas de oro, dos profundas olas llenas de sombra, que ocultaban las orejas y se torcían sobre la nuca. Era delicada su nariz, con alillas expresivas y palpitantes a veces, sobre una boca gruesa y pintada, de curvas y movedizas comisuras. La suave línea del cuerpo ondulaba a cada uno de sus pasos, y se animaba con el vaivén de las caderas o el balanceo de los pechos sueltos, bajo los cuales se doblaba el talle. Tenía ojos extraordinarios, azules, pero a la vez oscuros y fúlgidos, cambiantes como piedras lunares y semidormidos bajo las tendidas pestañas. Miraban estos ojos como las sirenas cantan...

El sacerdote, vuelto hacia ella, esperaba que hablase. Y dijo ella:

- Khrysis te suplica, ¡oh Khryseia! Acepta los débiles dones que deposita a tus pies. Escucha, acoge, ama y consueta a la que vive de acuerdo con tu ejemplo y para el culto de tu nombre.

Tendió a la diosa sus manos resplandecientes de sortijas y se inclinó, apretando las piernas.

Volvió a comenzar el canto vago, y el murmullo de las arpas ascendió hacia la diosa con el humo rápido del incienso quemado por el sacerdote en un pebetero crepitante.

Se irguió ella lentamente y presentó un espejo de bronce que le colgaba del cinturón.

- A ti - dijo ella - , Astarté de la Noche, que juntas las manos y los labios y cuyo símbolo es semejante a la huella de las corzas sobre la tierra pálida de Siria. Khrysis te consagra su espejo. Él ha visto las ojeras de sus párpados, el fulgor de sus ojos después de la sacudida amorosa, los cabellos pegados en las sienes por el sudor de tus luchas, ¡oh combatiente de las manos encarnizadas, que confunden los cuerpos y las bocas!

El sacerdote depositó el espejo a los pies de la estatua. Khrysis arrancó de su áurea cabellera una larga peineta de cobre rojo, metal planetario de la diosa.

- A ti - dijo - , Anadyomena, que naciste de la sangrienta aurora y de la espumosa sonrisa del mar; a ti, desnudez que chorrea perlas, que anudas tu empapada cabellera con cintas de algas verdes, Khrysis consagra su peineta, que se ha hundido en sus cabellos revueltos por tus movimientos ¡oh furiosa Adoniana jadeante!, que ahondas las curvas de las cinturas y crispas las rodillas tirantes.

Dio la peineta al anciano e inclinó la cabeza a la derecha para quitarse su collar de esmeraldas.

- A ti - tornó a decir- ¡oh Hetaira!, que disipas el rubor de las doncellas avergonzadas y aconsejas la risa impúdica; a ti, por quien ponemos a la venta el amor que fluye de nuestras entrañas, Khrysis consagra su collar. Con él le pagó un amante cuyo nombre ignora, y cada esmeralda es un beso en el cual por un instante has palpitado.

Se inclinó por última vez y más largamente, entregó el collar en manos del sacerdote y dio un paso para alejarse. El sacerdote la detuvo.

- ¿Qué le pides a la diosa por estas valiosas ofrendas? Ella sonrió moviendo la cabeza, y dijo:

- Nada le pido.

Pasó a lo largo de las que formaban la procesión, hurtó una rosa de una canastilla y se la puso en la boca al salir.

Una tras otra fueron siguiendo la demás mujeres, y cerróse la puerta sobre el templo vacío. Demetrios quedó solo, oculto en el pedestal de bronce.

No había perdido de toda esta escena ni un ademán ni una palabra, y cuando todo hubo terminado, permaneció largo tiempo sin moverse, suavemente atormentado, apasionado, irresoluto.

Bien curado se creía de su locura de la víspera, y no había imaginado que pudiera en lo sucesivo cosa alguna arrojarle por segunda vez dentro de la sombra ardiente de aquella desconocida.

Pero no había contado con ella.

¡Oh mujeres, mujeres! ¡Si queréis ser amadas, mostraos, apareced, estad presentes...! La emoción que sintió él cuando entró la cortesana fue tan compleja y poderosa, que ya no quiso pensar en combatirla con un impulso de la voluntad. Demetrios se hallaba ligado como un esclavo bárbaro a un carro de triunfo. Era ilusorio querer escapar. La joven, sin saberlo y de un modo natural, había puesto la mano encima de él.

Habíala él visto llegar desde muy lejos, pues vestía la misma tela amarilla que llevaba en el muelle. Caminaba con pasos lentos y flexibles, ondulando las caderas con molicie, y se había dirigido recta hacia él, como si adivinara que estaba allí tras de la piedra.

Desde el primer instante comprendió él que volvería a caer a los pies de la cortesana. Cuando ésta se quitó del cinturón el espejo de pulido bronce, miróse un momento en él antes de entregarlo al sacerdote y le brillaron los ojos de un modo estupendo. Cuando, para tomar la peineta de cobre, posó la mano sobre sus cabellos con el brazo doblado, según la actitud de las Gracias, toda la hermosa línea de su cuerpo se desarrolló bajo la tela, y el sol brillantó en su axila un rocío de sudor luminoso y menudo. Por último, cuando, para levantar y soltarse el collar de pesadas esmeraldas, separó la seda plegada que le cubría el pecho hasta el dulce lugar lleno de sombra, en donde sólo es posible deslizar un ramillete, se sintió Demetrios presa de un loco frenesí por apoyar allí los labios y desgarrar el vestido... Pero Khrysis había comenzado a hablar.

Habló, y cada una de sus palabras fue un sufrimiento para él. De propósito parecía insistir y recrearse en la prostitución de este vaso de belleza que era ella misma, blanco cual la misma estatua y lleno de un oro que manaba en cabellera. Jactábase de tener abierta la puerta de la ociosidad de los que pasaban, de abandonar la contemplación de su cuerpo a los indignos y encomendar a las chiquillas inhábiles el

encenderle las mejillas. Gloriábase de la venal fatiga de sus ojos, de sus labios alquilados de noche, de sus cabellos entregados a manos brutales, de su divinidad trabajada.

El exceso mismo de las facilidades que inducían a abordarla arrastraba hacia ella a Demetrios, resuelto a tomarla para sí solo y cerrar la puerta a los otros. Tan cierto es que una mujer no logra seducir plenamente sino cuando da ocasión a los celos.

De esta suerte, al regresar Khrysis a la ciudad, después de cederle a la diosa su collar verde a cambio del otro, llevaba una voluntad humana en su boca, como la rosa robada cuyo talle iba mordiendo.

Demetrios aguardó a estar solo en el recinto, y en seguida salió de su escondite.

Miró con turbación a la estatua, temiendo todavía tener que luchar consigo mismo. Pero era incapaz de sentir por dos veces, en un breve intervalo, una emoción violenta, y quedó asombrosamente tranquilo y sin remordimiento prematuro.

Indiferente y reposado, subió junto a la estatua, levantó sobre la nuca inclinada de la diosa el collar de verdaderas perlas de la Anadyomena, y lo deslizó dentro de sus propios vestidos.

El cuento de la lira encantada

Caminaba él rápidamente, con la esperanza de alcanzar a Khrysis en la avenida que conducía a la ciudad y temiendo, si se tardaba, volver a sentirse falto de energía y de voluntad.

La vía, blanca de calor, era tan luminosa, que Demetrios cerró los ojos como bajo el sol de mediodía. Avanzaba, pues, sin mirar adelante, y estuvo a punto de tropezar con cuatro esclavos negros que marchaban a la cabeza de un nuevo cortejo, cuando una vocecilla musical exclamó con dulzura:

- ¡Amado mío, qué felicidad me da verte!

Alzó la cabeza, y vio a la reina Berenice de codos en su litera. - ¡Deteneos, portadores! - ordenó ella tendiendo los brazos a su amante.

Demetrios se sintió terriblemente contrariado; pero como no le era posible negarse, subió a la litera con aspecto mohíno.

Loca de alegría, la reina Berenice se arrastró sobre las manos hasta el fondo y rodó entre los cojines como una gata que pretende jugar.

Porque esta litera, conducida por veinticuatro esclavos, era un aposento completo. Doce mujeres, podían dormir cómodamente dentro de ella tendidas al acaso en la espesa alfombra azul sembrada de telas ricas y cojines; y su altura era tal, que no podía tocarse el techo ni con la extremidad del abanico. Era más larga que ancha, cerrada por delante y los tres costados con tres cortinas amarillas, ligerísimas, deslumbrantes de luz. El testero era de cedro, cubierto con un largo velo de seda anaranjada. En lo más alto de esta pared brillante, el enorme gavilán de oro de Egipto desplegaba sus grandes alas rígidas. Más abajo, el símbolo antiguo de Astarté, cincelado en marfil y plata, se abría sobre una lámpara encendida que luchaba con la luz del día en inquietos reflejos. Debajo se hallaba tendida la reina Berenice entre dos esclavas persas que agitaban a su alrededor dos penachos de plumas de pavo.

Llamó a su lado con los ojos al joven escultor, y repitió: - ¡Amado mío, qué felicidad me da verte!

Y poniéndole la mano sobre una mejilla, prosiguió:

- Te buscaba, amado mío. ¿En dónde estabas? No te he visto desde anteayer. Si no te hubiese encontrado, me habría muerto de pena en un instante. ¡Me fastidiaba tanto, sola en esta litera! Al pasar por el puente de los Hermes, arrojé todas mis joyas al agua para hacer remolinitos. Ya ves: no tengo ni sortijas ni collares, y parezco una pobrecilla a tus pies.

Inclinóse hacia él y lo besó en la boca. Las dos portadoras de abanicos fueron a acurrucarse algo más lejos, y cuando la reina Berenice comenzó a hablar más bajo, se pusieron los dedos en las orejas para aparentar que no oían.

Pero Demetrios no contestaba; apenas ponía atención; permanecía distraído. No veía de la joven reina más que la sonrisa roja de su boca y el cojín negro de sus cabellos que peinaba siempre flojos para apoyar mejor la fatigada cabecita.

Ella siguió diciendo:

- Toda la noche he llorado, amado mío. Mi lecho estaba frío. Siempre que despertaba, extendía los brazos desnudos a los dos lados de mi cuerpo, sin encontrarte, y mi mano no tocaba en ninguna parte esta

mano tuya que estoy besando ahora. Te esperaba en la mañana, y desde la luna llena no habías venido. Envié esclavos por todos los barrios de la ciudad, y cuando volvieron sin ti, yo misma les di muerte.

»¿En dónde estabas?, ¿en el templo? ¿No estabas en los jardines con esas mujeres extranjeras? No; adivino en tus ojos que no has amado. ¿Qué hacías, entonces, lejos de mí? ¿Estabas delante de la estatua? Sí, estoy segura de que allí estabas. La amas ahora más que a mí. Es enteramente semejante a mí: tiene mis ojos, mi boca, mis senos; pero es a ella a quien tú buscas. Yo soy una infeliz abandonada. Bien veo que te fastidias junto a mí. Piensas en tus mármoles y en tus viles estatuas, como si yo no fuese más bella que todas ellas, y con vida, y amorosa, y buena, dispuesta a todo cuanto quieras aceptar y resignada a cuanto rehúses. Pero nada quieres. No has consentido en ser rey, ni has querido ser dios y que te adorasen en un templo que fuera tuyo. Casi ya no quieres ni amarme.

Encogió los pies debajo de ella y se apoyó en la mano.

- Por verte en palacio, lo haría todo, amado mío. Si ya no vas por mí, dime quién te atrae y seré su amiga. Las... las mujeres de mi corte son hermosas. Tengo doce guardadas en mi gineceo desde que nacieron y que hasta ignoran que existen los hombres... Todas serán tus queridas si después de ellas me buscas... Tengo a otras conmigo que han conocido más amantes que las cortesanas sagradas y son expertas en el amor. Tengo también mil esclavas extranjeras; di una palabra, y te entregaré cuantas quieras. Las vestiré como a mí misma, de seda amarilla, y de oro, y de plata.

»Pero no. Tú eres el más bello y el más frío de los hombres. A nadie amas; sólo te dejas amar. Te prestas por caridad a las que enloquecen tus ojos. Permites que sacie mi placer en ti, pero como se deja ordeñar una bestia; mirando a otra parte. Tu condescendencia no tiene límites. ¡Ah, dioses, dioses! Al cabo prescindiré de ti, joven fatuo a quien adoran todas las hijas de la ciudad y a quien ninguna hace llorar. Tengo algo más que mujeres en palacio. Tengo etíopes vigorosos, de pecho de bronce y brazos jorobados de músculos, que pronto me harán olvidar con sus abrazos tus piernas de muchacha y tu barba perfumada. El espectáculo de su pasión será nuevo para mí, seguramente, y descansaré de estar enamorada. Pero el día en que me convenza de que tu mirada ya no me inquieta y de que me es posible reemplazar tu boca, te enviaré desde lo alto del puente de los Hermes a reunirte con mis collares y mis sortijas, como a una joya usada por demasiado tiempo. ¡Ah! ¡Ser reina!

Se irguió cual si esperase algo; pero como Demetrios permanecía impassible, sin moverse ni oír, preguntó colérica:

- ¿No has comprendido?

Púsose él negligentemente de codos y dijo con el tono más natural. - Se me ocurre un cuento.

- En otro tiempo, mucho antes de que los antepasados de tu padre conquistaran la Tracia, estaba habitada por animales salvajes y algunos hombres amedrentados.

»Los animales eran muy bellos; había leones rojos como el sol, tigres rayados como el cielo del atardecer y osos negros como la noche.

»Los hombres eran enanos y feos, mal cubiertos de viejas pieles, armados de lanzas toscas y arcos groseros, y se encerraban en las cavidades de las montañas, detrás de monstruosos bloques que habían arrastrado trabajosamente. Pasaban la vida cazando y corría la sangre en los bosques.

»Era tan lúgubre el país, que los dioses le habían abandonado. Cuando salía Artemisa del Olimpo al clarear la mañana, jamás seguía un camino que llevara al Norte. Las guerras de allí no inquietaban a Ares; la falta de flautas y de cítaras alejaban a Apolo, solamente brillaba la triple Hécate como una cara de medusa sobre un paisaje petrificado.

»Entonces fue a habitar allí un hombre de una raza más feliz, que no vestía pieles como los salvajes de la montaña.

»Usaba larga túnica que arrastraba un poco detrás de sus pasos. Gustábale errar de noche, a la luz de la luna, por los mullidos claros de los bosques, llevando en la mano un pequeño caparazón de tortuga en el que había clavados dos cuernos del gigantesco toro aurochs y entre los que se tendían tres cuerdas de plata.

»Cuando tocaba con sus dedos las cuerdas, una música deliciosa las recorría, mucho más dulce que el murmullo de las fuentes, que las frases del viento entre los árboles o la ondulación de las avenas. La primera vez que tocó despertaron tres tigres, tan prodigiosamente encantados, que, lejos de causarle ningún daño, se le aproximaron lo más que les fue posible y se retiraron cuando cesó. Fueron más los que acudieron el día siguiente, así como lobos, hienas, y hasta serpientes, que se erguían sobre la cola.

»Poco después, iban los animales mismos a suplicarle que hiciese música, sucediéndole con frecuencia que un oso llegaba junto a él y después de tres acordes maravillosos se marchaba contento. A cambio de sus complacencias, las fieras le proporcionaban alimento y le protegían de los hombres.

»Pero le fatigó su fastidiosa vida. Tan convencido llegó a estar de su genio y del placer que daba a las bestias, que ya no se esforzó en tocar bien, y las fieras, con tal de oírle, quedaban siempre

satisfechas. No tardó en negarse a concederles este gusto, y dejó de tocar por indolencia. Toda la selva quedó triste, pero no por ello escasearon a la puerta del músico los trozos de carne ni las frutas sabrosas. Continuaron alimentándole y le amaron más, porque el corazón de los animales es así.

»Un día, sin embargo, que, apoyado en su puerta, miraba cómo descendía el sol tras de los árboles inmóviles, pasó cerca una leona. Dio él muestras de meterse en su vivienda, cual si temiera molestar solicitudes; pero la leona, sin cuidarse de él, pasó adelante tranquilamente.

»Entonces, él le preguntó sorprendido: “¿Por qué no me ruegas que toque?”. Ella le contestó que no lo deseaba. Dijo él: “¿No me conoces?”. Y ella le respondió: “Tú eres Orfeo”. Agregó éste: “¿Y no quieres oírme?”. “No quiero”, repuso ella. “¡Oh! - exclamó el músico aún- ¡cuán digno soy de lástima! Tú eres por quien yo hubiera tocado. Eres mucho más bella que las demás y debes comprender mejor. Porque me escuches una hora solamente, te daré cuanto desees”. Ella le respondió: “Te pido que robes las carnes frescas que tienen los hombres de la llanura. Te pido que asesines al primero que encuentres. Te pido que te apoderes de las víctimas ofrecidas a tus dioses y que todo lo deposites a mis pies”. Él le agradeció que no pidiera más, e hizo todo lo que le había exigido.

»Durante una hora, tocó delante de ella; pero después rompió su lira y vivió como si estuviera muerto.

La reina suspiró:

- Jamás comprendo las alegorías. Explícame, amado mío, lo que eso significa. Demetrios se puso en pie:

- Nada te he dicho para que comprendas. Te referí una historia a fin de calmarte un poco. Ahora es tarde. Adiós, Berenice.

La reina se echó a llorar.

- ¡Estaba muy segura!, ¡estaba muy segura!

Él la acostó como a un niño sobre el blando lecho de mullidas telas, la besó sonriendo los desolados ojos, y descendió tranquilamente de la gran litera en marcha.

LIBRO TERCERO

La llegada

Más de veinticinco años hacía que Bakkhis era cortesana. Esto quiere decir que frisaba en los cuarenta y había cambiado varias veces de aspecto su belleza.

Su madre, que durante largo tiempo fue directora de su casa y consejera de su vida, le había inculcado principios de conducta y de economía, que poco a poco le habían llevado a adquirir considerable fortuna, de la que podía usar sin tasa en la edad en que la magnificencia del lecho suple al esplendor del cuerpo.

En lugar, pues, de comprar a alto precio esclavas adultas en el mercado - gasto que tantas otras juzgaban necesario y que arruinaba a las cortesanas jóvenes- supo durante diez años contentarse con una sola negra, y atender al porvenir haciéndola que quedase preñada cada año, a fin de adquirir gratuitamente una domesticidad numerosa que constituiría más tarde una riqueza.

Como había escogido cuidadosamente al padre, su esclava dio a luz siete mulatas muy bellas, y también tres varones, que mandó matar, porque los esclavos infunden inútiles sospechas a los amantes celosos. Dio a las siete jóvenes los nombres de los siete planetas y les señaló diversas atribuciones en conformidad lo más posible con la denominación que llevaban. Heliope era la esclava del día, Selene la esclava de la noche, Aretias cuidaba de la puerta. Afrodísia atendía al lecho, Hermiona se encargaba de las compras y Cronomagira de la cocina. Por último, Diomeda, la intendente, tenía para sí las cuentas y la responsabilidad.

Afrodísia era la esclava favorita, la más bella y la más amada. Con frecuencia, su ama le hacía compartir su lecho, a solicitud de los amantes que la codiciaban y estaba exenta de trabajos serviles para que conservara suaves las manos y delicados los brazos. Por favor excepcional, dejaba de

cubrirse los cabellos, de suerte que la tomaban a menudo por una mujer libre, y aquella misma noche iba a ser manumitida por el enorme precio de treinta y cinco minas.

Las siete esclavas de Bakkhis, todas de elevada estatura y admirablemente engalanadas, le proporcionaban tanto orgullo, que nunca salía sin llevarlas de séquito, a riesgo de dejar sola su casa. A esta imprudencia debió Demetrios el poder entrar con tanta facilidad. Pero todavía ignoraba ella su desgracia cuando salió el festín al que invitó a Khrysis.

Fue Khrysis la primera en llegar esa noche.

Vestía una túnica verde adornada de enormes ramas de rosas que se ensanchaban sobre sus senos.

Le abrió Aretias la puerta sin que llamase, y la condujo, como la costumbre griega lo exigía, a una piecita separada, en donde le desató las sandalias rojas y le lavó con esmero los desnudos pies. Después, alzándole la túnica o separándola, según el sitio, la perfumó por todas partes, pues a los invitados se les evitaban todas las molestias, aun la del tocado, antes de comer. Le presentó en seguida un peine y alfileres para corregir el peinado, así como pomadas y afeites secos para los labios y las mejillas.

Cuando Khrysis estuvo presta, preguntó a la esclava:

- ¿Cuáles son las «sombras»?

Así se nombraba a todos los convidados, con excepción de uno, que era el «invitado». Éste, en cuyo honor se daba la comida, llevaba consigo a quien quería, y a las «sombras» no les quedaba más cuidado que llevar su cojín de lecho y ser bien educadas.

A la pregunta de Khrysis, respondió Aretias:

- Naukrates ha invitado a Filodemo, con su querida Faustina, a quien trajo de Italia. Invitó también a Frasilas y a Timón, y a tu amiga Seso de Knidos.

En este momento entraba Seso. - ¡Khrysis!

- ¡Querida mía!

Abrazáronse las dos mujeres y prorrumpieron en exclamaciones sobre el feliz acaso que las reunía. - Temía haberme retardado - dijo Seso- . El pobre Arkhytas me detuvo...

- ¡Cómo!, ¿todavía él?

- Y siempre la misma cosa. Cuando como fuera, se figura que todo el mundo va a pasar sobre mi cuerpo. Entonces quiere vengarse de antemano poseyéndome, y eso dura, querida... ¡Si me conociera mejor! Ningún empeño tengo en engañar a mis amantes. Tengo bastante con ellos.

- ¿Y el niño? No se te nota, ¿sabes?

- ¡Así lo espero! Estoy en el tercer mes. Va creciendo el pobrecillo; pero no me molesta todavía. Dentro de seis semanas me pondré a bailar. Espero que esto le será indigesto y se saldrá pronto.

- Tienes razón - dijo Khrysis- . No dejes que se te deforme el talle. Ayer vi a Filemation, nuestra amiguita de otro tiempo, que desde hace tres años vive con un comerciante de cereales en Bubasta. ¿Sabes qué fue lo primero que me dijo? «¡Ah, si viera cómo tengo los pechos!». Y se le llenaban de lágrimas los ojos. Le dije que estaba tan bonita como antes; pero ella repetía: «¡Si vieras cómo tengo los pechos! ¡Ah, si vieras!». Y lloraba como una Byblis. Entonces vi que casi tenía deseos de enseñármelos, y se lo pedí. Dos sacos vacíos, querida y tú recuerda cuán bellos los tenía. Estaban tan blandos que no se descubría el pezón... No echés a perder los tuyos, Seso mía. Consérvalos frescos y duros como ahora. Los senos de una cortesana son más valiosos que un collar.

Mientras hablaban así las dos mujeres, se vestían. Por fin, entraron juntas al salón del festín, en donde Bakkhis esperaba de pie, oprimido el talle por medio de apodesmos y cubierto el cuello de collares de oro que le llegaban hasta la barba.

- ¡Ah, encantadoras...! ¡Qué buena idea la de Naukrates en reuniros a las dos aquí...!

- Nos felicitamos de que lo haya hecho en tu casa - dijo Khrysis sin darse por entendida de la alusión.

Y agregó, para corresponder al punto a la cuchufleta: - ¿Cómo está Dóriklos?

Era éste un amante joven, muy rico, que acababa de dejar a Bakkhis para casarse con una siciliana. - Lo... he despedido - dijo Bakkhis descaradamente.

- ¡Es posible!

- Sí, dicen que se va a casar de despecho... Pero vendrá al día siguiente de sus bodas. Está loco por mí.

Al preguntar: «¿Cómo está Dóriklos?», Khrysis había pensado: «¿En dónde está tu espejo?». Pero los

ojos de Bakkhis no miraban de frente, y no pudo leerse en ellos más que una turbación vaga, sin sentido alguno. Por lo demás, tiempo le quedaba a la joven para esclarecer lo que pretendía, y, no obstante su impaciencia, se resignó a esperar una oportunidad más favorable.

Iba Khrysis a continuar la conversación, cuando se lo impidió la llegada de Filodemo, Faustina y Naukrates, que la obligaba a nuevas cortesías. Se extasiaron ante el vestido bordado del poeta y el vestido diáfano de su querida romana. Esta joven, poco al corriente de los usos alejandrinos, había creído helenizarse así, sin sospechar que semejante vestido no era a propósito para un festín en el que las bailarinas alquiladas se presentarían en una desnudez parecida. Bakkhis aparentó no advertir el error, y tuvo frases amables para cumplimentar a Faustina por su espesa cabellera azul inundada de penetrantes perfumes, que llevaba recogida con un alfiler de oro en la nuca para evitar las manchas de mirra en sus ligeras telas de seda.

Iban a sentarse a la mesa, cuando entró el séptimo convidado. Era Timón, joven que poseía la falta absoluta de principios como un don natural, pero que en la enseñanza de los filósofos de su tiempo había encontrado razones superiores para aprobar su carácter.

- He traído una compañera - dijo riendo. - ¿A quién? - preguntó Bakkhis.

- A una tal Demo, que es de Mendes.

- ¡Demo! Pero, amigo mío, ¡si es una mujerzuela callejera! Se entrega hasta por un dátíl.

- Bien, bien; no insistamos - dijo el joven-. Acabo de conocerla en la esquina de la Vía Canópica. Me pidió que le diera de comer, y la he traído a tu casa. Si no quieres...

- Este Timón es inverosímil - declaró Bakkhis. Y llamó a una esclava:

- Heliope, ve a decir a tu hermana que encontrará una mujer a la puerta, y que la arroje a palos. Ve. Buscando entonces con la vista, preguntó:

- ¿No ha llegado Frasilas?

La comida

Aestas palabras, un hombrecillo barbicano, de frente gris y ojos grises, avanzó con menudos pasos y dijo sonriendo:

- Aquí estoy.

Frasilas era un polígrafo estimado, de quien no se podía decir con exactitud si era filósofo, gramático, mitólogo o compilador, pues abordaba los más arduos estudios con una timidez ardorosa y una curiosidad inconstante. No se atrevía a escribir un tratado ni sabía construir un drama. Su estilo tenía algo de hipócrita, meticuloso y vano. Para los pensadores era un poeta; para los poetas, un sabio; para la sociedad, un gran hombre.

- ¡A la mesa, pues! - dijo Bakkhis.

Y se tendió con su amante en el lecho que presidía el festín.

A su derecha se reclinaron Filodemo y Faustina con Frasilas. A la izquierda de Naukrates, Seso y luego Khrysis con el joven Timón. Cada convidado se recostaba diagonalmente, de codos sobre el cojín de seda y ceñida de flores la cabeza. Una esclava trajo las coronas de rosas rojas y lotos azules, y comenzó la comida.

Timón sintió que con su broma había esparcido una ligera frialdad entre las mujeres; de suerte que no les habló directamente, sino que, dirigiéndose a Filodemo, dijo con toda seriedad:

- Aseguran que eres aficionadísimo a Cicerón. ¿Qué opinión tienes de él, Filodemo? ¿Es un filósofo ilustre, o un simple compilador, sin discernimiento ni gusto? Porque he oído sostener dos opiniones.

- Precisamente porque soy su amigo no puedo responder - repuso Filodemo- . Le conozco demasiado bien; lo que quiere decir que le conozco mal. Interroga a Frasilas, que le juzgará sin error, porque apenas si lo ha leído.

- ¿Y qué opina Frasilas?

- Que es un escritor admirable - respondió el hombrecillo. - ¿Cómo entiendes?

- En este sentido, Timón: todos los escritores son admirables en algo, como todos los paisajes y todas las almas. Yo no podría preferir a la llanura más monótona ni aun el espectáculo del mar. Tampoco podría clasificar en el orden de mis simpatías un tratado de Cicerón, una oda de Píndaro y una carta de Khrysis, dado que conociera yo el estilo de nuestra excelente amiga. Quedo satisfecho cuando cierro un libro y conservo el recuerdo de una línea que me haya hecho pensar. Hasta ahora, en todos los que he abierto he encontrado esa línea; pero ninguno me ha dado la segunda. Quizá cada uno de nosotros no tiene más que una sola que decir en su vida, y los que han intentado hablar más largo tiempo no han sido sino unos grandes ambiciosos. ¡Cuánto más lamento el silencio irreparable de los millones de almas que nada han dicho!

- No soy de tu opinión - dijo Naukrates sin levantar los ojos- . El universo fue creado para que se digan tres verdades, y nuestra mala suerte ha querido que su certeza se probase cinco siglos antes de esta noche. Heráclito comprendió el mundo; Parménides desenmascaró el alma; Pitágoras midió a Dios; a nosotros nos corresponde sólo callar. Yo encuentro duro el *garbanzo*.

Con el mango del abanico empezó Sesó a dar golpecitos. - Timón - dijo- amigo mío.

- ¿Qué deseas?

- ¿Por qué presentas cuestiones que no tienen ningún interés ni para mí que no sé latín, ni para ti que quieres olvidarlo? ¿Imaginas deslumbrar a Faustina con tu erudición extranjera? Pobre amigo, no ha de ser a mí a quien engañen tus palabras. Anoche desnudé tu grande alma bajo mis sábanas, y bien sé cuál es, Timón, el garbanzo que te preocupa.

- ¿Te parece? - repuso el joven con calma.

Pero Frasilas comenzó otro período con voz irónica y dulzona.

- Sesó, cuando nos otorgues el placer de oírte juzgar a Timón bien sea para elogiarle, cosa que nosotros no podríamos hacer, acuérdate de que es un invisible cuya alma especial no existe para sí misma, o al menos, no la puede uno conocer, sino que refleja las almas que en ella se miran, y cambia de aspecto cuando cambia de sitio. Anoche era del todo semejante a ti; no me maravilla que te agrada. Hace un instante, ha tomado la imagen de Filodemo, y por esto acabas de decir que se desmentía; pero no puede desmentirse, puesto que no afirma. Ya ves, querida mía, cuán necesario es guardarse de los juicios a la ligera.

Timón lanzó una mirada colérica en dirección de Frasilas, pero reservó su respuesta.

- Como quiera que sea - prosiguió Sesó- aquí estamos cuatro cortesanas y queremos dirigir la conversación para no parecer niñas de color de rosa que sólo abren la boca para beber leche. Faustina, puesto que tú eres la recién venida, comienza tú.

- Muy bien - dijo Naukrates- . Elige por nosotros, Faustina. ¿De qué debemos hablar?

La joven romana volvió la cabeza, alzó los ojos, se ruborizó, y, haciendo ondular todo su cuerpo, suspiró estas palabras:

- Del amor.

- ¡Bonito asunto! - dijo Sesó. Pero nadie tomó la palabra.

Cubrían la mesa multitud de coronas, follajes, copas y ánforas. Traían las esclavas en cestillas trenzadas panecillos ligeros, como de nieve.

En pintados platos de loza se veían anguilas gordas salpicadas de especias, alfestos color de cera y calictios sagrados.

Sirvieron también un pompillo, pescado color de púrpura que se creía nacido de la misma espuma de Afrodita, boopes, anchoas, un barbo rodeado de calamares y escorpenos multicolores. Para poder comerlos sin que se enfriasen, presentaron en cacerolas pequeñas un trozo de mero, atunes repletos, pulpos calientes de brazos tiernos y, por último, el vientre de un pez torpedo, blanco, redondo como el de una hermosa mujer.

Tal fue el primer servicio, en el que los convidados escogieron a pequeños trozos lo mejor de cada pescado, dejando el resto a los esclavos.

- El amor - comenzó Frasilas- es una palabra que carece de sentido o que los tiene todos a la vez, ya que designa sucesivamente dos sentimientos inconciliables; la voluptuosidad y la pasión. No sé en cuál de ellos lo entenderá Faustina.

- Para mí - interrumpió Khrysis- quiero la voluptuosidad y la pasión en mis amantes. Debes hablar de ambas, o sólo a medias despertarás mi interés.

- El amor - murmuró Filodemo- no es ni la pasión ni la voluptuosidad. El amor es otra cosa...
- ¡Por favor! - exclamó Timón- tengamos, aunque sea por excepción, un banquete sin filosofías.

Bien sabemos, Frasilas, que puedes sostener con dulce elocuencia y melosa persuasión la superioridad del placer múltiple sobre la pasión exclusiva. Sabemos también que, después de hablar durante una hora larga acerca de tan atrevida materia, estarías dispuesto a sostener durante la hora siguiente, con la misma dulce elocuencia y con igual persuasión melosa, las mismas razones de tu contradictor. No...

- Permite... - dijo Frasilas.

- No niego - continuó Timón- el encanto de tal entretenimiento, ni siquiera el ingenio que en ello pones. Dudo sólo de su dificultad, y por consiguiente de su interés. El *Banquete* que publicaste hace tiempo en el curso de un relato menos grave, así como las reflexiones que recientemente prestaste a un personaje mítico que tiene semejanza con tu ideal, parecieron raros y nuevos en el reinado de Ptolomeo Auleto. Pero desde hace tres años vivimos bajo el de la joven reina Berenice, e ignoro por qué revés de las circunstancias ese método de pensar que habías tomado del ilustre exégeta armonioso y risueño ha envejecido repentinamente cien años bajo tu pluma, como la moda de las mangas cerradas y los cabellos teñidos de amarillo. Lo deploro, excelente maestro, porque si tus relatos carecen de un poco de fuego, si tu experiencia del corazón de la mujer no es de tal naturaleza que nos llegue a turbar, estás dotado, en cambio, de cierto ingenio cómico y te conservo gratitud por haberme hecho sonreír algunas veces.

- ¡Timón! - exclamó Bakkhis indignada. Frasilas la contuvo con ademán.

- Deja querida. Al contrario de la mayor parte de los hombres no retengo de los juicios de que soy objeto más que la parte de elogios con que me obsequian. Timón me ha dado la suya; otros me alabarán sobre otros puntos. No sería posible vivir en medio de una aprobación unánime, y aún la variedad de los sentimientos que despierto se me figura un jardín encantador cuyas flores gusto de respirar sin arrancar las malas hierbas.

Khrysis hizo con los labios un movimiento que indicaba claramente el poco aprecio en que tenía a este hombre tan hábil para terminar las discusiones; y volviéndose hacia Timón, que era su vecino de lecho, le echó al cuello su mano y le preguntó:

- ¿Cuál es el objeto de la vida?

Tal era la pregunta que dirigía siempre cuando no sabía qué decirle a un filósofo.

Pero imprimió entonces tan extraña ternura a su voz, que Timón creyó interpretar claramente una declaración amorosa.

Sin embargo, repuso con cierta calma:

- Cada cual tiene el suyo, Khrysis mía. No hay objeto universal en la existencia de los seres. Por mi parte, como soy hijo de un banquero cuya clientela comprende a todas las grandes cortesanas de Egipto, y mi padre ha acumulado por medios ingeniosos una considerable fortuna, noblemente la restituyo a las víctimas de sus ganancias acostándome con ellas lo más a menudo que me lo permiten las fuerzas que los dioses me han concedido. He considerado, pues, que mi energía no es susceptible de llenar más que un deber en la vida; y tal es el que he elegido, puesto que concilia las exigencias de la virtud más rara con satisfacciones opuestas que difícilmente soportaría otro ideal.

Mientras hablaba así, fue deslizándose la pierna derecha por detrás de las de Khrysis, que se reclinaba

de un lado, e intentó separar las rodillas juntas de la cortesana, como para dar un objeto preciso a su existencia de aquella noche. Pero Khrysis no se lo permitió.

Hubo algunos instantes de silencio, y en seguida Seso tomó la palabra.

- Timón, eres muy inoportuno en interrumpir desde el principio la única conversación seria que puede interesarnos. Deja hablar al menos a Naukrates, ya que tienes tan mal carácter.

- Del amor no podré yo decir - respondió el «invitado»- sino que es el nombre con que se designa al dolor para consolar a los que sufren. Sólo hay dos modos de ser desgraciado: desear lo que no se tiene, o poseer lo que se desea. El amor comienza por lo primero, y en el caso más lamentable, o sea cuando triunfa, termina en lo segundo. ¡Los dioses nos salven del amor!

- ¿Pero no estriba la verdadera dicha en poseer por sorpresa? - dijo sonriendo Filodemo. - ¡Qué ocurrencia!

- No, si se hace con cuidado. Escucha, Naukrates: no desear, pero hacer de modo que la ocasión se presente; no amar, pero querer de lejos a algunas personas muy escogidas por las que presentimos que a la larga podremos sentir inclinación si nos permiten disponer de ellas el acaso y las circunstancias; jamás atribuir a una mujer cualidades que le deseamos ni bellezas que nos oculten; presumir siempre lo soso, para que nos sorprenda lo exquisito; ¿no es éste el mejor consejo que puede dar un sabio a los amantes? Los únicos que han vivido felices han sido aquellos que supieron economizar en su amada existencia varias veces la inapreciable pureza de algunos goces imprevistos.

Tocaba a su término el segundo servicio. Habían presentado faisanes, perdices, un magnífico porfirio azul y rojo y un cisne con odas sus plumas, que había sido cocido durante cuarenta y ocho horas poco a poco para no quemarle las alas. Sirvieron en platos encorvados fléxidas, onocrótalos, un pavo blanco que parecía cubrir dieciocho espermólogos asados y mechados; en fin vituallas bastantes para alimentar a cien personas con las sobras, después de haber separado lo mejor. Pero esto era nada en comparación con el último plato.

Esta obra maestra - pues en mucho tiempo no se había visto cosa igual en Alejandría- era un lechoncito, del que habían asado la mitad y cocido en caldo lo restante. No podía distinguirse por dónde lo habían matado, ni cómo le habían rellenado el vientre de todo lo que contenía. Estaba repleto, efectivamente, de codornices, pechugas de gallina, alondras, salsas succulentas, pedazos de vulva y picadillo, cosas todas cuya presencia en el animal intacto parecía inexplicable.

Resonó un grito de admiración y Faustina se determinó a pedir la receta. Frasilas emitió sonriendo frases metafóricas. Filodemo improvisó un dístico en que empleaba sucesivamente en sus dos sentidos la palabra *γοιφο*, lo cual hizo reír a Seso, ya ebria, hasta derramar lágrimas. Pero como Bakkhis ordenara servir a la vez en siete copas siete vinos raros a cada convidado, decayó la conversación.

Timón, volviéndose hacia Bakkhis, le preguntó:

- ¿Por qué has sido tan dura con esa pobre muchacha que traje aquí? No deja de ser una colega. En tu lugar, estimaría yo más a una cortesana pobre que a una matrona rica.

- Estás loco - dijo Bakkhis sin discutir.

- Sí; he notado que se tiene por enajenados a los que por excepción aventuran verdades indiscutibles. Sólo las paradojas encuentran a todos de acuerdo.

- Vamos, amigo mío, interroga a tus vecinos. ¿Qué hombre bien nacido aceptaría como amante a una meretriz sin joyas?

- Yo lo he hecho - dijo Filodemo con aplomo. Y las mujeres le despreciaron.

- El año pasado - continuó diciendo- al declinar la primavera, como el destierro de Cicerón me daba que temer respecto a mi propia seguridad, emprendí un corto viaje. Busqué mi retiro al pie de los Alpes, en un lugar encantador llamado Orobía, a orillas del pequeño lago de Clisio. Era un simple villorrio, en el que no había más de trescientas mujeres, una de las cuales se había hecho cortesana para proteger la virtud de las otras. Se reconocía su casa por un ramillete de flores suspendido a la puerta. Pero ella en nada se distinguía de sus hermanas ni de sus primas. Ignoraba que hubiese afeites, perfumes y cosméticos, velos transparentes y rizadores. Tampoco sabía cuidar

su belleza, pues se depilaba con brea resinosa, como se arrancan las malas hierbas en un patio de mármol blanco. Estremecía el pensar que iba descalza, y por lo mismo, no podía uno besarle los pies desnudos como se besan los de Faustina, que son más suaves que unas manos. Durante un mes vi en ella tales encantos, que me olvidé junto a su cuerpo moreno de Roma, de Tiro feliz y de Alejandría.

Naukrates aprobó con la cabeza, bebió y dijo:

- El mejor momento del amor es aquel en que la desnudez se revela. Deberían saberlo las cortesanas, para reservarnos sorpresas; pero antes bien parecen esforzarse en arrebatarnos toda ilusión. ¿Hay nada más penoso que una cabellera flotante en la que aparecen las huellas del hierro candente, ni nada más desagradable que las mejillas que pintan a los labios que las besan, ni nada más digno de lástima que unos ojos sombreados cuyo carbón se borra? Yo comprendería, a lo más, que las mujeres honradas recurriesen a semejantes artificios, ya que gustan, como cualquier mujer, de rodearse de un círculo de adoradores, y no se hallan expuestas a familiaridades que pueden desenmascararlas; pero es inconcebible que las cortesanas, para quienes no hay más objeto ni recurso que el lecho, no teman aparecer en él menos hermosas que en la calle.

- No eres juez competente, Naukrates - dijo Khrysis sonriendo- . Sé que de cada veinte amantes no es fácil retener uno solo; pero es más difícil seducir a un hombre de cada quinientos, y antes de gustar en el lecho hay que agradar en la calle. Nadie nos vería al pasar si no usáramos colorete. La campesina de que nos habla Filodemo no halló dificultad en atraerle por ser la única en el pueblo; mientras que aquí, donde hay quince mil cortesanas, la competencia es diferente.

- ¿No sabes que la belleza pura no requiere adornos, sino que se basta a sí sola?

- Sí; pero compara una belleza pura, como tú dices, con Gnatena, que es fea y vieja. Coloca a la primera con túnica rota en las últimas gradas del teatro y la segunda con su manto de estrellas en los lugares que le reservan sus esclavas, y nota a la salida sus precios. Darán dos óbolos a la belleza pura y a Gnatena dos minas.

- Los hombres son unos bestias - concluyó Sesó.

- No; simplemente unos perezosos. Ningún trabajo se toman en escoger sus queridas, y las más amadas son las más engañosas.

- Y tanto es así - insinuó Frasilas- que si por una parte yo elogiara con gusto... Y sostuvo con el mayor encanto dos tesis desprovistas del menor interés.

Hasta doce bailarinas fueron presentándose una tras otra, tocando flautas las dos primeras, el tamboril la última, y el resto de ellas sonando crótalos. Se aseguraron las bandeletas, frotaron sus breves sandalias con resina blanca, y tendidos los brazos, aguardaron a que la música empezase... Una nota... dos notas... una gama lidia... y lanzáronse a bailar las doce jóvenes al son de un ritmo ligero.

Era una danza voluptuosa, muelle y desordenada en apariencia, pues llevaban aprendidas con anterioridad las figuras. Giraban en un reducido espacio, confundiéndose a manera de olas. Formáronse en parejas a poco, y sin interrumpir sus pasos, se desataron los cinturones y dejaron caer las túnicas rosadas. Al punto, un olor a mujer desnuda se difundió entre los hombres, dominando el perfume de las flores y el husmillo de las carnes entreabiertas. Echábanse atrás con movimientos bruscos, el vientre en tensión y los brazos hacia adelante. Se erguían luego estrechándose su talle, y los bustos se tocaban al paso con la extremidad de sus pechos eréctiles. Timón sintió acariciada su mano por el roce fugitivo y cálido de un muslo.

- ¿Qué piensa acerca de esto nuestro amigo? - dijo Frasilas con su voz despacible.

- Me siento perfectamente feliz - respondió Timón- . Jamás he comprendido con la claridad que esta noche la misión suprema de la mujer.

- ¿Y cuál es ella? - Prostituirse, con arte o sin arte. - Es una opinión.

- Todavía más, Frasilas. Sabemos que nada puede probarse. Más aún: sabemos que nada existe, y ni esto mismo es seguro. Sentado este precedente, y a fin de satisfacer tu venerable manía, permíteme sostener una tesis a la vez contestable y rebatida, como lo son todas, pero interesante

para mí que la afirmo y para la mayoría de los hombres que la niegan. Tratándose del pensamiento, la originalidad es un ideal aún más quimérico que la certidumbre. Tú no lo ignoras.

- Dame vino de Lesbos - dijo Sesó a la esclava- . Es más fuerte que el otro.

- Sostengo - prosiguió Timón- que la mujer casada, al consagrarse a un hombre que la engaña, al no acceder con ningún otro (o sólo cometiendo raros adulterios que equivale a lo mismo), al dar a luz hijos que antes de nacer la deforman y ya nacidos la tiranizan, sostengo que la mujer a quien llaman honrada pierde su vida viviendo así y que toda joven comete al casarse una imbecilidad.

- Ella piensa que cumple así un deber - objetó Naukrates sin convicción.

- ¿Un deber? ¿Y hacia quién? ¿No es libre de resolver de por sí sobre un asunto que sólo a ella concierne? Es mujer, y por el hecho de serlo es generalmente sorda a todo placer intelectual. Y no satisfecha de vivir ajena a la mitad de las dichas humanas, se priva con el matrimonio de la otra faz de la voluptuosidad. Así, una joven puede decirse, en la edad en que es toda fuego: «conoceré a mi marido, y después a diez amantes o a doce quizás». ¿Puede creer alguien que morirá sin lamentarse de esta conducta? Ni tres mil mujeres habré considerado bastantes para mí el día que tenga que abandonar la vida.

- Eres ambicioso - observó Khrysis.

- Pero ¡con qué incienso, con qué dorados versos - exclamó el dulce Filodemo- no deberemos alabar por siempre a las bienhechoras cortesanas! Escapamos, merced a ellas, de las complicadas precauciones, de los celos, de las estratagemas, de los riesgos y sobresaltos del adulterio. Ellas nos libran de recibir la lluvia de plantón frente a una casa, de las escalas vacilantes, de las puertas secretas,

de las citas interrumpidas, de las cartas interceptadas y de las señas mal comprendidas. ¡Oh queridas cabecitas, cuánto os amo! A vosotras no hay que asediaros. Por algunas monedas os entregáis a nosotros, y nos dais mucho más de lo que nos concedería como un favor cualquiera otra después de tres semanas de espera. El amor para vuestras lúcidas almas no es un sacrificio, sino una complacencia igual que cambian dos amantes. Además, las sumas que os confían no son para compensar vuestras inestimables ternuras, sino para pagar en su justo precio el lujo encantador y múltiple que consentís, por suprema condescendencia, en conservar en vosotras para adormecer todas las noches nuestras voluptuosidades exigentes. Siendo innumerables como sois, nunca dejamos de encontrar entre vosotras cuanto ambiciona la ilusión de nuestra existencia o el capricho del momento reclama: todas las mujeres en un día, con cabello del color que más nos guste, ojos del tinte que prefiramos y labios del sabor que más nos agrada. No hay amor, bajo el cielo, tan puro que no lo podáis fingir, ni tan abyecto que no lo aceptéis. Sois bondadosas con los desgraciados, consoladoras para los afligidos, con todos hospitalarias, y bellas, muy bellas. Por esto a vosotras os digo, Khrysis, Bakkhis, Sesó, Faustina: justa es la ley de los dioses que discierne a las cortesanas el eterno deseo de los amantes y la eterna envidia de las esposas castas.

Las bailarinas habían dejado de danzar.

Acababa de presentarse una joven acróbata, que escamoteaba puñales y andaba de manos entre las hojas de acero puestas con las puntas hacia arriba.

Como el peligroso juego de la joven atraía por completo la atención de los convidados, Timón miró a Khrysis, y poco a poco fue alargándose detrás de ella sin que nadie le viera, hasta tocarla con los pies y con la boca.

- No - decía Khrysis en voz baja- no, amigo mío.

Pero él había deslizado un brazo alrededor de ella por la ancha abertura de la túnica y acariciaba con suavidad la hermosa piel ardorosa de la cortesana acostada.

- Espera - suplicaba ella- . Van a vernos. Se disgustará Bakkhis.

Le bastó una sola mirada al joven para convencerse de que no le observaban. Se atrevió hasta una caricia a que rara vez resisten las mujeres cuando llegan a permitirla; y para sofocar con un argumento decisivo los postreros escrúpulos del pudor moribundo, púsole su bolsa en la mano, que, por casualidad, estaba abierta.

Khrysis no se defendió ya.

Continuaba entretanto sus hábiles y peligrosas piruetas la joven acróbata. Marchaba de manos, con la faldeta vuelta abajo y los pies caídos delante de la cabeza, por entre cortantes espadas y largas puntas agudas. Su incómoda postura y acaso también el temor de herirse le hacían afluir a las mejillas sangre calurosa y oscura, que daba aún mayor brillo a sus ojos entreabiertos. Su talle se plegaba para tornar a erguirse. Sus piernas temblaban a veces y una inquieta respiración agitaba el desnudo pecho.

- ¡Basta! - dijo Khrysis con voz breve- . Me has enervado y nada más. ¡Déjame! ¡Déjame!

Y en el momento en que las dos efesias se ponían en pie para tocar, según la tradición, la *Fábula de Hermafrodita*, se deslizó del lecho y salió febrilmente.

Rhakotis

Apenas cerrada la puerta, Khrysis se puso la mano sobre el centro inflamado de su deseo, como oprimimos la parte que nos duele para atenuar las punzadas. Luego apoyó un hombro contra una columna y se retorció los dedos sofocando sus gritos.

¿Nunca iba a saber nada?

A medida que pasaban las horas, la improbabilidad de su triunfo aumentaba para ella. Pedir bruscamente el espejo era un medio por demás atrevido de conocer la verdad. En caso de haber desaparecido el espejo, atraería sobre ella las sospechas y se perdería. Pero como tampoco le era posible ya contenerse, su impaciencia le hizo abandonar la sala.

Timón, con sus torpezas, sólo había logrado exasperar su rabia muda hasta una excitación trémula que la forzaba a aplicar el cuerpo contra la fría columna lisa y monstruosa.

Sintió miedo de que la acometiera un ataque de nervios, y llamó a la esclava Aretias: - Guárdame mis joyas; voy a salir.

Y descendió los siete peldaños.

La noche era cálida. Ninguna ráfaga refrescó las gruesas gotas de sudor que le corrían por la frente. La desilusión que acababa de sufrir acrecía su malestar y la hacía tambalearse.

Siguió marchando por la calle.

Hallábase situada la casa de Bakkhis en la extremidad de Brouchion, en el límite de la ciudad indígena de Rhakotis, enorme aglomeración de marineros y de egipcias. Los pescadores, que dormían sobre los barcos anclados durante el calor sofocante del día, venían a pasar aquí las noches hasta el alba, y por embriagarse doblemente, dejaban a las rameras y a los vendedores de vino el producto de la pesca del día anterior.

Khrysis penetró en las callejuelas de esta Suburra alejandrina, llena de voces, de movimientos y de música bárbara. Miraba furtivamente por las puertas abiertas las piezas aplastadas con el humo de las lámparas, en donde se unían las parejas desnudas. En las encrucijadas, sobre tabladillos bajos puestos al frente de las casas, crujían los jergones multicolores, agitándose en la sombra bajo el doble peso humano. Khrysis caminaba llena de turbación. Una mujer sin amante la solicitó. Un viejo le tentó los pechos. Una madre le ofreció a su hija. Un campesino alelado le besó la nuca. Ella huía, con una especie de ruboroso recelo.

Esta ciudad extranjera dentro de la ciudad griega se le antojaba preñada de oscuridad y de peligros. Apenas conocía su extraño laberinto, la complejidad de sus calles, el misterio de ciertas casas.

Cuando se aventuraba por allí, muy de tarde en tarde, seguía siempre el mismo camino directo hacia una puertecilla roja, donde olvidaba a sus amantes de diario bajo el apretón infatigable de un arriero joven de robustos músculos que ella tenía la alegría de pagar a su vez.

Pero esta noche, sin volver siquiera la cabeza, se sintió seguida por unos dobles pasos.

Apresuró vivamente su marcha, y los dobles pasos también se apresuraron. Echó a correr, y corrieron

tras ella. Entonces, como loca, tomó por otra callejuela, luego por otra en sentido contrario, y a continuación por una vía larga de dirección desconocida.

Seca la garganta, hinchadas las sienes, sostenida por el vino de Bakkhis, seguía huyendo, ora a la derecha, ora a la izquierda, pálida, extraviada.

Por último, una pared le obstruyó el paso: hallábase en un callejón sin salida. A toda prisa quiso retroceder, pero dos marineros de manos renegridas le cerraron el paso.

- ¿Adónde vas, flechita de oro? - díjole riendo uno de ellos. - ¡Déjame pasar!

- ¿Eh? ¿Te has perdido, chiquilla? Se ve que no conoces bien a Rhakotis, ¿no es cierto? Te enseñaremos la ciudad.

Y ambos la cogieron por la cintura. Ella gritó, se debatió, lanzó un puñetazo, pero uno de los marineros le sujetó los dos brazos, con la mano izquierda y dijo con calma:

- ¡Quietecita! Bien sabes que nadie quiere a los griegos por aquí. No habrá quien te ayude. - ¡Yo no soy griega!

- Mientes, porque tienes blanca la piel y la nariz recta. Déjate manejar, si le temes al palo. Khrysis miró al que hablaba, y rápida, le saltó al cuello.

- Tú me gustas; te seguiré - le dijo.

- Nos seguirás a los dos. Mi amigo tendrá su parte. Camina con nosotros; no te arrepentirás.

¿Adónde la llevaban? No lo sabía; pero el segundo marinero le había gustado por su rudeza y su testa de bruto. Lo iba examinando con la mirada imperturbable de las perras pequeñas delante de la carne y doblaba el cuerpo hacia él para rozarle al andar.

Recorrieron con rápido paso barrios extraños, sin vida ni luces.

Khrysis no acertaba a comprender cómo podían estos hombres encontrar su camino en un dédalo sombrío de donde ella sola no hubiera podido salir: tan intrincadamente enmarañadas eran las callejuelas. Le espantaban las puertas cerradas, las ventanas vacías, la sombra inmóvil. Sobre su cabeza, entre las casas aproximadas, se extendía una pálida faja de cielo invadido por la luz de la luna.

Al fin entraron nuevamente en el bullicio. Al volver una calle súbitamente aparecieron ocho, diez, once luces. Eran puertas alumbradas, en donde estaban en cuclillas jóvenes nabateanas, entre dos lámparas rojas que alumbraban desde abajo sus cabezas encapitotadas de oro.

A lo lejos sonaba al principio un murmullo creciente, luego un estrépito de carros, de bultos arrojados al suelo, de pisadas de asnos y de voces humanas. Era la plaza de Rhakotis, en la que se concentraban, durante el sueño de Alejandría, todas las provisiones acumuladas para la alimentación de novecientas mil bocas en un día.

Atravesaron la plaza a lo largo de las casas, entre montones verdes de legumbres, raíces de loto, habas brillantes y canastas de aceitunas. Khrysis arrebató de un montoncillo violeta un puñado de moras y las devoró sin detenerse. Llegaron por fin frente a una puerta baja, y los marineros descendieron por aquella para quien habían sido robadas las Verdaderas Perlas de la Anadyomena.

Había allí una inmensa sala. Quinientos hombres del pueblo, en espera del día, bebían tazas de cerveza amarillenta, comían higos, lentejas, pasteles de sésamo o pan de olira. En medio de ellos

hormigueaba una turba de mozuelas chillonas, todo un campo de cabellos negros y de flores multicolores bajo una atmósfera de fuego. Eran pobres meretrices sin hogar, que pertenecían a todos, y venían allí a mendigar las sobras, con los pies descalzos, los pechos al aire, mal cubiertas con un andrajo azul o rojo sobre el vientre, y las más de ellas sosteniendo con el brazo izquierdo un niño envuelto en harapos. Había también bailarinas, seis egipcias sobre un estrado, con una orquesta de tres músicos, dos de los cuales tocaban tamboriles con unas varitas, en tanto que el tercero agitaba un gran sistro de bronce sonoro.

- ¡Oh!, ¡confites de endrino! - exclamó Khrysis con júbilo. Y compró por dos monedillas a una chicuela que los vendía.

Pero de pronto se sintió desfallecer por el olor tan intolerable de aquella pocilga, y los marineros la sacaron en brazos.

Al contacto del aire exterior se repuso un poco.

- ¿Adónde vamos? - les dijo en tono suplicante- . Acabemos pronto, porque no puedo ya andar. No me resisto, ya lo veis, soy buena. Pero busquemos un lecho lo más pronto posible, pues de lo contrario me caeré en la calle.

Bacanal en casa de Bakkhis

Cuando volvió a verse frente a la puerta de Bakkhis, estaba invadida por la deliciosa sensación que dan la saciedad del deseo y el silencio de la carne. Se le había aligerado la frente. Su boca se había endulzado. Sólo un dolor intermitente le corría aún por el hueco de sus costados. Subió los escalones y traspuso el umbral.

Después que Khrysis hubo salido de la sala, la orgía se había desarrollado como una llama.

Nuevos amigos habían entrado, para los cuales fueron presa fácil las doce bailarinas desnudas. Cuarenta coronas marchitas cubrían de flores el suelo, y un odre de vino de Siracusa se había derramado en un rincón, formando un río dorado que iba acercándose a la mesa.

Filodemo, al lado de Faustina, le desgarraba la túnica, mientras recitaba cantando los versos que había hecho en su honor.

- ¡Oh pies! - le decía- ¡oh muslos dulces, costados profundos, redondas nalgas, higo entreabierto, caderas, hombros, pechos, movable nuca! ¡Oh vosotras, enloquecedoras manos ardientes, movimientos expertos, activa lengua! Eres romana, eres morena, y no cantas los versos de Safo; pero también el mismo Perseo ha sido amante de la indiana Andrómeda^[6].

Seso, entretanto, tendida boca abajo sobre la mesa, entre frutas aplastadas y completamente aturdida por los vapores del vino de Egipto, se humedecía el pezón del seno derecho en nieve y repetía con enternecimiento cómico:

- Bebe, chiquito. Tienes sed. Bebe, chiquito. Bebe, bebe, bebe.

Afrodisia, esclava todavía, triunfaba entre un corro de hombres, festejando su última noche de servidumbre con un frenesí desordenado. Para obedecer a la tradición de todas las orgías alejandrinas, se había entregado, desde luego, a tres amantes al mismo tiempo; pero su tarea no terminaba aquí, sino que, hasta que la noche acabase, conforme a la ley de las esclavas que se hacían cortesanas, debía probar con un celo infatigable que no usurpaba su nueva dignidad.

Solos y de pie tras una columna, Naukrates y Frasilas discutían cortésmente acerca del respectivo mérito de Arkesilas y de Karneade.

En el otro extremo de la sala, Myrtokleia protegía a Rhodis contra un convidado en extremo apremiante.

Al ver entrar a Khrysis, corrieron hacia ella las dos efesias. - Vámonos, Khrysis mía. Teano se queda; pero partamos nosotras. - Yo también me quedo - dijo la cortesana.

Y se tendió de espaldas sobre un gran lecho cubierto de rosas.

Un rumor de voces y de monedas atrajo su atención. Era que Teano, por parodiar a su hermana, había imaginado, entre las risas y los gritos de los demás, representar por irrisión la *Fábula de Dánae*, simulando una loca voluptuosidad a cada moneda que penetraba entre sus piernas. La impiedad provocante de la joven, que se mantenía acostada, divertía a todos los convidados, pues ya no eran aquellos los tiempos en que los rayos podían exterminar a los que se burlaban del inmortal. Pero el juego se desvió, como era de temerse. Algún torpe hirió a la pobrecilla, que se puso a llorar amargamente.

Hubo de inventar otra diversión para consolarla. Dos bailarinas arrastraron hasta el centro de la sala una enorme crátera de plata dorada llena de vino hasta los bordes, y alguien, cogiendo a Teano de los pies, la hizo beber cabeza abajo, sacudida por una carcajada que no podía reprimir.

Obtuvo tal éxito esta idea, que todos se acercaron, y cuando volvió la flautista a estar en pie, cuando le vieron la diminuta cara inflamada por la congestión y chorreando vino, se apoderó de los asistentes tan general hilaridad, que Bakkhis dijo a Selene:

- ¡Un espejo!, ¡un espejo! ¡Que pueda verse así! Una esclava trajo un espejo de bronce.

- ¡No, ese no! El espejo de Rhodopis vale la pena. De un solo salto se irguió Khrysis.

Una oleada de sangre ascendió a sus mejillas para descender luego, y la joven quedó densamente pálida, con el pecho agitado por las palpitations de su corazón, clavados los ojos en la puerta por donde la esclava había salido.

Éste era el instante decisivo de su vida. Iba a desvanecerse o a realizarse la postrera esperanza que le quedaba.

A su alrededor continuaba la fiesta. Una corona de iris, lanzada no se sabía de dónde, la golpeó en la boca, dejándole un acre sabor de polen en los labios. Un hombre le derramó sobre los cabellos un frasquito de perfume, que corrió con rapidez mojándole los hombros. Las salpicaduras de una copa desbordante en que arrojaron una granada le mancharon la túnica de seda y penetraron hasta su piel. La joven ostentaba con magnificencia todas las suciedades de la bacanal.

La esclava que había salido no volvía.

Khrysis conservaba su palidez marmórea y la inmovilidad de una diosa esculpida. La queja rítmica y monótona de una mujer en plena fiebre amorosa que estaba cerca de ella le medía el tiempo transcurrido. Le pareció que esta mujer estaba gimiendo así desde la víspera. La acometían deseos de retorcer algo, de estrujarse los dedos, de gritar.

Al fin regresó Selene con las manos vacías. - ¿Y el espejo? - interrogó Bakkhis.

- Está... no está ya... ha sido... ha sido... robado - balbució la esclava.

Bakkhis lanzó un grito tan agudo, que todos callaron y un espantoso silencio interrumpió el estrépito.

De todos los puntos del vasto salón acudieron hombres y mujeres, y sólo quedó un reducido espacio vacío en el que estaba Bakkhis con los ojos extraviados ante la esclava, que había caído de rodillas.

- ¡Habla!, ¡habla...! - aulló ella.

Y como no contestase Selene, la cogió violentamente por el cuello.

- Tú me lo has robado, ¿no es cierto? ¡Responde o te haré hablar a latigazos, miserable perra!

Entonces ocurrió una cosa terrible. La joven, atemorizada por el miedo, el miedo de sufrir, el miedo de morir, que era el terror más apremiante que conocía, dijo con voz precipitada:

- ¡Fue Afrodísia! ¡No he sido yo, no he sido yo! - ¡Tu hermana!

- ¡Sí, sí! - dijeron las mulatas- . Afrodísia lo tomó.

Y arrastraron hacia Bakkhis a su hermana, que acababa de desmayarse.

La crucificada.

Todas repitieron a coro:

- ¡Afrodísia lo tomó! ¡Perra! ¡Perra! ¡Inmunda! ¡Ladrona!

Sus temores personales duplicaban su aborrecimiento a la hermana preferida. Aretias la golpeó en el pecho con un pie.

- ¿En dónde está? - gritó Bakkhis- . ¿En dónde lo has puesto? - Lo ha dado a su amante.

- ¿Quién es?

- Un marinero ópico.

- ¿En dónde se halla su navío?

- Partió esta tarde para Roma. No volverás a ver ya tu espejo. ¡Hay que crucificar a esta perra, a esta fiera sanguinaria!

- ¡Ah! ¡Dioses, dioses...! - exclamó Bakkhis llorando. En seguida se transformó su dolor en una cólera loca.

Afrodísia había vuelto en sí; pero paralizada por el espanto y sin comprender lo que ocurría, permaneció sin voz y sin lágrimas.

Bakkhis la cogió de los cabellos y la arrastró por el suelo manchado, sobre las flores y las ánforas de vino, gritando:

- ¡En cruz!, ¡en cruz! ¡Buscad clavos! ¡Buscad martillo!

- ¡Oh! - dijo Sesó a su vecina- . Yo no he visto eso nunca. Sigámoslos.

Todos la siguieron apresuradamente, y Khrysis también, la única que conocía al culpable, la única que había ocasionado esto.

Bakkhis dirigióse a la habitación de las esclavas, una sala cuadrada, con tres colchones, en donde dormían de dos en dos al terminar las noches. Elevábase en el fondo, como una amenaza allí presente siempre, una cruz en forma de T, que hasta entonces no había sido utilizada.

Entre el confuso murmullo de las mujeres y de los hombres, cuatro esclavas levantaron a la mártir al nivel de los brazos de la cruz.

Aún no se había escapado de su boca un sonido, pero al sentir la frialdad del rugoso madero en su desnuda espalda, se le enarcaron los grandes ojos y le vino un sacudimiento gemebundo que no la dejó ya.

Pusiéronla a horcajadas en una clavija de madera fijada en el centro del tronco, la cual servía para sostener su cuerpo y evitar que se desgarraran las manos.

Después le extendieron los brazos.

Khrysis miraba esto en silencio. ¿Qué podía decir? Para disculpar a la esclava habría tenido que acusar a Demetrios, que estaba al amparo de cualquier persecución, y que, según ella pensaba, se vengaría cruelmente. Además, la esclava constituía una riqueza, y el inveterado rencor de Khrysis la

inducía a complacerse mirando cómo su enemiga iba de ese modo a destruir con sus propias manos un valor de tres mil dracmas, exactamente lo mismo que si arrojara las monedas de plata en el Eunosto. Y en último término, la vida de una criatura servil no valía la pena de que ella se ocupase en salvarla.

Heliope alargó a Bakkhis el primer clavo con el martillo, y comenzó el suplicio.

La embriaguez, el despecho, la cólera, todas las pasiones juntas, y aun ese instinto de crueldad que mora en el corazón de la mujer, agitaron el alma de Bakkhis en el momento en que descargó el golpe, y lanzó un grito casi tan penetrante como el de Afrodísia cuando se le torció el clavo sobre la palma de la mano abierta.

Clavó la segunda mano, clavó los pies, uno sobre otro, y excitada por los arroyos de sangre que brotaban de las heridas, gritó enfurecida:

- ¡No basta! ¡Toma!, ¡ladrona!, ¡puerca!, ¡prostituta de marineros!

Y quitándose uno tras otro los largos alfileres de sus cabellos, los hundía con ímpetu en la carne de los pechos, del vientre y de las caderas. Cuando ya no tuvo armas en las manos, abofeteó y escupió a la desdichada.

Contempló algún tiempo la obra de su venganza, y volvió en seguida al gran salón acompañada de sus convidados.

Sólo Frasilas y Timón no la siguieron.

Pasado un instante de recogimiento, Frasilas tosió un poco, se puso la mano derecha sobre la mano izquierda, alzó la cabeza levantó las cejas y se acercó a la crucificada, sacudida sin interrupción por un temblor espantoso.

- Aunque yo - le dijo- en no escasas circunstancias me ponga en contra de las teorías que pretenden llamarse absolutas, no puedo desconocer que tú ganarías mucho en el caso en que te encuentras si estuvieses familiarizada seriamente con las máximas estoicas. Zenón, que no parece que conservase en todo un espíritu exento de error, nos ha dejado algunos sofismas sin gran alcance general, pero que podrías aprovechar con el particular propósito de calmar tus últimos momentos. El dolor, aseguraba él, es una palabra falta de sentido, puesto que nuestra voluntad domina las imperfecciones de nuestro cuerpo percedero. Verdad es que Zenón murió a los noventa y ocho años, dicen sus biógrafos, sin haber tenido ni una ligera enfermedad. Pero esto no constituye una objeción que pueda argüirse en contra suya, pues si logró conservar su salud inalterable, no podemos deducir lógicamente de ello que le faltase el carácter de haber estado enfermo. Sería, por lo demás, un abuso el obligar a los filósofos a que practiquen personalmente las reglas de vida que proponen, y a que cultiven sin intermisión las virtudes que juzguen superiores. En suma, y para no desenvolver excesivamente un discurso que arriesgaría durar más que tú misma, esfuérzate, querida mía, en elevar tu alma, en cuanto dependa de ello, por encima de tus sufrimientos físicos. Por tristes y crueles que los sientas, ten la persuasión de que tomo verdadera

parte en ellos. Ya tocan a su término; ten paciencia y olvida. De las diversas doctrinas que nos suponen una inmortalidad, ha llegado la hora en que puedes escoger la que mejor mitigue la pena que te causa el desaparecer. Si ellas son ciertas, habrás dulcificado las ansias de la muerte; y si mienten, ¿qué te importa, si nunca has de saber que te engañaste?

Después de hablar así, Frasilas volvió a ajustar el pliegue de su vestidura sobre un hombro y se esquivó con inseguro paso.

Timón quedó solo en la pieza con la agonizante en la cruz.

No se apartaba de su memoria el recuerdo de una noche que había pasado sobre los senos de aquella infeliz, juntamente con la atroz idea de la podredumbre inminente en que se disgregaría el hermoso cuerpo que se había estremecido entre sus brazos.

Se oprimía los ojos en la mano para no ver a la crucificada, pero *escuchaba* sin interrupción el estremecimiento del cuerpo sobre el madero.

Al fin la miró. Extensas redes de sangrientos hilos se entrecruzaban sobre la piel desde los alfileres clavados en el pecho hasta los dedos contraídos de los pies. Giraba la cabeza continuamente. Toda la cabellera pendía del lado izquierdo, empapada en sangre, sudor y perfumes.

- ¡Afrodisia!, ¿me oyes?, ¿me reconoces? Soy yo, Timón, Timón.

Una mirada mortecina llegó hasta él por un instante. Pero la cabeza no cesaba de moverse ni el cuerpo de temblar.

Poco a poco, cual si temiera causarle daño con el ruido de sus pasos, avanzó el joven hasta el pie de la cruz. Tendió hacia adelante los brazos, tomó con precaución entre sus dos manos fraternales la cabeza sin fuerza que giraba, apartó piadosamente a lo largo de las mejillas los cabellos adheridos por las lágrimas y depositó sobre los calientes labios un beso de infinita ternura.

Afrodisia cerró los ojos. ¡Acaso reconoció al que acababa de encantar su horrible fin con este impulso de piedad amorosa...! Una inexpresable sonrisa alargó sus párpados amoratados, y lanzando un suspiro, entregó el espíritu.

Entusiasmo

Hecha estaba la cosa. Khrysis tenía la prueba.

Si Demetrios se había resuelto a cometer el primer crimen, sin dilación debían haber seguido los otros dos; porque un hombre de su clase tenía que considerar el asesinato, y aun el sacrilegio menos ignominioso que el robo.

Había obedecido, luego estaba cautivo. Ese hombre libre, impasible, frío, también sufría la esclavitud, y su dueña, su dominadora, era ella, Khrysis, la Sara del país de Genezareth.

¡Ah, pensar en eso, repetirlo, decirlo en voz muy alta, hallarse sola...! Khrysis se precipitó fuera de la estruendosa casa y corrió arrebatada, en línea recta hacia adelante, sintiendo que la fresca brisa de la mañana le hería en pleno rostro, refrescándola.

Siguió, hasta el ágora, la calle que conducía al mar, a cuyo extremo se apiñaban como espigas gigantescas los mástiles de ochocientos navíos. Torció luego a la derecha, ante la inmensa avenida del Dromo, donde se encontraba la casa de Demetrios. Un estremecimiento de orgullo la envolvió al pasar frente a las ventanas de su futuro amante; pero no cometió la torpeza de ser la primera en tratar de verle. Recorrió la larga vía hasta la puerta de Canope y se tendió en tierra entre dos áloes.

Él había hecho eso; lo había hecho todo por ella, más que ningún amante había hecho sin duda por mujer alguna. No cesaba de repetírselo y de afirmarse en su triunfo. Demetrios, el predilecto, el sueño imposible y sin esperanza de tantos corazones femeninos, acababa de exponerse por ella a todos los peligros, a todas las vergüenzas, a todos los remordimientos, por su voluntad propia. Había consentido hasta en renegar del ideal de su pensamiento, despojando a su obra del collar milagroso, y la luz de ese día que estaba comenzando a alborear vería al amante de la diosa rendido a los pies de su nuevo ídolo.

«¡Tómame!, ¡tómame!», prorrumpió ella. Y lo adoraba ya entonces, lo llamaba, lo deseaba. En su imaginación se metamorfoseaban los tres crímenes en acciones heroicas, que jamás podría compensar ella ni con todo el raudal de su ternura, ni con el mayor fuego de su pasión. ¡Con qué

llama incomparable ardería este amor único de los seres por igual jóvenes, por igual bellos, amados igualmente el uno por el otro y reunidos para siempre después de vencer tantos obstáculos!

Ambos se marcharían, abandonando la ciudad de la reina, navegarían con rumbo a países misteriosos, a Amatonta, a Epidauro o a esa Roma desconocida, la segunda ciudad del mundo después de la inmensa Alejandría, y que tanto se esforzaba en conquistar la Tierra. ¡Qué de cosas no harían allá donde fuesen! ¡Qué placeres conocerían, qué felicidad humana habría de envidiarlos, palideciendo ante el encanto que esparcieran a su paso!

Khrysis se puso en pie llena de arrobamiento. Extendió los brazos, apretó los hombros, tendió el busto hacia adelante. Una sensación de languidez y creciente alegría inundaba su pecho endurecido. Tornó a ponerse en marcha para regresar a su casa...

Cuando abrió la puerta de su cámara hizo un movimiento de sorpresa al ver que nada, desde la víspera, había cambiado bajo su techo. Las chucherías de su tocador, de su mesa, de sus estantes, le parecieron insuficientes para su nueva existencia. Rompió algunas que le recordaban muy directamente a antiguos amantes, por quienes concibió repentino aborrecimiento. Si con las demás no hizo otro tanto, fue debido, no a preferencia que tuviera por ellas, sino al temor de desahajar su alcoba en caso que Demetrios proyectase pasar allí la noche.

Mientras se desnudaba lentamente, le caían de la túnica migajillas de pastel, cabellos, hojas de rosas, vestigios de la reciente orgía.

Se frotó con la mano su talle desceñido del cinturón y hundió los dedos en su cabellera para aligerársela. Pero antes de entrar en su lecho, vínole el deseo de reposar un instante sobre las alfombras de la terraza, donde tan deliciosa era la frescura del aire.

Subió allá.

El sol, salido hacía pocos instantes, descansaba sobre el horizonte como una enorme naranja ensanchada.

Una alta palmera de encorvado tronco doblaba sobre la cornisa su ramaje verde, y allí refugió Khrysis su desnudez temblorosa, teniéndose los pechos con las manos.

Su vista erraba sobre la ciudad, que poco a poco iba blanqueando. Los vapores violetas del amanecer ascendían de las calles silenciosas, hasta desvanecerse en el aire luminoso.

De súbito, brilló en su mente una idea, que fue creciendo, la dominó y le trastornó el juicio. ¿Por qué Demetrios, que tanto había hecho ya, no habría de matar a la reina, si en su mano estaba el ser rey?

Y entonces...

Y entonces, aquel océano monumental de casas, palacios, templos pórticos y columnas que a su vista flotaba desde la necrópolis del Poniente hasta los jardines de la Diosa: Brouchion, la ciudad helénica, regular y deslumbradora; la ciudad egipcia de Rhakotis, ante la cual se erguía cual una montaña acropolita el Paneión cubierto de claridad; el gran templo de Serapis, cuya fachada ornamentaban dos largos obeliscos color rosa; el gran templo de Afrodita, rodeado por los murmullos de trescientas mil palmeras e innumerables olas; el templo de Perséfone y el templo de Arsince, los dos santuarios de Poseidón, las tres torres de Isis Faris, las siete columnas de Isis Lokhias, y el Teatro, y el Hipódromo, y el Estadio, donde habían corrido Psítacos contra Nikosthene, y la tumba de la princesa Stratonicia, y la tumba del dios Alejandro... ¡Alejandría! ¡Alejandría!, el mar, los hombres, el colosal faro de mármol, cuyo espejo salvaba a los hombres de mar. ¡Alejandría!, la ciudad de Berenice y de los once reyes Ptolomeos, el Fyskón, el Filometor, el Epifanio, el Filadelfo. ¡Alejandría!, centro a que convergían todos los sueños, corona de todas las glorias conquistadas desde hacía tres mil años en Memfis, Tebas, Atenas, y Corinto por el cinkel, por la flauta, por el compás y por la espada; más allá, el delta lamido por las siete lagunas del Nilo, Sais, Bubasta, Heliópolis; luego, remontándose al Sur, la faja de fecunda tierra, el Heptanomo, donde a lo largo de las escarpadas márgenes del río se escalonaban mil doscientos templos para todos los dioses; y más lejos, la Tebaida, Diópolis, la isla Elfantina, las cataratas infranqueables, la isla de Argos... Meroo... lo desconocido; y todavía, si las tradiciones egipcias eran ciertas, la región de los lagos fabulosos de donde se desprende el Nilo antiguo, tan grandes que se pierde el horizonte

cuando se atraviesan sus purpúreas ondas, y tan elevados sobre las montañas, que reflejan las estrellas, ya próximas, como pomos de oro; todo esto, todo, sería el reino, el dominio, la propiedad de la cortesana

Khrysis.

Alzó los brazos, sofocada, cual si creyera poder tocar el cielo.

Y al hacer este movimiento vio pasar con lentitud por su izquierda un ave de grandes alas negras que volaba hacia alta mar.

LIBRO CUARTO

El sueño de Demetrios

Cuando Demetrios estuvo en su casa con el espejo, la peineta y el collar, un sueño le visitó mientras dormía, y el sueño fue éste:

Se dirige, confundido entre la multitud, hacia el muelle, en una singular noche sin luna, sin estrellas, sin nubes, y luminosa por sí misma.

Ignorando por qué y sin adivinar qué le atraía, siente prisa de llegar, de hallarse *allí* lo más pronto que pueda, pero avanza con esfuerzo y el aire opone a sus piernas inexplicables resistencias, a semejanza de como estorba los pasos el agua a cierta profundidad.

Tiembla, temiendo no llegar nunca y no saber jamás hacia quién se encamina, anhelante e inquieto, por entre esta brillante oscuridad.

La multitud entera desaparece en ciertos momentos, ya porque realmente se desvanezca, ya porque deje él de sentir lo presente; pero luego se atropella de nuevo, aún más inoportuna, y todos andan, y andan, y andan con paso rápido y sonoro, y avanzan más pronto que él...

Apriétase esta masa humana; Demetrios palidece; uno lo empuja con el hombro; un broche de mujer le desgarró la túnica; una joven, oprimida contra él por la muchedumbre tan estrechamente que siente clavados en su pecho los dos botoncillos de los senos, le repele la cara con sus manos espantadas...

De pronto, se ve solo, antes que nadie, sobre el muelle; y mirando hacia atrás, percibe a lo lejos el hormigueo blanco de toda la multitud, que ha retrocedido de súbito hasta el ágora.

Y comprende que esta turba no avanzará ya.

El muelle se extiende ante él, blanco y recto, como el arranque de un camino sin concluir que hubiera pretendido atravesar el mar.

Desea ir hasta el Faro y se dirige allí. Se le han aligerado súbitamente las piernas. El viento que llega de los desiertos arenales le arrastra con precipitación hacia las soledades ondulantes donde se aventura a penetrar el muelle. Pero a medida que él avanza, el Faro retrocede y el muelle se prolonga interminablemente. La alta torre de mármol, donde flamea una hoguera purpurina, toca en breve el horizonte lívido, palpita, desciende, disminuye y desaparece, semejante a otra luna.

Demetrios sigue caminando.

Días y noches parecen haber pasado desde que dejó muy atrás el gran muelle de Alejandría, y no se atreve a volver la cabeza por temor de no descubrir otra cosa que el camino recorrido; una línea blanca hasta el infinito y el mar por todas partes.

Y mira, a pesar de todo.

Hay detrás una isla cubierta de grandes árboles, de los que se desprenden enormes flores.

¿Acaba él de atravesarla como un ciego, o acaba ella de surgir en este instante, volviéndose misteriosamente visible? Sin pensar un punto en esto, acepta como suceso natural lo imposible...

En la isla hay una mujer. Está en pie frente a la puerta de la única casa, con los ojos entornados e inclinando el rostro sobre la flor de un iris monstruoso que crece hasta la altura de sus labios. Tiene cabellera espesa de color de oro mate, y de una longitud que se puede suponer maravillosa por la masa abultada que se enreda en la nuca languidescente. Negra túnica la cubre, un manto más negro todavía envuelve la túnica, y el iris que huele entornando los párpados es del mismo tinte que la noche.

Sobre tanto luto, sólo ve Demetrios los cabellos cual si fuesen un vaso de oro encima de una columna de ébano, y reconoce a Khrysis.

Recuerda vagamente el espejo, la peineta y el collar; pero no cree en ello. En su extraño sueño, la realidad únicamente le parece ensueño...

- Ven - le dice Khrysis- . Sigue mis pasos y entra.

La sigue. Sube ella con lentitud por una escalera cubierta de blancas pieles. Su brazo pende hacia la rampa; sus talones flotan desnudos bajo la falda.

La casa no tiene más que un piso. Khrysis se detiene en el último peldaño.

- Hay cuatro habitaciones - le dice- de donde no podrás salir ya cuando las hayas visto. ¿Quieres seguirme? ¿Tienes confianza?

Y como él la seguiría a todas partes, abre la joven la primera puerta y la vuelve a cerrar cuando él ha entrado.

La pieza es estrecha y larga. Le da luz una sola ventana, desde donde se domina todo el mar. A la derecha y a la izquierda hay sobre dos mesitas una docena de volúmenes enrollados.

- Aquí están los libros que tú amas - dice Khrysis- no tengo otros.

Demetrios los abre: son el *Oineus*, de Kheremón; *El regreso*, de Alexis; *El espejo de Lais* de Aristipo; *Lo mágico*, *El cíclope* y *El Bucólico*, de Teócritos; *Edipo en Colona*, las *Odas* de Safo y algunas más.

En medio de esta biblioteca ideal, una joven desnuda, acostada sobre cojines, guarda silencio. - Ahora - murmura Khrysis, sacando de un largo estuche de oro un manuscrito de una sola hoja- ve la página que jamás puedes leer sin derramar llanto. El joven leyó al acaso:

Se detiene, y dirigiendo a Khrysis una mirada enternecida y atónita, le dice: - ¿Tú? ¿Eres tú quien me enseña esto?

- ¡Ah! ¡Si aún no has visto nada! ¡Sígueme presto! Y abren otra puerta.

La segunda pieza es cuadrada. Le da luz una sola ventana, que encuadra toda la Naturaleza. En el centro, sobre un caballete de escultor, hay arcilla roja, y en un ángulo, sentada en una silla curva, una joven desnuda, guarda silencio.

- Aquí modelarás a Andrómeda, a Zagreus y los Caballos del Sol. Como lo crearás para ti solo, los romperás antes de tu muerte.

- Estoy en la Morada de la Felicidad - dice en voz muy baja Demetrios. Y deja caer la frente en su mano.

Pero Khrysis abre otra puerta.

La tercera pieza es amplia y redonda. Le da luz una sola ventana, que domina todo el cielo azul. Sus muros están formados por verjas de bronce cruzadas en losanges regulares, a través de los cuales se deslizan los armoniosos sonos de flautas y de cítaras tocadas en tono melancólico por invisibles manos. Y contra el muro del fondo, sobre un tronco de mármol verde, una joven desnuda guarda silencio.

- ¡Ven! ¡Ven! - repite Khrysis. Y abre otra puerta.

La cuarta pieza es baja, sombría, está herméticamente cerrada y tiene forma triangular. Piel y sordos tapices la revisten, desde el suelo hasta el techo, tan mórbidamente, que allí la desnudez no sorprende, pues los amantes pueden imaginarse que han arrojado en todas direcciones sus vestiduras contra las paredes. Una vez cerrada la puerta, no se descubre ya dónde está. No hay ventana alguna. Es como un reducido mundo fuera del mundo. Algunos mechones colgantes de pelo negro gotean lágrimas de perfumes en el aire, y la pieza está alumbrada por siete vidrieras mirrinas que coloran diversamente las luces incomprensibles de siete lámparas subterráneas.

- Como ves - le explica la joven con voz afectuosa y tranquila- hay tres lechos diferentes en los tres ángulos de *nuestra* alcoba...

Demetrios no responde, pero en su interior se pregunta:

«¿Será éste el último término? ¿Constituye esto en realidad un objeto de existencia humana? ¿Y volveré a salir, podré salir de aquí, si paso una noche entera en la actitud amorosa que es la prolongación de la tumba?».

Pero Khrysis comienza a hablar.

- Amado mío, me llamaste y he venido, mírame bien...

Alza ella ambos brazos a la vez, posa sus manos en los cabellos, y, con los codos hacia delante, sonríe.

- Tuya soy, amado mío... ¡Oh! Pero todavía no. Te he prometido que cantaré, y antes voy a cantarte. Y no pensando él ya más que en ella, tiéndese a sus pies, calzados con diminutas sandalias negras.

Entre sus deditos, que tienen en cada uña una media luna pintada con carmín se entrecruzan cuatro sartas de perlas azulinas.

Inclinando la cabeza sobre un hombro, se da golpes con los dedos de la mano derecha contra la palma de la otra mano, ondulando al mismo tiempo ligeramente las caderas.

En mi lecho, por las noches, busqué al que mi corazón ama; lo busqué y no le hallé...

Yo os conjuro, hijas de Ierushalaim, que, si encontráis a mi amado, le digáis

que languidezco de amor.

- ¡Ah, es el *Cantar de los cantares*, Demetrios! Es el canto nupcial de las hijas de mi país.

Yo duermo y mi corazón vela; es la voz de mi amado...

Ha llamado a mi puerta. Vedle, ya viene saltando por los montes, semejante al gamo o al hermoso cervatillo.

Mi amado habla y me dice:

- *Ábreme, hermana mía, paloma mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche.*

Levántate, amiga mía; hermosa mía, ven.

He aquí que pasó el invierno, y la lluvia se fue.

Ya en el campo florecen los capullos, ha llegado el tiempo de cantar,

y la voz de la tortolilla se escucha. Levántate, amiga mía;

hermosa mía, ven.

Arroja el velo lejos de sí y permanece en pie, envuelta en una estrecha tela que le oprime las piernas y las caderas.

Me he quitado mi camisa; ¿cómo me la volveré a poner? He lavado mis pies; ¿cómo me los ensuciaré?

Mi amado metió la mano por el resquicio de la puerta y mi vientre se ha estremecido.

Me levanto para abrir a mi amado. Mis manos destilaban mirra,

y la mirra de mis dedos cayó sobre el puño del cerrojo.

¡Ah!, ibésame él con los ósculos de su boca!

Inclina la cabeza hacia atrás, entornando los párpados.

Sostenedme, confortadme, porque estoy enferma de amor.

Ponga él su mano izquierda bajo mi nuca y con su diestra oprímame...

- *Robaste mi corazón, hermana mía, con uno de tus ojos y con un sartal de tu cuello.*

¡Cuán bueno es tu amor! ¡Cuán buenas son tus caricias! Son mejores que el vino.

Más que todos los aromas me deleita tu olor. Húmedos están siempre tus labios miel y leche tienes bajo tu lengua,

el olor de tus vestidos es el del Líbano. Eres un jardín secreto, hermana mía, cerrado manantial, fuente sellada.

¡Alzate, viento del Norte! ¡Acude, viento del Sur! Soplad sobre mi jardín y que se esparzan sus perfumes.

Enarca los brazos y tiende la boca.

Que mi amado venga a su huerto y coma de sus frutas delicadas.

- *Sí, entro en mi huerto,*

¡oh hermana mía y mi amada! cojo mi mirra y mis aromas, como mi miel con su panal, bebo mi vino con mi leche.

- *Ponme como un sello sobre tu corazón como un sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte.*

Sin mover los pies, sin doblar ni separar las rodillas, hace girar su torso lentamente sobre las inmóviles caderas. Su rostro y sus dos pechos, por encima de la envoltura de las piernas, semejan tres flores bastante grandes, casi tres rosas, sobre un portarramilletes de lienzo.

Danza con gravedad, balanceando los hombros, la cabeza y los hermosos brazos. Le estorba la especie de funda que hace resaltar más y más la blancura de su cuerpo a medias descubierto. La respiración le dilata el pecho, ya no puede cerrar la boca ni abrir los párpados, y a cada instante se le encienden más las mejillas.

Se cruza a veces los diez dedos sobre la cara; a veces levanta los brazos y se estira deliciosamente. Un largo surco fugitivo le separa los hombros al alzarlos. Por último, haciendo con una vuelta rápida que la cabellera le envuelva la faz, jadeante a modo de velo nupcial, desprende temblorosa el broche esculpido que retiene la tela contra los muslos y revela hasta los talones todo el misterio de sus gracias.

Demetrios y Khrysis...

Su primer abrazo antes del acto supremo del amor es tan rápido, perfecto y armonioso, que, inmóviles, lo prolongan para saborear plenamente su múltiple voluptuosidad. Uno de los pechos de Khrysis se adapta como en un molde bajo el brazo que la ciñe con fuerza. Arde uno de sus muslos entre dos piernas que lo comprimen, y el otro, echado por encima de él, se abandona y descarga todo su peso. Sin movimiento quedan así, estrechamente unidos, pero sin penetrarse, dominados por la creciente exaltación de un deseo inflexible que no quieren satisfacer. Sus bocas solamente se han poseído. Y se embriagan el uno con el otro, afrontando, sin aplacarlas, sus virginidades inflamadas.

Nada se contempla tan de cerca como el semblante de la mujer amada. Vistos a la excesiva proximidad del beso, los ojos de Khrysis aparecen enormes. Cuando los cierra, subsisten dos pliegues paralelos sobre cada párpado y desde las brillantes pestañas hasta el nacimiento de las mejillas se extiende un tinte opaco y uniforme. Cuando los abre, un anillo verdoso, delgado como una hebra de seda, circunda de una aureola de color la insondable pupila negra, que se ensancha extraordinariamente bajo las rizadas y largas pestañas, y la pequeña carne roja de la que brotan las lágrimas se estremece con repentinas palpitaciones.

Y el beso no acaba nunca... Parece que bajo la lengua de Khrysis hay, no miel y leche, como se dice en la Escritura, sino agua viva, movible y encantada. A esta misma lengua, que, multiforme, se ahueca y se enrolla, se retira y se alarga, más acariciadora que la mano, más expresiva que los ojos, flor que se retuerce en forma de pistilo o se adelgaza como pétalo, carne que se hace rígida para vibrar o se ablanda para lamer, le infunde Khrysis toda su ternura y su apasionada fantasía... Síguense las caricias, que ella prolonga y que se repiten. Le basta con la extremidad de sus dedos para tender una red de contracciones espasmódicas que se propagan por los costados sin desvanecerse del todo. Ha dicho que no es feliz sino sacudida por el deseo o enervada por el agotamiento. Le espanta la transición como un dolor. Cuando su amante la invita a ello, le aparta con los brazos tendidos, junta apretadamente las rodillas y pone suplicantes los labios. Demetrios la obliga por la fuerza.

... Ningún espectáculo de la Naturaleza, ni las llamas occidentales, ni la tempestad en las palmeras, ni el rayo, ni el espejismo, ni las grandes tumbas, parece digno de admiración a los que entre sus brazos han visto transfigurarse a una mujer. Khrysis se manifiesta prodigiosa. Se alza enarcándose y cae alternativamente, con un codo en alto, sobre los cojines. Asiéndose de la esquina de una almohada, echa atrás la cabeza y se retuerce sofocada como una moribunda. Sus ojos, luminosos de reconocimiento, concentran en las ebrias pupilas el vértigo de la mirada. Le resplandecen las mejillas. La ondulación de su cabellera toma un movimiento que desconcierta. Dos admirables líneas musculares, descendiendo de las orejas y de los hombros, se juntan bajo el seno derecho como dos tallos que sostuvieran un fruto.

Demetrios contempla con cierta especie de religioso temor este frenesí de la diosa dentro de un cuerpo femenino, este transporte de todo un ser, convulsión sobrehumana de que él es causa directa, que exalta o reprime a su arbitrio, y que, por milésima vez, le confunde.

Bajo su vista, todas las potencias de la vida se esfuerzan y magnifican para la fecundación. Las mamillas han alcanzado hasta el crecimiento de sus pezones la majestad maternal. El vientre sagrado de la mujer realiza la concepción...

Y sus gemidos lamentan anticipadamente los dolores del alumbramiento...

La turba

La mañana en que tuvo término la bacanal de Bakkhis hubo un gran acontecimiento en Alejandría: llovió.

Al contrario de lo que sucede ordinariamente en los países menos africanos, todo el mundo salió de su casa para recibir el chaparrón.

La lluvia no fue torrencial ni tempestuosa. Gruesas gotas tibias atravesaron el aire desde lo alto de una nube color violeta. Las mujeres las sentían humedecerles el pecho y los cabellos, anudados de prisa. Los hombres miraban al cielo. Los niños reían a carcajadas, arrastrando los pies descalzos en el lodo de las calles.

Se desvaneció a poco la nube en la claridad, quedó el cielo impecablemente puro, y a la mitad del día el lodo era polvo otra vez bajo el calor del sol.

Pero había sido suficiente este rápido aguacero para alegrar la ciudad, y los hombres permanecieron de pie sobre las baldosas del ágora, en tanto que se entremezclaban en grupos las mujeres, cuyas voces se cruzaban ruidosamente. Sólo quedaron allí las cortesanas, pues el tercer día de las Afrodias estaba reservado a la devoción exclusiva de las mujeres casadas, las cuales acabaron por dirigirse en numerosa teoría a la ruta del Astarteion. En la plaza no se veía ya más que túnicas a flores y ojos oscurecidos de pintura.

Al pasar Myrtokleia, una joven llamada Filotis, que conversaba con otras muchas, la detuvo por el lazo de una manga.

- ¡Hola, pequeña!, ¿tocaste ayer en casa de Bakkhis? ¿Qué ocurrió?, ¿qué hicieron? ¿No se ha puesto Bakkhis otro collar de medallas para ocultar los surcos de su cuello? ¿Usa pechos de madera o de cobre? ¿Se le olvidó teñirse las canas de las sienes antes de ponerse la peluca? ¡Vamos, habla, pescado frito!

- ¡Te figuras que la he mirado! Llegué allá después de la comida, desempeñé mi escena, recibí mi paga y salí corriendo.

- Sí, bien sé que no eres una libertina.

- Para manchar mi túnica y recibir golpes, no, Filotis. Sólo las ricas pueden entregarse a la orgía. Las pobres flautistas no logramos con ello más que derramar lágrimas.

- Cuando no quiere una mancharse la túnica, la deja en la antesala, y cuando recibe puñetazos, se hace pagar doble: la cosa es clara... ¿De suerte que no tienes nada que contarnos?, ¿ninguna aventura, ninguna broma, ningún escándalo? Estamos bostezando como unos ibis. Vamos, inventa algo si no sabes nada.

- Mi amiga Teano se quedó allá. Hace un momento me desperté: aún no había vuelto. Tal vez no haya terminado aún la fiesta.

- Ya terminó - dijo otra mujer- . Teano está allá, junto al muro Cerámico.

Corrieron las cortesanas al lugar indicado, pero se detuvieron luego sonriendo con lástima.

Teano, en el vértigo de la más ingenua embriaguez, tiraba con obstinación de una rosa casi deshojada, cuyas espinas no la permitían desprenderse de entre sus cabellos.

Su túnica amarilla estaba manchada de blanco y de rojo, como si toda la orgía hubiese pasado encima

de ella. El broche que debía retener sobre el hombro izquierdo los pliegues convergentes de la tela colgada más abajo de la cintura, descubriendo el globo movedizo de un pecho joven pero ya maduro en demasía, que conservaba dos señales purpúreas.

Así que percibió a Myrtokleia, estalló bruscamente en una risa singular que todo el mundo conocía en Alejandría y le había valido el apodo de «la Gallina», pues era un interminable cloqueo, una cascada de hilaridad, que iba descendiendo hasta cortar la respiración, renacía luego con un grito sobreagudo, y proseguía de este modo, rítmicamente, con una algazara de volátil triunfante.

- ¡Un huevo!, ¡un huevo! - dijo Filotis. Pero Myrtokleia hizo un gesto:
- Ven, Teano; ven a acostarte. No estás buena. Ven conmigo. - ¡Ja, ja, ja, ja...! - reía la joven.
Y cogiéndose el seno con una manecita, gritó con voz alterada: - ¡Ja, ja, ja...! El espejo...
- ¡Ven! - repetía Myrto, impaciente.
- ¡El espejo...!, ¡ha sido robado, robado, robado! ¡Ja, ja, ja, ja...! Nunca me reiré tanto, aunque viviera más tiempo que Kronos... ¡Han robado, han robado el espejo de plata!
La cantora se esforzaba en llevársela, pero Flotis había comprendido.
- ¡Eh! - gritó a las demás, alzando los brazos al aire- . ¡Acudid acá pronto, que hay nuevas! ¡El espejo de Bakkhis ha sido robado!
Y todas exclamaron a la vez: - ¡Papay...!^[8] ¡El espejo de Bakkhis!
En un instante agrupáronse treinta mujeres en torno de la flautista. - ¿Qué decís? ¿Cómo?
- Ha sido robado el espejo de Bakkhis; Teano acaba de decirlo. - Pero ¿cuándo ha sucedido eso?
- ¿Quién lo ha robado?
La joven repuso, alzando los hombros: - ¿Acaso lo sé?
- Tú, que pasaste allá la noche, debes saberlo. ¡Es imposible! ¿Quién ha entrado en su casa? Te lo habrán dicho, sin duda. Acuérdate, Teano.
- ¿Lo sé yo, acaso...? Había más de veinte en la sala... Me habían elogiado como flautista, pero me impidieron continuar, porque a ellos no les gusta la música. Me hicieron representar la figura de Dánae y arrojaron sobre mí monedas de oro, que Bakkhis recogía... Y ¿qué más? ¡Eran unos locos! Me han obligado a beber cabeza abajo en una cratera demasiado llena, en donde habían vaciado siete copas, porque de siete vinos había en la mesa. Me mojé toda la cara; hasta los cabellos, hasta las rosas se me empaparon.
- Sí - interrumpió Myrto- eres una perversa. Pero ¿y el espejo? ¿Quién lo ha robado?
- ¡A eso voy! Cuando volvíeron a ponerme en pie, toda la sangre se me había aglomerado en la cabeza y tenía vino hasta en las orejas. ¡Ja, ja, ja! Y todos ellos se echaron a reír... Bakkhis mandó que buscasen el espejo... ¡ja, ja, ja!, y ya no estaba. Alguien lo había robado.
- ¿Quién? Te preguntamos: ¿quién?
- Sólo sé que no he sido yo. No podían registrarme, puesto que estaba desnuda. No iba a esconderme un espejo, como un dracma, debajo de un párpado. Que no he sido yo es lo único que sé. Ella hizo crucificar a una esclava, tal vez por eso... Cuando noté que no me veían recogí algunas monedas de Dánae. Tómalas, Myrto: son cinco. Nos compraremos mantos para las tres.
La noticia del robo se había propagado poco a poco por toda la plaza. Las cortesanas no disimulaban su satisfacción envidiosa. Una estrepitosa curiosidad animaba a los grupos en movimiento.
- Una mujer - decía Filotis- una mujer tiene que haber dado ese golpe.
- Sí; el espejo estaba bien guardado. Un ladrón no hubiera podido encontrar la piedra por más que hubiese revuelto y trastornado todo en la pieza.
- Bakkhis tenía enemigas, sobre todo entre sus antiguas amigas. Estas conocen todos sus secretos. Alguna la llamaría a cualquier parte, y habrá entrado en la casa a la hora en que el sol quema y las calles están casi desiertas.
- ¡Bah! ¡Tal vez ha vendido su espejo para pagar sus deudas!
- Quizá sea alguno de sus amantes... Dice que recibe ahora hasta mozos de cordel. - No; ha sido una mujer, estoy segura.
- ¡Por las dos diosas! ¡Bien hecho está todo!
Una multitud más agitada se agolpó de repente hacia un punto del ágora, acompañada de un rumor creciente que atrajo a cuantos transitaban.
- ¿Qué pasa?, ¿qué pasa?
Y una voz aguda, dominando el tumulto, gritó por sobre las cabezas ansiosas: - ¡Han matado a la mujer del gran sacerdote!

Una violenta emoción se apoderó de la muchedumbre entera. No lo querían creer, no querían convenir en que durante las Afrodisias llegara semejante crimen a desatar sobre la ciudad la cólera de los dioses. Pero por todas partes iba la misma frase repitiéndose de boca en boca:

- ¡Han matado a la mujer del gran sacerdote! ¡La fiesta del templo se ha suspendido!

Rápidamente llegaban las noticias. Habíase encontrado el cuerpo tendido sobre un banco de mármol rosa, en un apartado lugar de la cumbre de los jardines.

Un largo alfiler de oro le atravesaba el seno izquierdo. La herida no había sangrado. Pero el asesino había cortado los cabellos de la joven, llevándose la peineta antigua de la reina Nitaukrit.

Pasados los primeros gritos de angustia, el estupor fue general y profundo. La multitud crecía por instantes. Allí estaba la ciudad entera, mar de cabezas descubiertas y de sombreros de mujer, tropel inmenso que desembocaba a la vez de todas las calles llenas de sombra azul en la deslumbrante luz del ágora de Alejandría. No se había visto afluencia semejante desde el día en que Ptolomeo Auleto fue destronado por los partidarios de Berenice: Ni las revoluciones políticas parecían tan terribles como este crimen de lesa religión, de que podía depender la salvación de la ciudad. Los hombres se arremolinaban alrededor de los testigos. Se pedían más detalles. Se emitían conjeturas. Las mujeres comunicaban a los que iban llegando el robo del célebre espejo. Los más avisados afirmaban que los dos crímenes simultáneos se debían a la misma mano. Pero ¿cuál? Las doncellas que la víspera habían depositado su ofrenda para el año siguiente temían que la diosa no la tomara en cuenta, y sollozaban sentadas, cubriéndose la cabeza bajo el manto.

Una antigua superstición exigía que dos acontecimientos de esta importancia fueran seguidos de otro más grave, y la multitud lo esperaba. Después del espejo y la peineta, ¿qué más habría robado el misterioso ladrón? Una atmósfera sofocante, inflamada por el viento del sur y saturada de polvillo de arena, pasó sobre la muchedumbre inmóvil.

Insensiblemente, como si esta masa humana formase un solo ser, la invadió un raro estremecimiento, que fue ascendiendo por grados hasta convertirse en terror pánico y todos los ojos se volvieron hacia un mismo punto del horizonte.

Era este punto la lejana extremidad de la gran avenida rectilínea que de la puerta de Canope atravesaba la ciudad, conduciendo del Templo al ágora. Allí en lo más alto de la suave pendiente, donde se abría la ruta sobre el cielo, acababa de aparecer otra multitud espantada que bajaba corriendo hacia la primera.

- ¡Las cortesanas! ¡Las cortesanas sagradas!

Nadie se movió. Nadie osaba ir a encontrarlas, por miedo a escuchar un nuevo desastre. Llegaban como una inundación humana, precedidas por el sordo estrépito de su carrera. Alzaban los brazos, se atropellaban, parecían huir de un ejército que las persiguiese. Ya se podía reconocerlas. Distinguíanse sus túnicas, sus cinturones, sus cabellos. Los rayos del sol hacían brillar sus joyas de oro. Ya estaban próximas y abrían la boca... Reinó el silencio.

- ¡Ha sido robado el collar de la diosa, las verdaderas perlas de la Anadyomena!

Un desesperado clamor acogió este fatídico aviso. Retiróse la multitud al principio como una oleada enorme. Luego se precipitó hacia adelante, azotando los muros, llenando la calle, arrollando a las mujeres aterradas, por la ancha avenida del Dromo, hacia la santa Inmortal desamparada.

La respuesta

El ágora quedó limpia, como una playa después de la marea.

Pero no vacía del todo. Un hombre y una mujer permanecieron allí, los únicos que sabían el secreto de la gran emoción pública y que la habían causado: Khrysis y Demetrios.

El joven estaba sentado sobre un bloque de mármol junto al puerto. La joven se hallaba en pie a la otra extremidad de la plaza. No podían reconocerse, pero se adivinaron mutuamente; y Khrysis corrió bajo la luz del sol, ebria de orgullo y ebria, al fin, también de deseo.

- ¡Lo has hecho! - exclamó- . ¡Lo has hecho al fin! - Sí - dijo con serenidad el joven- . Estás obedecida.

Ella se dejó caer en sus rodillas y, delirante, le ciñó con sus brazos.

- ¡Te amo! ¡Te amo! Jamás he sentido lo que siento ahora. ¡Oh dioses!, ¡yo no sabía antes lo que es estar enamorada! Tú lo ves, amado mío, cómo te doy más de lo que anteayer te prometí. Yo, que jamás he deseado a nadie, no podía pensar que cambiaría tan presto. Yo no te había vendido más que mi cuerpo para tu cama, y ahora te entrego todo cuanto tengo de bueno, todo cuanto tengo de puro, de sincero y de apasionado, mi alma entera que es virgen, ¡oyelo bien, Demetrios! Ven conmigo, abandonemos esta ciudad por algún tiempo, vámonos a un lugar oculto, en donde sólo estemos tú y yo. Allí tendremos días como nadie los tuvo antes de nosotros sobre la tierra. Jamás hizo amante alguno lo que tú acabas de hacer por mí. Jamás mujer alguna amó como yo te amo; ¡es imposible!, ¡es imposible! Casi no puedo hablar, de sofocada que tengo la garganta. Mírame llorar, porque también ahora sé lo que es llorar. Es ser extremadamente dichosa... ¡Pero no me respondes, nada me dices! Bésame...

Demetrios alargó la pierna derecha, a fin de bajar la rodilla, que se fatigaba un poco bajo el peso de ella. Hizo luego que la joven se levantase, púsose en pie a su vez, sacudióse el vestido para aflojar los pliegues, y dijo suavemente, con una sonrisa enigmática:

- No... Adiós...

Y se puso en marcha con paso reposado.

Khrysis, en el colmo del estupor, permanecía con la boca entreabierta y las manos caídas. - ¡Cómo!... ¿Qué... qué dices?

- Te digo adiós - articuló él, sin esforzar el tono. - Pero... quizá no has sido tú quien...

- Sí. Te lo había prometido. - Entonces... no comprendo.

- Que comprendas o no, querida, me es indiferente. Dejo este pequeño misterio a tus meditaciones. Si lo que me has dicho es cierto van estas meditaciones a prolongarse mucho. Muy a tiempo viene esto, para que puedas ocuparlas. Adiós.

- ¡Demetrios! ¿Qué es lo que oigo...? ¿De dónde te ha venido ese tono? ¿Eres tú quien habla?, ¡te conjuro a que me lo expliques! ¿Qué ha sucedido entre nosotros? Es para estrellarse uno la cabeza contra las murallas...

- ¡Habré de repetirte cien veces lo mismo! Sí, yo robé el espejo; sí, yo maté a la sacerdotisa Touni para quitarle la peineta antigua; sí, yo he arrebatado del cuello de la diosa el precioso collar de perlas. Debía entregarte los tres regalos a cambio de un solo sacrificio de tu parte. En mucho lo he estimado, ¿no es verdad? Pero como he cesado de atribuirle un valor tan considerable, ya no te pido nada. Haz lo mismo por tu parte y separémonos. Me admira que no comprendas una situación de una sencillez tan clara.

- ¡Guarda para ti tus regalos! ¿Pienso en ellos, acaso? A ti es a quien deseo, sólo a ti...

- Sí, bien lo sé. Pero te repito que yo, por mi parte, ya no quiero. Y como para que haya una cita es indispensable obtener a la vez el consentimiento de los dos amantes, mucho riesgo hay de que no se realice nuestra unión si persisto en mi modo de ver. Esto es lo que procuro hacerte comprender con toda la claridad de lenguaje de que soy capaz. Mas como veo que no basta, y me corresponde ser más explícito, te ruego que aceptes voluntariamente el hecho consumado, sin empeñarte en penetrar lo que tenga para ti de oscuro, puesto que no admites su verosimilitud. Deseo vivamente terminar esta conversación, que a ningún resultado puede conducirnos y que quizá me arrancase palabras descorteses.

- ¡Te han hablado contra mí! - No.

- ¡Oh!, ¡lo adivino! ¡Te han hablado contra mí, no lo niegues! ¡Te han hablado mal de mí! ¡Tengo terribles enemigas, Demetrios! No les des crédito. ¡Por los dioses, te juro que mienten!

- Ni las conozco siquiera.

- ¡Créeme, créeme, bien mío...! ¿Qué interés puedo tener en engañarte, puesto que no espero de ti otra cosa que a ti mismo? Tú eres el primero a quien le hablo así...

Demetrios la miró fijamente.

- Es demasiado tarde - le dijo - . Te he poseído ya. - Tú deliras... ¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Cómo?

- Te digo la verdad. Te he poseído a pesar tuyo. Lo que yo esperaba de tus complacencias me lo has dado sin sospecharlo siquiera. Anoche me llevaste en sueños al país donde querías ir, y estabas muy hermosa, Khrysis... ¡ah!, ¡muy hermosa! De ese país estoy ya de regreso, y ningún poder humano me obligará a volver. Jamás se encuentra dos veces la dicha en un mismo rincón de la tierra, y no soy tan insensato que consienta en destruir un recuerdo de felicidad. Dirás que lo debo a ti; pero como no he amado más que tu sombra, confío en que me perdonarás, querida mía, que hoy que me ofreces tu realidad no la acepte.

Khrysis, apretándose las sienes, prorrumpió:

- ¡Esto es abominable... abominable! ¡Y se atreve a decirlo! ¡Y se contenta con eso!

- Precisas con demasiada prontitud. Te he dicho que soñé; ¿pero tienes la certeza de que estuviera yo dormido? Te he dicho que fui dichoso; ¿acaso la felicidad consiste para ti exclusivamente en el grosero estremecimiento físico que tú sabes, según me has dicho, provocar tan bien, pero que no puedes diversificar, puesto que es sensiblemente el mismo en todas las mujeres que se entregan? No; tú eres quien a ti misma te degradas asumiendo esa actitud a todas luces inconveniente. Veo que no te son bien acogidas todas las delicias que nacen de tus pasos. Las queridas difieren entre sí en que cada una tiene sus procedimientos personales para preparar, desarrollar y concluir un acto que es monótono a más no poder, y que si fuera lo único que buscamos, no valdría toda la pena que nos tomamos para encontrar una querida perfecta. En esta preparación y en esta conclusión excedes a todas las mujeres del mundo. Así, por lo menos, me he complacido en imaginármelo, y puede ser que me concedas que, puesto que he creado la Afrodita del Templo, no debe haber trabajado con exceso mi pensamiento para representarse la mujer que tú eres. Y repito que no te diré si ha sido mi ensueño un ensueño nocturno o un error de alucinado; basta que sepas que tu imagen, entrevista o soñada, se me apareció dentro de un cuadro extraordinario. Era una ilusión; pero por encima de todo, yo te impediré, Khrysis, que me desilusiones.

- ¿Y qué me dejas a mí, en todo esto, qué me dejas a mí, que te amo a pesar de los horrores que estoy escuchando de tu boca? ¿He tenido conciencia de tu odioso ensueño? ¿He sentido a medias esa felicidad de que me hablas, y que tú me has robado? ¿No es inaudito que exista un amante de tan espantoso egoísmo que satisfaga su placer en la mujer que ama sin dejarla que ella lo comparta...? Esto me confunde, me vuelve loca.

Entonces, Demetrios, dejando su tono burlón, dijo con voz ligeramente trémula:

- ¿Te inquietabas de mí cuando, aprovechándote de mi súbita pasión, me exigiste, en un momento de extravío, tres actos que hubieran podido romper mi existencia y que para siempre me dejarán el recuerdo de una triple vergüenza?

- Si lo hice, fue para cautivarte. No habrías sido verdaderamente mío si me hubiese entregado sin condiciones.

- Pues ya estás satisfecha. Me tuviste, no por largo tiempo, pero me tuviste, al cabo, en la esclavitud que querías. ¡Sufre ahora que me liberte...!

- ¡Oh, Demetrios! Si la esclava soy yo...

- Tú o yo, sí; cualquiera de los dos es esclavo si ama al otro. ¡Esclavitud!, ¡esclavitud! Tal es el verdadero nombre de la pasión. ¡Todas no tenéis más ilusión ni más idea en el cerebro que sujetar la fuerza del hombre con vuestra flaqueza y gobernar con vuestra futilidad su inteligencia! Desde que os brotan los senos, lo que pretendéis no es amar ni ser amadas, sino atar un hombre a vuestros tobillos, humillarlo, hacerle que doble la cabeza para sobre ella apoyar vuestras sandalias. Entonces podéis, a capricho de vuestra ambición, arrancarnos la espada, el compás o el cincel, rebajar todo cuanto os supera, ensuciar todo cuanto os infunde respeto, retener de las narices a Hércules y ponerlo a hilar. Pero cuando no lográis doblegar su frente ni su carácter, adoráis el puño que os pega, la rodilla que os derriba y hasta la boca que os injuria. El hombre que se ha negado a besar los pies descalzos, colma vuestros deseos si os viola. El que no ha llorado cuando os vais de su casa, puede llevaros arrastrando de los cabellos. Vuestro amor renace de vuestras lágrimas, pues lo que únicamente os consuela de no imponer la esclavitud, amorosas mujeres, es sufrirla.

- ¡Ah! ¡Pégame, si quieres, pero ámame después!

Y lo apretó tan bruscamente, que no le dio tiempo a apartar los labios. Desprendióse el joven con entrambos brazos, diciéndole:

- Adiós. Te detesto.

Pero Khrysis se le colgó del manto, exclamando:

- No mientas. Tú me adoras. Tienes el alma llena toda de mí; pero te da vergüenza haber cedido. ¡Escucha, escucha, amado mío! Si es que lo reclama tu orgullo para consolarse, dispuesta estoy, para que no te vayas, a otorgar más de lo que te he pedido. Por grande que sea el sacrificio, después que nos unamos no me lamentaré.

Demetrios la miró con curiosidad, y lo mismo que ella había hecho la antevíspera en la escena del

muelle, le dijo:

- ¿Qué juramento haces? - También por la Afrodita.

- Tú no crees en Afrodita; jura por Jehovah Sabaoth. La galilea palideció.

- No sé jurar por Jehovah. - ¿Te niegas?

- Es un juramento terrible. - Es el que necesito.

Después de vacilar algún tiempo, murmuró en voz baja: - Te lo juro por Jehovah. ¿Qué exiges de mí, Demetrios? El joven guardó silencio.

- ¡Habla, amado mío! - prosiguió Khrysis- . Dilo pronto. Me das miedo. - ¡Oh! Es poca cosa.

- Pero ¿qué, en fin?

- No quiero que a tu vez me ofrezcas tres presentes, aunque fuesen tan insignificantes como raros eran los primeros. Sería contra las conveniencias. Pero sí puedo pedirte que los aceptes, ¿no es verdad?

- Sí, seguro - dijo Khrysis, risueña.

- Ese espejo, esa peineta y ese collar que para ti me has hecho robar no intentarás usarlos, ¿no es cierto? Un espejo robado, la peineta de una víctima y el collar de la diosa no son joyas que puedan ostentarse.

- ¡No!, ¡qué idea!

- Ya lo sabía yo. ¿Fue por pura crueldad, entonces, por lo que me has inducido a robar esas tres cosas, a costa de tres crímenes que tienen llena de pavor a la ciudad entera? Pues bien; vas a ponértelas.

- ¡Qué!

- Vas a ir al pequeño jardín cerrado donde se encuentra la estatua de Hermes Estigio. Ese lugar está siempre desierto y no hay riesgo de que te molesten. Levantarás el talón izquierdo del dios, pues la piedra está rota. Dentro del pedestal encontrarás el espejo de Bakkhis, que empuñarás con tu diestra; encontrarás la gran peineta de la reina Nitaukrit, que hundirás en tus cabellos, y encontrarás los siete collares de perlas de la diosa Afrodita, que te pondrás al cuello. Alhajada así, bella Khrysis, marcharás por la ciudad. La multitud te pondrá en manos de los soldados de la reina; pero alcanzarás lo que deseabas, pues yo iré a verte en la prisión antes de que salga el sol.

El jardín de Hermes Anubis

El primer movimiento de Khrysis fue encogerse de hombros. ¡No tendría la candidez de cumplir su juramento!

Su segundo impulso fue de ir a ver.

La empujó una invencible curiosidad hacia el misterioso escondrijo en donde había depositado Demetrios los tres despojos de sus crímenes. Quería tomarlos, palparlos con sus propias manos, hacerlos resplandecer al sol, poseerlos por un instante. Le pareció que su victoria no sería completa en tanto que no tuviera en su poder el botín que ambicionaba.

En cuanto a Demetrios, ya sabría ella atraérselo con cualquier ardid ingenioso. ¿Era creíble que se desligara de ella para siempre? La pasión que ella suponía en él no era de las que se extinguen para no volver a encenderse en el corazón del hombre.

Las mujeres que han sido muy amadas forman dentro de nuestra memoria una familia predilecta, y el encuentro con una mujer que fue en otro tiempo muy querida, aunque la odiemos ya o aunque la hayamos olvidado, causa una turbación inesperada, de la que puede muy bien renacer un amor nuevo. Khrysis no ignoraba esto. Por apasionada que estuviera, por mucho que le urgiese reconquistar al primer hombre que había amado, no llegaba a tal punto su locura que lo comprase a costa de su existencia, cuando tantos otros medios veía de seducirle de un modo más sencillo.

Y sin embargo... ¡Qué incomparable muerte le había propuesto él...!

¡Ostentar a la vista de una multitud innumerable el espejo antiguo en que se había mirado Safo, la peineta que había reunido los reales cabellos de Nitaukrit, el collar de las perlas marinas que habían rodado en la concha de la diosa Anadyomena...! Luego, desde esa noche hasta la mañana siguiente, conocer delirantemente todo lo que el amor más desbordado puede hacer experimentar a una mujer... y al aproximarse el mediodía, morir sin el menor esfuerzo... ¡Oh destino bienaventurado!

Khrysis cerró los ojos...

Pero no; no cedería a la tentación.

Subió en línea recta, a través de Rhakotis, la calle que conducía al Gran Serapeion. Esta avenida, abierta por los griegos, tenía algo de exótico dentro de aquel barrio de callejuelas angulares.

Mezclábanse allí ambas poblaciones bizarramente, en una promiscuidad todavía hostil. Entre los egipcios, vestidos de camisas azules, las túnicas crudas de los helenos formaban líneas de blancura.

Khrysis marchaba con paso rápido, sin escuchar las conversaciones con que comentaba el pueblo los crímenes cometidos por causa de ella.

Frente a la escalinata del monumento, la joven torció a la derecha, echó por una calle oscura y en seguida por otra cuyas casas aproximaban sus terrazas casi hasta juntarse. Luego atravesó una plazoleta en forma de estrella, en donde, junto a un manchón de sol, tres jovencitas muy morenas jugaban en una fuente, y por último se detuvo.

El jardín de Hermes Anubis era una necrópolis pequeña, abandonada hacía largo tiempo, una especie de solar donde ya no acudían las familias a llevar libaciones a los muertos y del que procuraban alejarse los transeúntes. Khrysis avanzó en el mayor silencio entre aquellas tumbas ruinosas, sobresaltándose a cada guijarro que resbalaba bajo sus pies. El aire, cargado todavía de impalpable arena, le agitaba los cabellos sobre las sienes y hacía ondular su velo de seda escarlata hacia las hojas blanquecinas de los sicomoros.

Descubrió la estatua en medio de tres monumentos fúnebres que de todos lados la ocultaban encerrándola dentro de un triángulo. Bien escogido era el tal sitio para dejar enterrado un secreto mortal.

Como pudo, se deslizó Khrysis por el pedregoso y estrecho paso, y al ver la estatua, palideció ligeramente. Erguía el dios de cabeza de chacal, con la pierna derecha hacia adelante, y del peinado que le descendía sobre los hombros sacaba los brazos por dos agujeros. Tenía inclinada la cabeza en lo alto de su cuerpo rígido, siguiendo el movimiento de las manos, que hacían el ademán del embalsamador. El pie izquierdo está despegado.

Con lenta y recelosa mirada se aseguró Khrysis de que estaba sola. Hízola estremecer un ruido; pero no era más que una lagartija verde que huía hacia una grieta del mármol.

Atrevióse, por fin, a levantar el talón roto del dios, oblicuamente y con algún esfuerzo, pues arrastraba parte del zócalo hueco que descansaba sobre el pedestal.

Y bajo la piedra vio brillar repentinamente las enormes perlas.

Sacó el collar entero. ¡Cómo pesaba! No hubiera ella pensado que unas perlas sin montura casi pudieran pesar de este modo en la mano. Todos los globitos de nácar eran maravillosamente redondos y de un oriente casi lunar. Las siete hileras se sucedían una tras otra, y brillaban como cambiantes circulares de muaré sobre un agua salpicada de estrellas.

Se lo puso al cuello.

Con una sola mano se lo arregló, cerrando los ojos para sentir mejor el frío de las perlas sobre la piel. Dispuso los siete hilos con regularidad a lo largo de su pecho desnudo, e hizo descender el último hasta el intersticio ardoroso de sus senos.

Tomó en seguida la peinetas de marfil, la contempló algún tiempo, acarició la figurita blanca esculpida en la coronilla, y hundió varias veces la joya en sus cabellos antes de fijarla donde quería.

Sacó luego el espejo de plata, miróse en él, vio su triunfo, sus ojos deslumbrantes de orgullo, sus hombros adornados con despojos de dioses...

Y esbozándose hasta los cabellos con su amplia *kyklas* escarlata, salió de la necrópolis sin quitarse las terribles joyas.

V

Las murallas de púrpura

Cuando escuchó el pueblo por segunda vez, de boca de las hierodulas, la confirmación del sacrilegio, se dispersó lentamente a través de los jardines.

Agolpábanse a centenares las cortesanas del templo a lo largo de las calzadas de negros olivos, echándose las unas ceniza en la cabeza, frotándose otras la frente contra el polvo, tirándose de los cabellos o arañándose los senos, en señal de duelo público. Muchas sollozaban, cubriéndose los ojos con un brazo.

La multitud descendía silenciosa a la ciudad por el Dromo y por los malecones. Un duelo general llenaba de consternación las calles. Aterrados, los mercaderes habían guardado a toda prisa sus mercancías puestas en abigarrada exhibición. Las mamparas de tablas fijadas con barrotes se sucedían, a semejanza de una empalizada monótona, en los pisos bajos de las casas cerradas.

La vida del puerto se había paralizado. Los marineros, sentados en los poyos de piedra, permanecían inmóviles, teniéndose con ambas manos los carrillos. Los bajeles próximos a partir desarmaban sus largos remos y recogían sus velas afiladas contra los mástiles balanceados por el viento. Los que querían entrar en rada aguardaban mar adentro las señales, y algunos pasajeros que tenían parientes en el palacio de la reina, temiendo que esta calma fuera indicio de una sangrienta revolución, ofrecían sacrificios a los dioses infernales.

En la esquina formada por el muelle y la lista del Faro, Rhodis, entre la multitud, reconoció a Khrysis no lejos de ella.

- ¡Ah, Khrysis, llévame contigo, tengo miedo! Aquí está Myrto; pero la multitud es tan grande, que temo que nos separen. Cógenos de la mano.

- ¿Sabes lo que ocurre? - preguntó Myrtokleia- . ¿Se ha descubierto al culpable? ¿Ya le dieron tortura? Desde el tiempo de Herostrato, nada semejante se ha visto. Los Olímpicos nos abandonan. ¿Qué será de nosotros?

Khrysis no respondió.

- Nosotras ofrecemos palomas - agregó la flautista pequeña- . La diosa debe estar irritada. ¿Se acordará de nuestra ofrenda? ¡Y tú, y tú, mi pobre Khrysis, tú que ibas hoy a ser o muy feliz o muy poderosa...!

- Todo lo soy - dijo la cortesana. - ¿Qué dices?

Khrysis retrocedió dos pasos, y levantó la mano derecha junto a su boca, dijo:

- Escucha atentamente, Rhodis mía; escucha, Myrtokleia. Lo que hoy veréis, jamás lo han visto ojos humanos desde el día que la diosa descendió sobre el monte Ida, ni nadie, hasta el fin del mundo, lo volverá nunca a ver sobre la tierra.

Retrocedieron estupefactas las dos amigas, creyéndola loca. Pero ella, absorta en su ensueño, marchó derecha hasta el monstruoso Faro, resplandeciente montaña de mármol de ocho cuerpos hexagonales.

Empujó la puerta de bronce, y aprovechándose de la inatención pública, la cerró nuevamente por dentro corriendo las ruidosas barras.

Transcurrieron algunos instantes.

La multitud gruñía sin cesar. La marejada humana añadía su estruendo a los tumbos regulares de las olas.

De súbito se alzó un clamor, repetido por cien mil pechos: - ¡¡Afrodita!!

- ¡¡Afrodita!!

Una tempestad de gritos estalló. El gozo, el entusiasmo de todo un pueblo cantaba en indescriptible tumulto de alegría al pie de las murallas del Faro.

La turba que cubría el muelle afluyó violentamente a la isla, invadió las rocas, subió a las casas, a los altos postes, a las torres fortificadas. Llena, henchida estaba ya la isla, y sin embargo, la multitud no cesaba de llegar, cada vez más compacta, con el empuje de un río desbordado que arrojaba hacia el mar grandes masas humanas desde lo alto de la ribera abrupta.

No se veían los límites de esta inundación de gente. Las playas del Puerto Real, del Gran Puerto y del Eunosto, desde el palacio de los Ptolomeos hasta la muralla del Canal, rebosaban de apretado gentío, que se aumentaba indefinidamente con el aporte de las calles inmediatas. Y sobre este océano agitado de reflejos inmensos, espumoso, de brazos y cabezas, flotaba como una barca en peligro la litera de velas amanillas de la reina Berenice. Y aumentándose el clamoreo estentóreo con nuevas bocas, a cada instante era más formidable este ruido.

Ni Helena en las puertas Esceas, ni Friné sobre las olas de Eleusis, ni Thais incendiando a Persépolis, supieron lo que era un triunfo.

Khrysis había aparecido por la puerta occidental sobre la primera terraza del monumento rojo.

Estaba desnuda como la diosa, teniendo con ambas manos las extremidades de su velo escarlata, que el viento arremolinaba sobre el cielo de la tarde, al mismo tiempo que con la mano derecha empuñaba el espejo, que resplandecía a los rayos del sol poniente.

Con lentitud, inclinaba la cabeza y moviéndose con gracia y majestad infinitas, ascendió por la rampa exterior que ceñía en forma de espiral la gran torre bermeja. Parecía arder una llama en sus ojos entornados. El ígneo crepúsculo enrojecía el collar de perlas como una sarta de rubíes. Ella continuaba ascendiendo, y en medio de tanta gloria, su piel resplandeciente irradiaba toda la magnificencia de la carne, la sangre, el fuego, el carmín azulino, el rojo aterciopelado, el rosa vivo. Y girando por el contorno ascendiente de las altas murallas color de púrpura, subía al cielo transfigurada.

LIBRO QUINTO

La noche suprema

-eres amada de los dioses - le dijo el viejo carcelero- . Si yo, pobre esclavo, hubiese cometido la centésima parte de tus crímenes, ya me habrían atado sobre el potro, colgado por los pies, desgarrado a golpes, desollado con tenazas. Me habrían vertido vinagre dentro de la nariz, me habrían cargado de ladrillos hasta ahogarme, y si hubiese muerto de dolor, mi cuerpo estaría ya sirviendo de alimento a los chacales de las llanuras ardientes. Pero a ti que has robado, y matado, y profanado todo, te reservan la dulce cicuta y te dan buena habitación entretanto. ¡Que Zeus descargue uno de sus rayos sobre mí si adivino la causa! A alguien debes conocer en palacio. - Dame higos - dijo Khrysis- . Tengo seca la boca.

El viejo esclavo le trajo en una cestita verde una docena de higos bien maduros. Khrysis quedó sola.

Se sentó y se levantó, dio vuelta a su habitación, golpeó las paredes con la palma de la mano sin pensar en nada, se desanudó los cabellos para refrescarlos y casi al punto se los anudó nuevamente.

La habían hecho ponerse un largo vestido de lana blanca. Como la tela era caliente, Khrysis se sintió pronto inundada de sudor. Estiró los brazos, bostezó y púsose de codos en la alta ventana.

Afuera resplandecía deslumbradora la luna en un cielo de líquida pureza, un cielo tan pálido y tan claro que no se veía una estrella.

Fue en una noche semejante, hacía siete años, cuando Khrysis abandonó la tierra de Genezareth.

Lo recordó... Eran cinco los hombres. Vendían marfil. Enjaezaban sus cabellos de larga cola con gualdrapas abigarradas. Abordaron a la niña junto a una cisterna redonda...

Y antes de eso, el lago azulado, el cielo transparente, el aire ligero del país de Galil...

La casa estaba rodeada de linos róseos y de tamariscos. Los espinosos alcaparros picaban los dedos al coger las falenas... Se creía ver el color del viento en las ondulaciones de las finas gramíneas...

Las muchachas se bañaban en un límpido arroyuelo, donde había caracoles rojos bajo laureles en flor; y había flores a flor de agua, flores en toda la pradera y grandes lirios sobre las montañas, y el contorno de las montañas era semejante al de un seno núbil.

Khrysis cerró los ojos con una apacible sonrisa que se extinguió de pronto. La idea de la muerte acababa de invadir su pensamiento. Y comprendió que hasta el fin no cesaría de pensar en lo mismo.

- ¡Ah! - se dijo- ¿qué es lo que he hecho? ¿Por qué me he encontrado con ese hombre? ¿Por qué me ha escuchado? ¿Por qué a mi vez me he dejado arrastrar? ¿Por qué, aún ahora, de nada me arrepiento? No amar o no vivir; tal es la elección que Dios me ha impuesto. ¿Qué he hecho yo, entonces, para ser castigada?

Y le vinieron a la memoria fragmentos de versículos sagrados que había oído recitar siendo niña. Siete años hacía que no pensaba en ellos. Pero le llegaban, uno tras otro, con implacable precisión, aplicándose a su vida y prediciéndole su pena.

La joven murmuró: - Está escrito:

Yo me acuerdo de tu amor cuando eras joven... Desde hace mucho tiempo quebrantaste tu yugo, rompiste tus lazos,

y dijiste: «No quiero más ser esclava». Pero al pie de toda colina alta

y debajo de todo árbol frondoso

te has conservado como una prostituta.

- Está escrito:

Iré en pos de mis amantes, que me dan mi pan y mi agua,

y mi lana y mi lino,

y mi aceite y mi vino.

- Está escrito:

Cómo dirás: «Yo no estoy contaminada». Mira tus pasos en la llanura,

reconoce lo que has hecho, camella vagabunda, asna silvestre, sin aliento y siempre en celo

¿quién te hubiera impedido satisfacer tu deseo?

- Está escrito:

Ella ha sido cortesana en Egipto,

ella se ha inflamado de amor por los impúdicos, cuyo miembro es como el de los asnos

y cuyo semen es como el de los caballos.

Te acuerdas de los crímenes de tu juventud en Egipto, cuando te apretaban los senos porque eran tiernos.

- ¡Oh! - gritó ella- . ¡Soy yo!, isoy yo misma! Y también está escrito:

Te has prostituido a numerosos amantes, y tornarás a mí - dijo el Eterno.

- Pero mi castigo ¡ay!, también está escrito:

Escucha: yo excito contra ti a tus amantes. Ellos te juzgarán según sus leyes,

ellos te cortarán la nariz y las orejas,

y lo que de ti quede caerá al filo de la espada.

Y también:

Hecho está: la han desnudado, se la han llevado. Sus sirvientes gimen como palomas

y se golpean el pecho.

- Pero ¿puede entender uno lo que dice la Escritura? - añadió para consolarse- . ¿No está igualmente escrito?:

Yo no castigaré a vuestras hijas porque se prostituyen.

- ¿Y no aconseja también en otro lugar la Escritura?:

«Ve a comer y beber, pues Dios te hace prosperar. Que en todo tiempo tus vestidos sean blancos y que el aceite perfumado no falte sobre tu cabeza. *Goza de la vida* con la mujer que amas, durante todos los días de tu vida de vanidad que Dios te ha dado bajo el sol, pues no hay obra, ni pensamiento, ni ciencia, ni sabiduría, en la morada de los muertos, adonde tú vas».

Estremeciéndose, se repitió en voz baja:

«... Pues no hay obra, ni pensamiento, ni ciencia, ni sabiduría, en la morada de los muertos, *adonde tú vas*».

La luz es dulce. ¡Ah!, ¡cuán agradable es ver el sol!

Joven, goza en tu juventud, entrega tu corazón a la alegría, sigue las sendas de tu corazón y las visiones de tus ojos, antes que te vayas a la morada eterna y que recorran la calle los gemidores, antes que la cuerda de plata se rompa, que la lámpara de oro se quiebre, que el cántaro se estrelle en la fuente y que la polea se destroce en el pozo, antes que el polvo vuelva a la tierra, de donde ha salido.

Estremeciéndose de nuevo, se repitió más lentamente:

«... Antes que el polvo vuelva a la tierra, de donde ha salido».

Y como se apretaba la cabeza con las manos, a fin de reprimir su pensamiento, sintió de pronto, sin haberlo previsto, la forma mortuoria de su cráneo al través de la piel llena de vida: las sienas vacías, las órbitas enormes, la nariz chata bajo el cartilago y los maxilares salientes.

¡Horror! ¡En eso iba ella a convertirse! Con espantosa lucidez, le asaltó la visión de su cadáver, y se pasó las manos por todo el cuerpo para llegar hasta el fondo de esta idea tan sencilla que no se le había ocurrido hasta entonces: que ella llevaba su esqueleto consigo misma, que no era éste ningún resultado de la muerte, ninguna metamorfosis, ningún término, sino una cosa que paseamos, un espectro inseparable de la forma humana, y que la armazón de la vida constituye de por sí el símbolo de la tumba.

Un deseo furioso de vivir, de tornar a verlo todo, de recomenzarlo todo, de repetirlo todo, la sacudió súbitamente. Era la rebelión ante la muerte: la imposibilidad de admitir que ya no vería la tarde aquella mañana naciente; la imposibilidad de comprender cómo su belleza, su cuerpo, su activo pensamiento, la vida lujuriosa de su carne, iban en pleno ardor, a cesar de ser y a pudrirse.

La puerta se abrió silenciosamente.

Entró Demetrios.

El polvo vuelve al polvo

-¡Demetrios! - gritó ella.

Y se precipitó a su encuentro.

Pero después de asegurar cuidadosamente la cerradura de madera, el joven había permanecido sin moverse y conservando en la mirada una tranquilidad tan profunda, que Khrysis se sintió repentinamente helada.

Había esperado ella un arrebató, un movimiento de los brazos y de los labios, una mano tendida, algo, algo...

Demetrios no se movió.

Aguardó callado un instante, con suma corrección, como queriendo manifestar claramente que estaba a sus órdenes.

Luego, viendo que nada le pedía, dio unos pasos hasta llegar a la ventana, y se apoyó de codos en ella para ver ascender el día.

Khrysis se había sentado sobre el lecho, que era muy bajo, con la mirada fija y casi estúpida. Entonces Demetrios habló así interiormente:

«Más vale que sea así. Semejantes juegos a la hora de la muerte serían muy lúgubres. Lo único que me sorprende es que desde el principio no haya tenido el presentimiento y que me haya recibido con tan grande entusiasmo. Para mí ha terminado ya la aventura, y lamento un poco que así acabe, pues Khrysis, en todo rigor, no ha cometido más falta que expresar con excesiva

franqueza una ambición que la mayor parte de las mujeres hubieran tenido seguramente; y si no fuese preciso arrojar una víctima a la indignación del pueblo, me conformaría con desterrar a esta joven ardiente en extremo, a fin de sacudirme de ella, sin privarla de los goces de la vida. Pero ha habido escándalo y no queda remedio. Tales son los efectos de la pasión. La voluptuosidad sin pensamiento, o lo contrario, la idea sin deleite, no llegan nunca a estas funestas consecuencias. Es preciso tener muchas queridas, pero esforzarse, con ayuda de los dioses, en no olvidar nunca que todas las bocas se parecen».

Después de resumir en este audaz aforismo una de sus teorías morales, volvió a entrar sin esfuerzo en el curso normal de sus ideas.

Se acordó vagamente de una invitación a comer que había aceptado para la víspera, olvidándola luego por el torbellino de los acontecimientos, y se prometió disculparse.

Reflexionó sobre si vendería o no al esclavo que le servía de sastre, un viejo que continuaba apegado, en cuanto al corte, a las tradiciones del reinado precedente, y no lograba hacer sino de un modo imperfecto los pliegues arrugados de las túnicas que se usaban.

Tenía tan aligerado el espíritu, que dibujó en la pared con la punta de su buril un estudio anticipado para su grupo de *Zagreus y los Titanes*, una variante que modificaba el movimiento del brazo derecho en el personaje principal.

Acababa de terminarlo, cuando llamaron suavemente a la puerta.

Demetrios fue a abrir sin apresurarse, y entró el viejo ejecutor, seguido de dos hoplitas con casco. - Traigo la copita - dijo con una obsequiosa sonrisa dirigida al amante real.

Demetrios guardó silencio. Khrysis, absorta, levantó la cabeza.

- Vamos, hija mía - agregó el carcelero- . Ha llegado el momento. Se ha molido bien la cicuta, y no hay más que tomarla. Desecha todo temor. No se sufre.

Khrysis miró a Demetrios, y éste no apartó su vista.

Sin dejar de fijar en él sus grandes pupilas negras orladas de luz verde, alargó Khrysis la diestra, tomó la copa y lentamente se la llevó a la boca.

Humedecióse los labios con el líquido. La amargura del tósigo, así como los dolores del envenenamiento, habían sido previamente moderados con un narcótico endulzado con miel.

Bebió la mitad de la copa emponzoñada, y luego, fuera porque lo hubiese visto hacer en el teatro, en el *Thuestes* de Agathón, o porque en realidad le naciera de un sentimiento espontáneo, tendió el resto a Demetrios... Pero el joven declinó con un movimiento de la mano esta proposición indiscreta.

Entonces la galilea apuró el brebaje hasta no dejar en el fondo más que un residuo verde, y le acudió a las mejillas una sonrisa desgarradora acompañada de cierto desprecio.

- ¿Qué debe hacerse ahora? - le preguntó al carcelero.

- Paséate por la pieza, hija mía, hasta que sientas que te pesan las piernas. Entonces te acostarás de espaldas, y el veneno obrará por sí solo.

Khrysis se encaminó hacia la ventana, apoyó su mano contra el muro, la sien sobre la mano, y lanzó a la aurora violeta una última mirada de su juventud perdida.

El oriente había sido anegado por un lago de color. Una larga banda lívida semejante a una delgada capa de agua ceñía el horizonte como un cinto aceitunado. En lo alto, varios celajes nacían uno del otro, sábanas líquidas de cielo glauco, irisado o lila, que se fundían insensiblemente en el plúmbeo azul del cielo superior. Después, estas superposiciones de matices ascendieron con lentitud, y apareció, subió y se ensanchó una línea de oro. Este hilo purpúreo alumbró la taciturna alborada, y de una ola de sangre nació el sol.

- Está escrito: Dulce es la luz...

Permaneció así, de pie en tanto que sus piernas pudieron sostenerla. Cuando hizo señal de que vacilaba, tuvieron los hoplitas que trasladarla al lecho.

Una vez allí, el viejo dispuso los blancos pliegues de la túnica a lo largo de los extendidos miembros. Le tocó en seguida los pies, preguntándole:

- ¿Has sentido? Ella repuso: - No.

Le tocó entonces las rodillas, y le preguntó: - ¿Has sentido?

Hizo ella señas de que no, y súbitamente, con un movimiento de boca y de hombros, pues hasta sus manos estaban muertas, dominada por un ardor supremo y tal vez pesarosa de esta hora estéril, probó a incorporarse hacia Demetrios... Pero antes de que él hubiese podido responder, se desplomó sin vida, apagados para siempre sus ojos.

Entonces el ejecutor le cubrió el semblante con los pliegues superiores de la vestidura; y uno de los soldados presentes, suponiendo que un pasado más tierno habría reunido alguna vez a este hombre y a esta mujer, cortó con la punta de su espada el último bucle de la cabellera sobre las losas.

Demetrios tocó este pelo con su mano, y era ella, en verdad, era Khrysis toda entera, el oro superviviente de su belleza, el pretexto mismo de su nombre...

Tomó el tibio rizo entre el pulgar y los otros dedos, lo esparció lentamente, poco a poco, y con la suela de su calzado lo hizo desaparecer en el polvo.

Khrysis, inmortal

Cuando Demetrios se vio solo en su taller rojo, embarazado de mármoles, bosquejos, caballetes y andamiadas, quiso ponerse otra vez al trabajo.

El cincel en la mano izquierda y el mazo en la derecha, prosiguió, pero sin ardimiento, un esbozo interrumpido. Era el cuello de un caballo gigantesco destinado al templo de Poseidón. Bajo la crin cortada en cepillo, la piel del cuello, plegada por un movimiento de la cabeza, formaba curvas geométricas como un ondulado surtidor marino.

Tres días antes, el detalle de esta musculatura regular concentraba en el espíritu de Demetrios todo el interés de la vida cotidiana; pero desde la mañana en que murió Khrysis, el aspecto de las cosas había cambiado para él. Menos tranquilo de lo que hubiera querido estar, no conseguía fijar su pensamiento, que tiraba hacia otra parte. Parecía interponerse entre el mármol y él una especie de resistente velo. Por fin, arrojó el mazo y púsose a dar vueltas a lo largo de los empolvados pedestales.

De repente, atravesó el patio, llamó a una esclava y le dijo:

- Prepara la piscina y los aromas. Me perfumarás cuando salga del baño, me darás vestidos blancos y encenderás las cazoletas redondas.

Cuando acabó de vestirse, llamó a otros dos esclavos:

- Id a la prisión de la reina - les dijo- entregadle al carcelero esa arcilla para que la lleve a la pieza en que está muerta Khrysis la cortesana. Si no han arrojado ya el cadáver en la cloaca, le diréis que se abstenga de ejecutar nada antes de recibir órdenes mías. Id corriendo.

Y sujetándose un buril a su cinturón, abrió la puerta principal que daba a la desierta avenida del Dromo...

Detúvose de golpe en el umbral, estupefacto ante el esplendor de los mediodías de la tierra africana. La calle debía verse blanca y las casas blancas también, pero la llama perpendicular del sol bañaba las centelleantes superficies con una furia tal de reflejos, que los muros encalados y las losas reverberaban a la vez unas incandescencias prodigiosas de azul de sombra, de rojo y verde, de ocre brutal y de jacinto. Fuertes y temblorosos colores parecían sucederse en el aire, sin cubrir más que por transparencia la ondulación de las fachadas ardientes. Las líneas se deformaban bajo tales destellos; la muralla recta de la calle se redondeaba en la vaga lontananza, flotando como un jirón de tela y desvaneciéndose a trechos. Un perro que dormía al pie de un poste se destacaba como una mancha de fuego carmesí.

Entusiasmado de admiración, Demetrios vio en este espectáculo un símbolo de su nueva existencia. Por largo tiempo había vivido en una solitaria noche, en el silencio y la paz. Por mucho tiempo había tenido por luz la claridad de la luna y por ideal la línea indolente de un movimiento exageradamente delicado. No era viril su obra. Sobre la piel de sus estatuas corría un estremecimiento helado.

Durante la trágica aventura que acababa de sacudir con tan ruda conmoción su inteligencia, había sentido que por primera vez henchía su pecho el soplo poderoso de la vida. Si no afrontaba

una segunda prueba; si, una vez victorioso de la lucha, se juraba ante todo no volver a exponerse a doblegar ante nadie la altiva actitud que había adoptado, ganaría por lo menos el haber comprendido que sólo es merecedor de ser imaginado lo que, por medio del mármol, el color o la frase, sorprende una de las profundidades de la emoción humana, y que la belleza formal no es más que una materia indecisa, susceptible de ser siempre transfigurada por la expresión del gozo o del dolor.

Al acabar así la serie de sus pensamientos, llegó frente a la puerta de la prisión criminal. Sus dos esclavos estaban esperándole.

- Hemos traído la arcilla roja - le dijeron- . El cuerpo se encuentra sobre el lecho y nadie lo ha tocado. El carcelero te saluda y te recomienda a tu buen recuerdo.

El joven entró silenciosamente, transpuso el largo corredor, subió algunos peldaños, penetró en el aposento de la muerta y cerró con cuidado la puerta.

El cadáver estaba extendido, baja la cabeza y cubierto con un velo, los brazos rígidos y los pies juntos. Tenía los dedos cargados de sortijas. Dos periscelis de plata se le enrollaban en los pálidos tobillos y aún tenía las uñas de los pies rojas de polvo.

Demetrios tendió la mano hacia el velo, a fin de levantarlo; pero apenas lo hubo tocado, cuando una docena de moscas se escaparon con rapidez de la abertura.

El joven se estremeció hasta los pies... Sin embargo, alzó la tela de lana blanca y la plegó alrededor de los cabellos.

El rostro de Khrysis se había sosegado poco a poco con esa expresión de eternidad que suele otorgar la muerte a los párpados y las cabelleras de los cadáveres.

En la blancura azulosa de las mejillas, algunas venas finísimas y azuleantes prestaban a la cabeza inmóvil la apariencia del helado mármol. Sobre los labios finos se abrían diáfananamente las narices. La fragilidad de las orejas tenía algo de inmaterial. Jamás bajo luz alguna, ni aun en la de su ensueño, había visto Demetrios tan sobrehumana belleza, ni aquella irradiación del cutis próxima a extinguirse.

Y entonces recordó las palabras de Khrysis durante su primera entrevista: «Tú no conoces más que mi rostro. ¡Tú no sabes cuán hermosa soy!». Una intensa emoción lo sofocaba de pronto. Quiere conocer por fin, y puede hacerlo.

De sus tres días de pasión, quiere conservar un recuerdo que dure más que su propia vida: desnudar este cuerpo admirable, ponerlo de modelo en la actitud violenta en que la ha visto en sueños, y crear con este cadáver la estatua de la Vida Inmortal.

Suelta el broche y el nudo, abre la tela; el cuerpo pesa; él lo levanta. Cae la cabeza doblándose hacia atrás; tiemblan los senos; aflójanse los brazos. Arranca él la tela toda entera y la arroja en medio de la pieza. El cuerpo vuelve a caer pesadamente.

Tirando con entrambas manos de las frescas axilas, hace Demetrios que la muerta se deslice hasta lo alto de la cama. Le vuelve la cabeza sobre la mejilla izquierda, junta y esparce luego espléndidamente la cabellera bajo la acostada espalda. Le alza el brazo derecho, le dobla el antebrazo sobre la frente, le crispera los dedos, blandos todavía, contra la tela de un cojín. Dos admirables líneas musculares, descendiendo de las orejas y del codo, se juntan bajo el seno derecho, como dos tallos que sostuvieran un fruto.

Dispone las piernas en seguida, extendiendo la una rígidamente al lado, la otra con la rodilla erguida y casi tocando el talón al muslo. Rectifica algunos detalles, dobla la cintura hacia la izquierda, alarga el pie derecho y quita los brazaletes, collares y sortijas, para que ninguna disonancia turbe la armonía pura y completa de la femenina desnudez.

El modelo ha tomado la postura deseada.

Demetrios arroja sobre la mesa la arcilla húmeda que ha mandado traer. La aplasta, la oprime, la estira a semejanza de la forma humana. Una especie de monstruo bárbaro nace de sus dedos febriles. Se detiene y mira.

El inmóvil cadáver conserva su posición apasionada.

Pero un delgado hilo de sangre le brota por la nariz de la fosa derecha, sobre el labio y cae gota a gota en la boca entreabierta.

Demetrios continúa. El esbozo se anima, se precisa, cobra vida. Un prodigioso brazo izquierdo se contornea por encima del cuerpo; como abrazando a alguien. Los músculos del muslo se acusan vigorosamente. Se contraen los dedos de los pies.

Cuando la noche ascendió de la tierra y oscureció la habitación, Demetrios había terminado su estatua. Hizo que entre cuatro esclavos condujeran el esbozo a su taller, y aquella misma noche mandó que a la luz de las lámparas desbastaran un gran bloque de Paros. Un año después, aún trabajaba en este mármol.

La compasión

-carcelero, ábrenos. ¡Ábrenos, carcelero!

Rhōdis y Myrtokleia daban golpes en la puerta cerrada. La puerta se entreabrió.

- ¿Qué queréis?

- Ver a nuestra amiga - dijo Myrto- . Vera Khrysis, a la pobre Khrysis, que ha muerto esta mañana. - ¡No es permitido! ¡Marchaos!

- ¡Oh! Déjanos, déjanos entrar. Nadie lo sabrá. A nadie lo diremos. Era nuestra amiga, déjanos que la veamos. Saldremos al momento. No haremos ruido.

- ¿Y si me sorprenden, chiquillas? ¿Si por vuestra causa me castigan? Vosotras me pagaréis la multa. - No te sorprenderán. Estás solo aquí. No hay otros presos. Has alejado a los soldados. Todo esto lo sabemos. Déjanos entrar.

- ¡Acabemos...! Pero no estéis mucho tiempo. Tomad la llave. Es la tercera puerta. Avisadme cuando salgáis. Es tarde y deseo acostarme.

El buen viejo les entregó una llave de hierro batido a martillo que le pendía de la cintura, y las dos jóvenes corrieron al punto, con sus sandalias silenciosas, a través de los oscuros pasadizos.

Volvió a meterse en su cuarto el carcelero, sin preocuparse más de una vigilancia inútil. No se aplicaba en el Egipto griego la pena de prisión, y la casita blanca que el apacible viejo tenía el encargo de guardar, sólo alojaba a los condenados a muerte, quedando casi abandonada en los intervalos de ejecución a ejecución.

En el momento en que penetró la llave en la cerradura, detuvo Rhōdis la mano de su amiga, diciéndole:

- No sé si me atreveré a verla. La amaba mucho, Myrto... Tengo miedo... Entra tú primero, ¿quieres?

Myrtokleia empujó la puerta; pero así que hubo escudriñado con la vista la estancia, exclamó: - ¡No entres, Rhōdis! Espérame.

- ¡Oh!, ¿qué hay? ¿Tú también tienes miedo...? ¿Qué hay sobre el lecho? Quizá no esté muerta. - Sí. Aguarda... Yo te diré... Quédate en el corredor y no mires.

El cuerpo había permanecido en la actitud delirante dispuesta por Demetrios para crear la estatua de la Vida Inmortal, pero los transportes del extremo gozo se parecen a las convulsiones del extremo dolor, y Myrtokleia se preguntaba qué atroces sufrimientos, qué martirio, qué desgarramientos de agonía habrían contorsionado de tal modo este cadáver.

Se aproximó al lecho de puntillas.

El hilo de sangre continuaba corriendo de la nariz diáfana. La piel del cuerpo aparecía perfectamente blanca. Los pálidos botones de los senos se habían hundido como delicados ombligos. Ni un solo reflejo rosado avivaba a esta efímera estatua reclinada, pero algunas manchas color de esmeralda que teñían suavemente el vientre liso significaban que millones de vidas nuevas iban germinando en esta carne que apenas se había enfriado y cuya herencia reclamaban.

Myrtokleia tomó el inerte brazo de la muerta y lo extendió a lo largo de las caderas. Intentó asimismo alargarle la pierna izquierda; pero la rodilla estaba casi petrificada y no logró extenderla completamente.

- Rhōdis - dijo con voz turbada- ven; ya puedes entrar.

La niña penetró temblorosa en la estancia, y se le dilataron las facciones, y abrió desmesuradamente los ojos...

Tan pronto como estuvieron juntas, estallaron en sollozos, la una en brazos de la otra, indefinidamente.

- ¡Pobre Khrysis!, ¡pobre Khrysis! - repetía la pequeña.

Besábanse las mejillas con una desesperada ternura, en la que no había ninguna sensualidad, y el sabor de las lágrimas les transmitía a los labios toda la amargura de sus pequeñas almas transidas de pena.

Lloraban y lloraban, mirándose dolorosamente, y hablaban a veces las dos con voz ronca y desgarradora, en la que las palabras acababan en sollozos.

- ¡La amábamos tanto! No era una amiga para nosotras, sino una madre muy joven, una madrecita entre nosotras dos...

Rhody repitió:

- Como una madrecita...

Y Myrto, atrayéndola junto a la muerta, le dijo en voz queda: - Bésala.

Inclináronse ambas, apoyaron las manos en el lecho, y prorrumpiendo en nuevos sollozos, tocaron con sus labios aquella frente helada.

Y Myrto asió la cabeza con ambas manos, que se hundían en la profusa cabellera, y habló así: - Khrysis, Khrysis mía, tú que eras la más bella, y adorada de las mujeres, tú que eras tan semejante a la diosa que hasta el pueblo te ha confundido con ella, ¿en dónde estás ahora?, ¿qué ha sido de ti? Tú vivías para derramar la alegría bienhechora. Jamás ha habido más dulce fruta que tu boca, ni luz más clara que tus ojos. Tu piel era una gloriosa vestidura que no querías velar, y sobre la cual flotaba la voluptuosidad como un olor perpetuo. Cuando desatabas tu cabellera, todos los deseos salían de ella volando, y cuando nos oprimías con tus desnudos brazos, impetrábamos de los dioses la muerte.

Acurrucada en el suelo, Rhody seguía sollozando.

- Khrysis, Khrysis mía - prosiguió Mirtokleia- todavía ayer estabas viva, gozando de la juventud y en espera de largos días, y ahora te hallas muerta, sin que nada en el mundo pueda hacer ya que nos digas una sola palabra. Has cerrado los ojos sin que nosotras estuviésemos presentes. Has sufrido sin saber que estábamos llorando por ti detrás de las murallas. Moribunda, buscarías con la mirada a alguien, y tus ojos no se han encontrado con nuestros ojos preñados de compasión y de duelo.

No cesaba de llorar la flautista. La cantora la cogió de la mano.

- Khrysis, Khrysis mía, nos dijiste que alguna vez, gracias a ti, nos casaríamos las dos. Ahora, al efectuarse tal unión en nuestras lágrimas, ¡cuán tristes son las nupcias de Rhody y Mirtokleia! Pero el dolor junta más que el amor las manos que se estrechan. Nunca se podrán separar las de los seres que, como nosotras, han llorado una vez juntos. Entregaremos a la tierra tus queridos despojos, Khrysidión, y nos cortaremos nuestras cabelleras una a otra para sepultarlas con tu cuerpo.

Con un cobertor de la cama envolvió el hermoso cadáver, y dijo en seguida a Rhody: - Ayúdame.

Levantaron cuidadosamente a la muerta; pero el fardo era en extremo pesado para ellas y lo pusieron por primera vez en el suelo.

- Quitémonos las sandalias - dijo Myrto- . Iremos descalzas por los corredores. El carcelero debe estar ya dormido... Si no lo despertamos, podremos pasar; pero si llega a vernos, nos cerrará el paso... Mañana, ya nada le importará. Cuando encuentre el lecho vacío, dirá a los soldados de la reina que arrojó el cuerpo a las letrinas, como la ley lo exige. Nada temamos, Rhody... Ponte, como yo, tus sandalias en la cintura, y ven. Toma el cuerpo por bajo de las rodillas. Deja que cuelguen los pies. Camina sin hacer ruido, lentamente, lentamente...

La piedad

Pasada la esquina de la segunda calle, soltaron otra vez el cadáver para volverse a calzar las sandalias. Los pies de Rhodis, en extremo delicados para caminar desnudos, sangraban por varias desolladuras.

La noche estaba llena de claridad. La ciudad, llena de silencio. Las sombras de color de hierro se recortaban limpias en medio de las calles, delineando el perfil de las casas.

Las jovencitas cargaron otra vez con su fardo.

- ¿Adónde vamos? - dijo la más pequeña- ¿en dónde la enterraremos?

- En el cementerio de Hermes Anubis, que está siempre desierto. Allí descansará en paz.

- ¡Pobre Khrysis! Nunca me hubiera imaginado que el día de su muerte llevaría yo su cuerpo sin antorchas ni carro fúnebre, secretamente, como cosa robada.

Luego se pusieron a hablar ambas con volubilidad como si al lado de este cadáver les infundiera miedo el silencio. El último día de la vida de Khrysis las colmaba de asombro. ¿De dónde había obtenido el espejo, la peineta y el collar? Imposible que personalmente hubiese podido apoderarse ella de las perlas de Afrodita. Demasiado bien guardado estaba el templo para que lograra penetrar en él una cortesana. Alguien entonces, lo había hecho por ella. Pero ¿quién? No se le conocía amante alguno entre los estolistas que tenían a su cargo la conservación de la divina estatua. Y si otro, en todo caso, había obrado en su lugar, ¿por qué no lo había denunciado ella? ¿Y para qué aquellos tres crímenes? ¿De qué le habían servido, sino para entregarla al suplicio? Jamás una mujer comete sin objeto tales locuras, a no ser que se halle enamorada. Khrysis debía, pues, de estarlo; pero ¿de quién?

- Nunca lo sabremos - concluyó la flautista- . Se ha llevado su secreto consigo, y de haber un cómplice, no será él quien nos lo comunique.

En este punto, Rhodis, que desde hacía algunos instantes se tambaleaba, exclamó suspirando:

- No puedo más, Myrto, no puedo ya con la carga. Se me doblan las rodillas. Estoy rendida de fatiga y de pena.

Myrtokleia repuso, echándole un brazo al cuello:

- Haz un esfuerzo, querida mía. Es preciso que la llevemos. Se trata de su vida subterránea. Si no recibe sepultura y un óbolo en la mano, estará errando eternamente a la orilla del río de los Infiernos, y cuando bajemos a nuestra vez entre los muertos, nos reprochará nuestra impiedad, Rhodis, y nada podremos responderle.

Pero la niña, debilitada hasta la impotencia, se deshizo en lágrimas sobre el brazo de su compañera. - ¡Pronto, pronto! - prorrumpió Myrtokleia- . Viene gente por el otro extremo de la calle. Ponte a mi lado cubriendo el cuerpo. Ocultémoslo con nuestras túnicas. Si lo ven, todo está perdido... Y después de una breve pausa, añadió:

- Es Timón. Le reconozco. Timón con cuatro mujeres... ¡Ah, dioses!, ¿qué irá a sucedemos? Él, que se burla de todo, nos va a decir... Pero no; quédate aquí, Rhodis, voy a hablarle.

Y presa de una idea súbita, corrió por la calle al encuentro del pequeño grupo.

- Timón - le dijo (y su voz era suplicante hasta la plegaria)- Timón, deténte. Te ruego que me escuches, porque tengo graves palabras en la boca, y es fuerza decirlas a ti solo.

- ¡Cuán conmovida estás, pobre chiquilla! - le contestó el calavera- . ¿Se te ha perdido algún lazo de los hombres o le has quebrado la nariz a tu muñeca? ¡Sería una desgracia irreparable!

La joven le dirigió una dolorosa mirada; pero ya las cuatro mujeres, Filotis, Seso de Knidos, Kalistión y Tryfera, se impacientaban alrededor de ella.

- ¡Vamos, tontuela - dijo Tryfera- si has agotado los pechos de tu nodriza, nosotras no lo hemos de remediar ni tenemos leche! Ya va a amanecer, deberías estar acostada. ¿Desde cuándo vagabundean las niñas a la luz de la luna?

- ¿Su nodriza? - añadió Filotis- . A Timón es a quien quiere quitarnos. - ¡Azotes! ¡Merece azotes!

Y Kalistión, tendiendo un brazo en torno de la cintura de Myrto la levantó en peso, alzándose la tunicilla azul. Pero Seso intervino.

- ¡Qué locura! - exclamó-. Myrto jamás ha conocido hombre. Si llama a Timón, no es para acostarse. Dejádla tranquila y que termine.

- Veamos - dijo Timón- ¿qué me quieres? Ven por aquí. Háblame al oído. ¿Es cosa verdaderamente seria?

- El cadáver de Khrysis está allí, en la calle - dijo la joven todavía trémula- . Lo llevamos al cementerio mi amiguita y yo, pero pesa mucho y vengo a rogarte que nos ayudes. No será largo... Inmediatamente después, te reunirás con tus mujeres...

Timón tuvo una mirada excelente:

- ¡Pobrecillas! ¡Y yo burlándome! Sois mejores que nosotros... Sí que os ayudaré. Vuelve con tu amiga y espérame. Allá voy.

Y volviéndose hacia las cuatro mujeres:

- Idos a mi casa - les dijo- por la calle de los Alfareros. Allí estaré pronto. No me sigáis. Rhodis continuaba sentada junto a la cabeza del cadáver. Cuando vio llegar a Timón, exclamó con tono de súplica:

- ¡No lo digas a nadie! La hemos robado para salvar su sombra. Guarda nuestro secreto y te amaremos mucho, Timón.

- Nada temáis - repuso el joven.

Tomó por bajo de los hombros el cadáver y Myrto por bajo de las rodillas, y caminaron silenciosamente, seguidos de Rhodis, que avanzaba con pasitos inseguros.

Timón guardaba silencio. Por segunda vez en dos días le arrebatava la pasión humana a una de las que habían pasado por su lecho, y se preguntaba interiormente qué extravagancia inexplicable arrastraba de ese modo a los espíritus fuera de la ruta encantada que conduce a la felicidad sin sombras.

«*iAtaraxia!* - pensaba- . Indiferencia, quietud, ioh serenidad voluptuosa!, ¿quién de los hombres os apreciará? Nos agitamos, luchamos, esperamos, cuando únicamente hay una cosa preciosa: saber sacar del instante fugitivo todos los goces que pueda proporcionarnos y salir lo menos posible de nuestro lecho».

Llegaron a la puerta de la ruinoso necrópolis.

- ¿En dónde la depositaremos? - preguntó Myrto. - Cerca del dios.

- ¿En dónde está la estatua? Jamás he entrado aquí. Me dan miedo las tumbas y las estelas. No conozco el Hermes Anubis.

- Debe estar en el centro del jardín pequeño. Busquémoslo. Hace tiempo, siendo niño, vine una vez, persiguiendo a una gacela perdida. Tomemos por la calle de los sicomoros blancos. No dejaremos de encontrarlo.

Y lo encontraron, en efecto.

Sobre los mármoles, la claridad del alba unía a la de la luna sus suaves tonos violados. Una vaga y lejana armonía flotaba sobre las ramas de los cipreses. El murmullo regular de las palmeras, semejante a las gotas de lluvia, esparcía una ilusoria frescura.

Timón levantó con esfuerzo una lápida de mármol rosado hundida en tierra. La sepultura estaba cavada precisamente debajo del funerario dios, que hacía el ademán de un embalsamador. Sin duda, había contenido algún cadáver en otros tiempos, pero no había ahora en esta fosa más que un montoncillo de polvo negruzco.

El joven entró en ella hasta la cintura, y tendiendo los brazos:

- Dámela - dijo a Myrto- . Voy a recostarla en el fondo y volveremos a cerrar la tumba... Pero Rhodis se arrojó encima del cuerpo:

- ¡No, no la enterréis tan pronto! ¡Quiero volver a verla! ¡Por última vez!, ¡por última vez! ¡Khrysis, pobre Khrysis mía! ¡Ah, qué horror...! ¡Cómo se ha puesto...!

Myrtokleia acababa de separar la tela enrollada alrededor de la muerta, y había aparecido el rostro tan rápidamente alterado, que las dos jóvenes retrocedieron.

Las mejillas se habían vuelto cuadradas. Los párpados y los labios se habían hinchado. Eran como seis cojincillos blancos. Nada quedaba ya de aquella sobrehumana belleza.

Tornaron a envolverla en el grueso sudario; pero Myrto deslizó antes la mano por debajo para colocar en los dedos de Khrysis el óbolo destinado a Kharón.

Entonces, sacudidas por interminables sollozos, pusieron entre ambas en brazos de Timón el inerte cuerpo, que se doblaba.

Y cuando Khrysis quedó tendida en el fondo de la arenosa tumba, Timón entreabrió a su vez el sudario. Aseguró el óbolo de plata entre las falanges flácidas, apoyó la cabeza del cadáver en una piedra plana, y le esparció desde la frente hasta las rodillas la larga cabellera sombría y dorada.

Salió en seguida de la fosa, y las flautistas, arrodilladas ante la hueca abertura, se cortaron una a una sus finas cabelleras para trenzarlas en un solo haz que sepultaron con la muerta.

Julio 1892, diciembre 1893.